

tres años después...

W **A** **Ñ** **A** **S**

Año 1, Número 1

REVISTA DE LITERATURA Y ARTE

Primavera, 1983



CONTENIDO

3 Final de un cuento
6 Teatro brevísimo
8 Todo el padre
9 La luz final
10 Sonetos
Straits of Florida
11 Ana vuelve a Concordia
14 Todo un verano
15 Apuntes de una carta
Los espíritus rondan mi morada

Reinaldo Arenas
René Ariza
Reinaldo García Ramos
Juan Abreu
Severo Sarduy
Roberto Valero
Carlos Victoria
Luis de la Paz
Esteban Luis Cárdenas

Confluencias

16 Confluencias
El reino de la imagen
22 Invitación al insomnio
23 La media vuelta, la vuelta entera
24 El Central. Una aspiración suicida
25 Las hojas al caer

José Lezama Lima
Reinaldo Arenas
Carlos Victoria
Roberto Valero
Juan Abreu
Nicolás Abreu

Experiencias

26 Alexandra Exter
27 Mariel en tres mentes
29 Aguas
30 Comunicado

Lydia Cabrera
Reinaldo García Ramos
Delfín Prats
Los editores

Urgencias

31 "Los Artistas"
Dudoso homenaje
¡Alerta exilio!

J.A.
René Cifuentes
Los editores

Editorial

Hace tres años, en abril de 1980, la dictadura de Fidel Castro le comenzó a entregar a la historia de Occidente uno de sus episodios más arbitrarios e infernales: el puente marítimo Mariel-Key West. Al tiempo que miles y miles de individuos acosados por la asfixiante sociedad castrista se lanzaban al mar con las manos vacías en embarcaciones atestadas e inseguras, el régimen de La Habana asignó gruesas sumas de dinero y más demagogia que la habitual para desplegar una campaña internacional con el fin de deformar tanto el contenido social como la significación política del éxodo.

El diabólico engendro no sólo tomó desprevenidos a los gobiernos de varios países democráticos, sino que fue golosamente consumido por la prensa mundial, parte de la cual no hizo sino explotar los aspectos más sensacionales o irrelevantes de los hechos. Durante meses, no pocos reporteros y comentaristas de las naciones occidentales le dieron a Mariel interpretaciones muy similares a las que Fidel Castro había concebido para el ingenioso raciocinio de ciertos medios masivos de comunicación. El hecho, por ejemplo, de que entre los refugiados Castro hubiese incluido a cientos de criminales y dementes no llevó a esos medios a indagar los motivos de esa criminalidad y esa demencia en un país que insiste en presentarse como un paraíso, sino a contaminar con esa etiqueta de peligrosidad a los demás refugiados. También el hecho de que en la masa de disidentes que huían Castro hubiese infiltrado agentes subversivos, probablemente cientos de ellos, con misiones a corto y a largo plazo, fue un elemento que contribuyó a que la opinión pública tendiera a confundir la inmensa mayoría de refugiados con la fracción de ellos que resultaba indeseable para cualquier país. Aunque otra parte de la prensa mundial intentó reajustar estas apreciaciones erróneas, lo cierto es que la enorme carga de terror y descontento humano que encerraban los refugiados del Mariel fue opacada por la más simple caracterización de una parte ínfima de ellos: los que habían sido llevados al crimen o a la demencia por el mismo gobernante que los expulsaba irresponsablemente. Buena parte de esta injusta valoración está aún vigente en la mentalidad de amplios sectores de la opinión pública.

No han sido suficientes tres años para que toda la verdad de Mariel salga a la luz, pero han bastado para permitir que un grupo de creadores que abandonamos Cuba en aquella ocasión hayamos consagrado nuestros esfuerzos y escasos ahorros a la creación de esta revista.

Si toda la verdad de Mariel, como parte de la más minuciosa y mutilante pesadilla del castrismo, tomará largo tiempo en hacerse palpable en todos sus detalles, ya es hora de que comencemos a lanzar sobre la inteligencia y la sensibilidad de los hombres libres las piezas más abrumadoras de esa verdad: la literatura y el arte de quienes tienen ahora el privilegio de hallarse en Estados Unidos, un país que les permite expresarse y luchar.

La revista Mariel, que en este primer número ha sido totalmente financiada por quienes llegamos hace tres años a Norteamérica sin un centavo, tendrá en primer lugar la finalidad de servir de vehículo a los escritores y artistas de la generación de Mariel. Si alguno de nosotros es elegido por el odio de Castro para desaparecer, se sabrá de dónde ha partido la orden y cuál ha sido la causa, pero a nadie le quepa duda de que la revista seguirá apareciendo.

No hemos venido al exilio con esquemas de bienestar, o a detenernos en anécdotas pueriles o en chismorreos de salón; hemos venido a realizar nuestra obra. La persecución diaria y la miseria moral y física sufrida en Cuba nos enseñaron muy bien cuáles son las cosas esenciales que nos salvarán de la desesperanza y del silencio, y cuáles serán tragadas por la intrascendencia o utilizadas sagazmente por nuestro enemigo.

Rechazamos cualquier teoría política o literaria que pueda coartar la libre experimentación, el desenfadado, la crítica y la imaginación, requisitos fundamentales para toda obra de arte. Un arte doctrinal es lo opuesto a la verdadera creación. Tanto la ficción como el ensayo han de ser —ya lo dicen sus nombres— experimentos profundos y no meros engendros académicos atestados de la jerga en boga y de teorías preconcebidas.

En los países totalitarios perfectos, el arte público (el único autorizado) se limita a desarrollar una tesis partidista, la tesis del estado, que culmina en un final esperado, impuesto y sobrentendido. Eso significa la muerte del arte como tal. Los ejemplos son evidentes. Países de vastas y ricas tradiciones culturales como Rusia o China sólo producen hoy lamentables engendros, pródigos en esterilidad y aburrimiento.

También bajo el capitalismo muchos escritores caen en la trampa, o en la tentación, de convertir su obra en una mercancía que les permita vivir holgadamente. De creadores pasan al plano de productores. De ahí los peligros muy evidentes que conspiran en la actualidad contra la verdadera obra de arte: el mercantilismo de la creación en Occidente, y el burocratismo de la llamada cultura en los países comunistas, donde el artista o es un funcionario del sistema, o un delincuente al cual se silencia, encarcela, fusila o expulsa.

No existe un arte mercantil, como no hay un arte doctrinario. La literatura no es siquiera un oficio; es un sacrificio y una fatalidad, un placer y una maldición. Toda obra de arte es un desafío, y por lo tanto, implícita o explícitamente, es una manifestación —y un canto— de libertad.

La revista Mariel saluda y ofrece sus páginas a los escritores y artistas cubanos del exilio que, al mantener en sus obras por encima de todo niveles muy altos de calidad estética, nos honren al someternos sus colaboraciones. En un sentido más amplio, tampoco nos negaremos al aporte de los creadores latinoamericanos, norteamericanos o europeos que se acerquen a nuestro esfuerzo con un común rechazo a cualquier sistema totalitario y desde creaciones de un genuino valor estético, crítico o analítico.

Que sepan definitivamente los voceros del castrismo, ocasionales o persistentes, que cada una de sus infamias, por elaboradas o disimuladas que sean, hallarán en nuestras obras la respuesta mejor y más perdurable de todas: la del artista, que por el hecho de serlo está incapacitado para mentir. **LOS EDITORES**



REVISTA DE LITERATURA Y ARTE

Año I, Número 1 Primavera, 1983

Esta revista se edita en Nueva York y se imprime en Miami. La correspondencia deberá dirigirse a:

Mariel, Revista de Literatura y Arte
P.O. Box 330071
Miami, Fla. 33233-0071

CONSEJO DE DIRECCION

Juan Abreu - Reinaldo Arenas - Reinaldo García Ramos

CONSEJO DE EDITORES

Juan Abreu - Reinaldo Arenas - René Cifuentes
Luis de la Paz - Reinaldo García Ramos
Roberto Valero - Carlos Victoria

EDITORIA ADMINISTRATIVA

Marcia Morgado

DISEÑO GRAFICO

Abreu Felipe
Marcia Morgado

ASESORA

Lydia Cabrera

TIPOGRAFIA

Jorge M. Díaz

✓ La revista **MARIEL** aparecerá trimestralmente.

✓ Este primer número ha sido costado enteramente por los editores, pero necesitamos la colaboración monetaria de los lectores y simpatizantes del proyecto para mejorar la calidad de la impresión y ampliar tanto nuestra tirada como nuestro número de páginas.

✓ El precio del ejemplar es de US\$2.50

✓ La suscripción anual (4 números) será en Estados Unidos de US\$10.00 para particulares y US\$15.00 para instituciones.

✓ Una categoría especial de SUSCRIPTORES DE HONOR estará a la disposición de aquellas personas e instituciones que contribuyan a nuestra revista con un mínimo de US\$50.00 al año. La lista de Suscriptores de Honor de la revista aparecerá publicada en cada número, debidamente destacada.

✓ La revista **MARIEL** no se compromete a devolver materiales o colaboraciones no solicitados, a menos que los mismos vengán acompañados de un sobre franqueado con la dirección del autor. En ningún caso la revista se compromete a mantener correspondencia o debate alguno sobre materiales o colaboraciones no solicitados.

✓ Fuera de Estados Unidos, la suscripción anual (4 números) será de US\$12.00 dólares tanto para individuos como para instituciones, más el precio del envío por correo aéreo segunda clase al país de que se trate. Sólo se aceptarán pagos en dólares de los Estados Unidos de América.

La selección de los materiales publicados en esta revista es realizada por el Consejo de Dirección, siguiendo el principio democrático de la simple votación en favor o en contra.

El contenido de los textos publicados es responsabilidad de sus autores. Las opiniones de los editores de la revista se expresarán en sus editoriales. Cada editor firmará con sus iniciales las contribuciones a la sección "Urgencias".

Final de un cuento

Reinaldo Arenas

Para Juan Abreu y Carlos Victoria, triunfales, es decir, sobrevivientes.

The Southernmost Point in U.S.A. así dice el cartel. Qué horror. ¿Y cómo podría decirse eso en español? Claro, **El Punto más al sur en los Estados Unidos**. Pero no es lo mismo. La frase se alarga demasiado, pierde exactitud, eficacia. En español no da la impresión de que se esté en el sitio más al sur de los Estados Unidos, sino, en un punto al sur. Sin embargo, en inglés, esa rapidez, es Southernmost Point con esas T levántandose al final nos indica que aquí mismo termina el mundo, que una vez que uno se desprenda de ese "point" y cruce el horizonte no encontrará otra cosa que el mar de los sargazos, el océano tenebroso. Esas T no son letras, son cruces —mira cómo se levantan— que indican claramente que detrás de ellas está la muerte, o, lo que es peor, el infierno. Y así es. Pero de todos modos ya estamos aquí. Al fin logró traerte. Me hubiera gustado que hubieses venido por tu propia cuenta; que te hubieras tirado una foto junto a ese cartel, riéndote; y que hubieses mandado luego esa foto para allá, hacia el mar de los sargazos (para que se murieran todos de envidia o de furia) y que hubieses escupido, como lo hago yo ahora, estas aguas, donde empieza el infierno. En fin, me habría gustado que te quedaras aquí, en este cayo único, a 157 millas de Miami y a sólo 90 de Cuba, en el mismo centro del mar, con la misma brisa de allá abajo, el mismo color en el agua, el mismo paisaje, casi; y sin ninguna de sus calamidades. Hubiera querido traerte aquí —no así, casi a rastras— y no precisamente para que te perdieras en esas aguas, sino para que comprendieses la suerte de estar más acá de ellas. Pero por mucho que insistí —o quizá por lo mismo— nunca quisiste venir. Pensabas que lo que me atraía a este sitio era sólo la nostalgia: la cercanía de la Isla, la soledad, el desaliento, el fracaso. Nunca has entendido nada —o, a tu modo, has entendido demasiado—. Soledad, nostalgia, recuerdo —llámalo como quieras—, todo eso lo siento, lo padezco, pero a la vez lo disfruto. Sí, lo disfruto. Y por encima de todo, lo que me hace venir hasta aquí es la sensación, la certeza, de experimentar un sentimiento de triunfo... Mirar hacia el sur, mirar ese cielo, que tanto aborrezco y amo, y abofetearlo; alzar los brazos y reírme a carcajadas, percibiendo casi, de allá abajo, del otro lado del mar, los gritos desesperados y mudos de todos los que quisieran estar como estoy yo aquí: maldiciendo, gritando, odiando y solo de verdad; no como allá, donde hasta la misma soledad se persigue y te puede llevar a la cárcel por "antisocial". Aquí puedes perderte o encontrarte sin que a nadie le importe un pito tu rumbo. Eso, para los que sabemos lo que significa lo otro, es también fortuna. Creíste que no iba a entender esas ventajas, que no sabría sacarles partido; que no iba a poder adaptarme. Sí ya sé lo que has dicho. Que no aprenderé ni una palabra de inglés, que no escribiré más ni una línea, que ya una vez aquí no hay argumentos ni motivos, que hasta las furias más fieles se van amortiguando ante la impresión ineludible de los supermercados y de la calle 42, o ante la desesperación (la necesidad) por instalarse en una de esas torres alrededor de las cuales gira el mundo, o la certeza de saber que ya no somos motivos de inquietud estatal ni de expedientes secretos... Sé que todos pensaban que ya estaba liquidado. Y que tu mismo estabas de acuerdo con estas intrigas. No voy a olvidar cómo te reías, casi satisfecho (burlón y triste) cada vez que sonaba el teléfono y cómo aprovechabas la menor oportunidad para reprimir mi indisciplina o vagancia. Cuando te decía que estaba instalándome, adaptándome, o sencillamente viviendo, y por lo tanto acumulando historias, argumentos, me mirabas compasivo, seguro de que yo había perecido entre la nueva hipocresía, las inevitables relaciones, el pernicioso éxito o la intolerable verborrea... Pero no fue así, oye lo bien, veinte años de representación, obligada cobardía y humillaciones no se liquidan tan fácilmente... No voy a olvidar cómo me vigilabas, crítico y sentencioso, —seguro—, esperando que finalmente me disolviera, anonimizándome por entre túneles estruendosos y helados o por calles inhóspitas abatidas por vientos infernales. Pero no fue así, ¿me



JORGE CAMACHO. Oleo sobre papel. Fotografía de Andre Morán © 1981

oyes? Esos veinte años de taimada hipocresía, ese terror contenido, no permitieron que yo pareciera. Por eso (también) te he arrastrado hasta aquí, para dejarte definitivamente derrotado y en paz —quizás hasta feliz— y para demostrarte, no puedo ocultar mi vanidad, que el vencido eres tú.

Como ves, este lugar se parece bastante a Cuba; mejor dicho a algunos lugares de allá. Bellos lugares, sin duda, que yo jamás volveré a visitar. ¡Jamás! ¿Me oíste? Ni aunque se caiga el sistema y me supliquen que vuelva para acuniar mi perfil en una medalla, o algo por el estilo; ni aunque de mi regreso dependa que la Isla entera no se hunda; ni aunque desde el avión hasta el paredón de fusilamiento me desenrollen una alfombra por la cual marcialmente habría de marchar para descerrear el tiro de gracia en la nuca del dictador. ¡Jamás! ¿Me oíste? Ni aunque me lo pidan de rodillas. Ni aunque me coronen como a la mismísima Avellaneda o me proclamen Reina de Balleza por el Municipio de Guanabacoa, el más superpoblado y rico en bugarones... Esto último te lo digo en broma. Pero lo de no volver, eso sí que es en serio. ¿Me oyes? Pero tú eres diferente. No sabes sobrevivir, no sabes odiar, no sabes olvidar. Por eso desde hacía tiempo cuando vi que ya no había remedio para tu nostalgia, quise que vinieras aquí, a este sitio. Pero, como siempre, no me hiciste el menor caso. Quizá, si me hubieses atendido, ahora no tendría que ser yo quien te trajese. Pero siempre fuiste terco, empecinado, sentimental, humano. Y eso se paga muy caro... De todos modos, ahora, quieras o no, aquí estás. ¿Ves? Las calles están hechas para que la gente camine por ellas, hay aceras, corredores, portales, altas casas de madera con balcones bordados, como allá abajo... No estamos ya en Nueva York, donde todos te empujan sin mirarte o se excusan sin tocarte; ni en Miami donde sólo hay horribles automóviles despotricados por potreros de asfalto. Aquí todo está hecho a escala humana. Como en el poema, hay figuras femeninas —y también masculinas— sentadas en los balcones. Nos miran. En las esquinas se forman grupos ¿Sientes la brisa? Es la brisa del mar. ¿Sientes el mar? Es nuestro mar... Los jóvenes se pasean en short. Hay música. Se oye por todos los sitios. Aquí no te achicharrarás de calor ni te helarás de frío, como allá arriba. Estamos muy cerca de La Habana... Bien que te dije que vinieras, que yo te invitaba, que hay hasta un pequeño malecón, no como el de allá abajo, claro, (es el de aquí), y árboles, y atardeceres olorosos y cielos estrellados... Pero de ninguna manera logré con-

vertente para que vinieras, y, lo que es peor, tampoco logré convencerte para que te quedaras, para que disfrutaras de lo que se puede (allá arriba) disfrutar. Por la noche, caminando a lo largo del Hudson, cuántas veces intenté mostrarte la isla de Manhattan como lo que es, un inmenso castillo medieval con luz eléctrica, una lámpara descomunal por la que como moscas valía la pena transitar. Pero tu alma estaba en otro sitio; allá abajo, en un barrio remoto y soleado con calles empedradas donde la gente conversa de balcón a balcón y tú caminas y entiendes lo que ellos dicen pues eres ellos... Y qué ganaba yo con decirte que yo también deseaba estar allá, dentro de aquella guagua repleta y escandalosa que ahora puede estar atravesando la Avenida del Puerto, cruzando la Rampa o entrando en un urinario donde seguramente, de un momento a otro, llegará la policía y me pedirá identificación... Pero, oye lo bien, nunca voy a volver, ni aunque la existencia del mundo dependa de mi regreso. ¡Nunca! Mira ese que pasó en la bicicleta. Me miró. Y fijamente. ¿No te has dado cuenta? Aquí la gente mira de verdad. Si uno le interesa, claro. No es como allá arriba, donde mirar parece que es un delito. O como allá abajo, donde es delito... "Aquel que mirare a otro sujeto de su mismo sexo será condenado a..." ¡Vaya! Ese otro también me acaba de mirar. Y ahora sí que no puedes decirme nada. Los carros hasta se detienen y pitan; jóvenes bronceados sacan la cabeza por la ventanilla. Where? Where? Pero a cualquier lugar que le indiques te montan. Verdad que estamos ya en el mismo centro de Duval Street, la zona más caliente, como decíamos allá abajo... Por eso también (no voy a negarlo) quise traerte hasta aquí, para que vieras cómo aún los muchachos me miran, y no creyeras que tu amistad era una gracia, un favor concedido, algo que yo tenía que conservar como fuera; para que sepas que aquí también tengo mi público, igual que lo tenía allá abajo. Esto creo que también lo dije. Pero nada de eso parecía interesante; ni siquiera la posibilidad de ser traicionado, ni siquiera la posibilidad (siempre más interesante) de traicionar... Te seguía hablando, pero tu alma, tu memoria, o lo que sea, parecía que estaba en otra parte. Tu alma. ¿Porque no la dejastes allá junto con la libreta de racionamiento, el carné de identidad y el periódico Granma...? Ve, camina por Times Square, aventúrate en el Central Park, coge un tren y disfruta lo que es un Coney Island de verdad. Yo te invito. Mejor, te doy el dinero para que salgas. No tienes que ir conmigo. Pero no salias, o salias y al momento ya estabas de regreso. El frío, el calor, siempre había un pretexto para no ver lo que tenías delante de tus ojos. Para estar en otro sitio... Pero mira, mira esa gente cómo se desplaza a pesar del mal tiempo (aquí siempre hay un mal tiempo), mira esos bultos como arremeten contra la tormenta; muchos también son de otro sitio (de su sitio) al que tampoco podrán regresar, quizás ya ni exista. Oye: la nostalgia también puede ser una especie de consuelo, un dolor dulce, una forma de ver las cosas y hasta disfrutarlas. Nuestro triunfo está en resistir. Nuestra venganza está en sobrevivirnos... Estrínate un pitusa, un pullover, unas botas y un cinto de piel; pélate al rape, vístete de cuero o de aluminio, ponte una argolla en la oreja, un aro con estrías en el cuello, un brazalete puntiagudo en la muñeca. Sal a la calle con un taparrabo luminoso, cómprate una moto (aquí está el dinero), y vuélvete punk, pintate el pelo de dieciséis colores y búscate un negro americano o prueba con una mujer. Haz lo que quieras, pero olvídate del español y de todas las cosas que en ese idioma nombraste, escuchaste, recordas. Olídate también de mí. No vuelvas más...

Pero a los pocos días ya estás de regreso. Vestido como te aconsejé, botas, pitusa, pullover, jacket de cuero, te tomas un refresco y oyes la grabadora que allá abajo nunca pudiste tener. Pero no estás vestido como estás, no te tomas ese refresco que allá abajo nunca te pudiste tomar, no oyes esa grabadora que ahora suena, porque no existes, quienes te rodean no dan prueba de tu existencia, no te identifican ni saben quién eres, ni les interesa saberlo; tu no formas parte de todo esto y da lo mismo que salgas

**“Oyelo bien: yo soy quien he triunfado,
porque he sobrevivido y sobreviviré.
Porque mi odio es mayor que mi nostalgia.
Mucho mayor, mucho mayor. Y cada día se agranda más...”**

vestido con esos andariveles o envuelto en un saco de yute. Bastaba verte los ojos para saber que así pensabas... Y no podía decirte que también yo pensaba así, que yo también me sentía así; así no, mucho peor; al menos tú tenías a alguien, a mí, que intentaba consolarte... Pero, ¿qué argumentos se pueden esgrimir para consolar a alguien que aún no está provisto de un odio inconmesurable? ¿Cómo va a sobrevivir una persona cuando el sitio donde más sufrió y ya no existe es el único que aún lo sostiene? Mira —insistía yo, pues soy testarudo, y tú lo sabes—, por primera vez ahora somos personas, es decir, podemos aborrecer, ofender libremente, y sin tener que cortar caña... Pero creo que ni siquiera me oías. Vestido deportiva y elegantemente miras al espejo y sólo ves tus ojos. Tus ojos buscando una calle por donde la gente cruza como mecidiéndose, adentrándose en un parque donde hay estatuas que se identifican, figuras, voces y hasta arbustos que parecen reconocerte. Estás a punto de sentarte en un banco, olfateas, sientes, no sabes qué transparencia en el aire, qué sensación de aguacero recién caído, de follajes y techos lavados. Miras los balcones estibados de ropa tendida. Los viejos edificios coloniales son ahora flamantes veleros que flotan. Desciendes. Quieres estar apoyado a uno de esos balcones, mirando, allá abajo, la gente que te mira y te saluda, reconociéndote. Una ciudad de balcones abiertos con ropa tendida, una ciudad de brisa y sol con edificios que se inflan y parecen navegar... ¡Sí! Sí, te interrumpo ya, una ciudad de balcones apuntalados y un millón de ojos que te vigilan, una ciudad de árboles talados, de palmares exportados, de tuberías sin agua, de heladerías sin helados, de mercados sin mercancías, de baños clausurados, de playas prohibidas, de cloacas que se desparan, de apagones incansables, de cárceles que se reproducen, de guaguas que no pasan, de leyes que reducen la vida a un crimen, una ciudad, ¿me oyes?, de policías y consignas. Y lo que es peor, ¿me oyes?, una ciudad con todas las calamidades que esas calamidades conllevan... Pero tú seguías allá, flotando, intentando descender y apoyarte en aquel balcón apuntalado, queriendo bajar y sentarte en aquel parque donde seguramente esta noche harán una “recogida”... ¡Hacia el sur! ¡Hacia el sur!, te decía entonces —te repetía otra vez—, seguro de que en un lugar parecido a aquél no ibas a sentirte en las nubes o en ningún sitio. ¡Hacia el sur!, digo, apagando las luces del departamento e imitando que siguieras mirándote en el espejo, en otro sitio... ¡A la parte más al sur de este país, el mismísimo Cayo Hueso, donde tantas veces te he invitado y no has querido ir, sólo para molestarme! Allí encontrarás lugares semejantes o mejores que los tuyos; playas a las que se les ve el fondo, casas entre los árboles, gente que no parece estar apurada. Yo te pago el viaje, la estancia. Y no tienes que ir conmigo... Como siempre —sin decirme nada, sin aceptar tampoco el dinero— sales, salimos, a la calle. Tú, delante, caminas por la Octava Avenida. Tomas 51 street. Cada vez más remoto entras en el torbellino de Broadway; los pájaros, nublando un cielo violeta, se posan ya sobre los tejados y azoteas del teatro Nacional, del hotel Inglaterra y del Isla de Cuba, del cine Campoamor y del Centro Asturiano; en bandadas se guarecen en la única ceiba del Parque de la Fraternidad y los pocos podados árboles del Parque Central de La Habana. Los faroles del Capitolio y del Palacio Aldama se han iluminado. Los jóvenes fluyen por las aceras del Payret y por entre los leones del Prado hasta el Malecón. El faro de El Castillo del Morro ilumina las aguas, la gente que cruza rumbo a los muelles, los edificios de la Avenida del Puerto, tu rostro. El calor del oscurecer ha hecho que casi todo el mundo salga a la calle. Tú los ves, tú estás ahí casi junto a ellos. Invisible sobre los escasos árboles, los observas, los oyes. Alborotando a los pájaros atisbas ahora desde las torres de la Manzana de Gómez; te elevas y ves la ciudad iluminada. Planeando sobre el litoral sientes la música de los que ostentan radios portátiles, las conversaciones (susurros) de los que quisieran cruzar el mar, la forma de caminar de los jóvenes que al levantar una mano casi te rozan sin verte. Un barco entra en el puerto sonando lentamente la sirena.

Oyes las olas romperse en el muro. Percibes el olor del mar. Contemplas las aguas lentas y brillantes de la bahía. Desde la Plaza de la Catedral la multitud se dispersa por las calles estrechas y mal iluminadas. Desciendes; quieres mezclarle a esa multitud. Estar con ellos, tocar esa esquina, sentarte precisamente en ese banco, arrancar y oler aquella hoja... Pero no estás ahí, ves, sientes, escuchas, pero no puedes diluirte, participar, terminar de descender. Impulsándote desde ese farol tratas de tocar fondo y sumergirte en la calle empedrada. Te lanzas. Los autos —taxis sobre todo— impiden que sigas caminando. Esperas junto a la multitud por la señal del WALK iluminado. Cruzas 50 street y parecés disfundirte en las luces de Paramount Plaza, de Circus Cinema, Circus Theater y los inmensos peces luminosos de Arthur's Treachers; ya estás bajo el descomunal cartel que hoy anuncia OH CALCUT-TA! en árabe, español y japonés, caminas junto a la gente que se agolpa y se desparra entre voces que pregonan hot dogs, fotos instantáneas por un dólar, rosas naturales iluminadas gracias a una batería discretamente instalada en el tallo, pulóveres esmaltados, espejuelos fotogenados, medallas centelleantes, carne al pincho, ranas plásticas que croan y te sacan la lengua. Ahora el tumulto de los taxis ha convertido todo Broadway en un río amarillo y vertiginoso. Burger King, Chuck Full O' Nuts, Popeye's Fried Chicken, Castro Convertibles, Howard Johnson's, Melon Liqueur, sigues avanzando. Un hombre vestido de cowboy, tras una improvisada mesa, manipula ágilmente unas cartas, llamando a juego, una hindú, con atuendos típicos, pregonan esencias e inciensos afrodisíacos, esparciendo llamaradas y humos que certifican la calidad del producto; un mago de gran sombrero intenta ante numeroso público introducir un huevo en una botella; otro, en cerrada competencia, promete hipnotizar un conejo que exhibe a toda la concurrencia, en tanto, que un transevite envejecido y alegre, desde su catafalco, se proclama maestro en el arte de leer la palma de la mano. Ahora una rubia desmesurada y en bikini intenta tomarte por un brazo, susurrándote algo en inglés. En medio de la multitud, un policía provisto de dos altavoces anuncia que la próxima función de E.T. comenzará a las nine forty five, y un negro completamente trajeado de negro, con alto y redondo cuello negro, Biblia en mano, vociferas sus versículos, mientras que un orfeón mixto, dirigido por el mismísimo Friedrich Dürrenmatt, canta “Tómame y guíame de la mano”... Jóvenes erotizados en pantalones de goma, cruzan patinando. Un racimo multicolor de globos aerostáticos se eleva ahora desde el centro de la multitud, perdiéndose en la noche. Al instante, una banda de flamantes músicos provistos sólo de marimbas, irrumpen con un magistral concierto polifónico. Alguien en traje de avispa se te acerca y te da un papel con el que podrías comer dos hamburgers por el precio de uno. ¡Free love! ¡Free love!, recita en voz alta y monótona un hombre uniformado, esparciendo tarjetas... La acera se puebla de sombrillas moradas que una mujer diminuta pregonas a sólo un dólar, pronosticando además que de un momento a otro a otro se desatará una tormenta. TONIGHT FESTA ITALIANA, anuncia ahora la superpantalla luminica desde la primera torre de Times Square Plaza. Cruzas ya frente a Bond y Disc-O-Mat, observas las vidrieras repletas de todo tipo de mercancías, desde un naranjo enano hasta falos portátiles, de un edredón de Afganistán a una llama del Perú. ¡Yerba!, te aborda alguien en español ostensible. Todos cruzan frente a ti ofreciendo abiertamente sus mercancías y ostentando libremente sus deseos. Por O'Reilly, por Obispo, por Obrapia, por Teniente Rey, por Muralla, por Empedrado, por todas las calles que salen a la bahía, camina la gente buscando la frescura del mar, luego de otro día monótono, asfixiante, lleno de responsabilidades ineludibles y de insignificantes proyectos trunco; pequeños goces (un refresco, un par de zapatos a la medida, un tubo de pasta dental) que no pudieran satisfacer, grandes anhelos (un viaje, una casa amplia) que sería hasta peligroso insinuar. Allá van, buscando al menos el espacio abierto del horizonte, desnutrados, envueltos en telas rústicas y semejan-

tes, pensando ¿será muy larga la cola del frozen, ¿estará abierto el Pío-Pío?... Rostros que pueden ser el tuyo propio, quejas susurradas, maldiciones solamente pensadas; señales y ademanes que comprendes, pues también son los tuyos. Una soledad, una miseria, un desamparo, una humillación y un desamor que compartes. Mutuas y vastas calamidades que te harían sentir acompañado. Desde los guardavacinos del Palacio del Segundo Cabo intentas otra vez sumergirte entre ellos, pero no llegas a la calle. Los ves. Compartes sus calamidades, pero no puedes estar allí, compartiendo también su compañía. El chillido de una ambulancia que baja por toda 42 street paraliza el tráfico de Broadway. Sin problemas atraviesas lentamente Times Square por entre el mar de automóviles; yo, detrás, casi te alcanzo, la Avenida de las Américas, la Quinta Avenida hacia el Village, sigues avanzando por entre la muchedumbre, mirándolo todo hoscamente, con esa cara de resentimiento, de impotencia, de ausencia. Pero, oye, quisiera decirte tocándote la espalda, ¿qué otra ciudad fuera de Nueva York podría tolerarnos, podríamos tolerar?... La Biblioteca Pública, las fastuosas vidrieras de Lord and Taylor, seguimos caminando. En la calle 34 te detienes frente al Empire State Building. ¡Y fíjate que lo he pronunciado perfectamente! ¿Me oíste? Hasta ahora todas las palabras que he dicho en inglés las he dicho a las mil maravillas, ¿me oyes! No sea cosa que vayas a burlarte de mi acento o a ponerme esa otra cara entre compasivo y fatigado. Claro, ninguna cara pones ya; es posible que ya nada te interese, ni siquiera burlarte de mí, ni siquiera quitarme, como siempre, la razón. Pero de todos modos quisiera traerte hasta aquí antes de despedirnos, quisiera que me acompañaras en este paseo. Quiero que conozcas todo el pueblo, que veas que yo tenía razón, que hay aún un sitio donde se puede respirar y la gente nos mira con deseo, al menos con curiosidad. ¿Yes? Hasta un Sloppy Joe's igual, qué igual, mucho mejor que el de La Habana. Todos los artistas famosos han pasado por éste. Día y noche se oye esa música y se puede disfrutar (si no con el oído, al menos con la vista) de esos músicos. Aquí Hemingway no tiene que preocuparse por la vejez: jóvenes y más jóvenes, todos en short, descalzos y sin camisa, bronceados por el sol, mostrando o insinuando lo que ellos saben (y con cuánta razón) que es su mayor tesoro... No en balde la Tennessee Williams plantó aquí sus cuarteles de invierno, soldados no le han de faltar... ¿Viste los vitrales de esa casa? Old Havana, dicen. ¿Y ese corredor con columpios de madera? Chez Emilio se llama, algo latino por lo menos. ¡Mira! Un hotel San Carlos, como el de la calle Zulueta... Desde el Acuario estamos ya a un paso de los muelles y del puerto. Este es el Malecón, no tan grande ni tan alto, pero hay la misma brisa que allá, o más o menos... ¡Oh, sí, ya sé que no es lo mismo, que todo aquí es chato y reducido, que esos edificios de madera con sus balconcitos parecen palomares o casas de muñecas, que estas calles no son como aquellas, que este puerto de mierda no puede compararse con el nuestro, no tienes que insinuarme nada, no tienes que empezar otra vez con la letanía! Sé que estas playas son una basura y el aire es mucho más caliente, que no hay tal malecón ni cosa por el estilo y que hasta el mismo Sloppy Joe's es mucho más reducido que el de allá. Pero mira, pero mira, ¿yeme, atiéndeme, ya aquí no existe y éste está aquí, con música, bebida, muchachos en shorts. ¡Por qué tienes que mirar la gente de esa manera, como si ellos tuvieran la culpa de algo? Trata de confundirte entre ellos, de hablar y moverte como ellos, de olvidar y ser ellos, y si no puedes, oyéme, disfruta tu soledad, la nostalgia también puede ser una especie de consuelo, un dolor dulce, una forma de ver las cosas y hasta de disfrutarlas... Pero sabía que era inútil repetir la misma cantinela, que no me ibas a oír, y además, ni yo mismo estaba seguro de mi propia verborrea. Por eso preferí seguirte en silencio por el largo lobby del Empire State. Tomamos el elevador, y, también en silencio, subimos hasta el último piso. Por otra parte, lo menos que te hacía falta era conversación: el tumulto de unos japoneses (¿o eran chinos?) que

subían junto con nosotros no te hubiera permitido oírme. Llegamos a la terraza. La gente se dispersó por los cuatro ángulos. Nunca había subido de noche al Empire State. El panorama es realmente imponente: Ríos de luces hasta el infinito. Y, mira para arriba: hasta las mismas estrellas se pueden divisar. ¿Dije “tocar”? Da igual; cualquier cursilería que emitiese tú no la ibas a oír, aunque estuvieras, como estás ahora, a mi lado. De todos modos te asomaste por la terraza hacia el vacío donde relampagueaba la ciudad. No sé qué tiempo estuviste así. Serían horas. El elevador llegaba ya vacío y bajaba cargado con todos los dichosos (así lo parecían) japoneses (¿o serían coreanos?). Alguien cerca de mí habló en francés. Experimenté el orgullo pueril de entender aquellas palabras que nada decían. Detrás de los cristales del alto mirador, un hermoso y rubio niño me miraba. Sin yo esperarlo me hizo un amplio y delicioso ademán obsceno. Sí (no vayas a creer que fue pura vanidad —o senilidad— mía), así fue; aunque después, no sé porqué, me sacó la lengua. Tampoco yo le presté mucha atención. La temperatura había bajado bruscamente y el viento era casi insoportable. Estábamos ya solos en la torre y lo que más deseaba era bajar e irnos a comer. Te llamé. Como respuesta me hiciste una señal para que me acercara junto a tí en la baranda. No recuerdo que hayas dicho nada. —¿No?— Simplemente me llamaste, rápido, como para que viera algo extraordinario y por lo mismo fugaz. Me asomé. Vi el Hudson expandiéndose, ensanchándose hasta perderse. ¡El Hudson, dije, qué grande!... ¡Imbecil!, me dije y seguíte observando: Un mar azul rompa contra los muros del Malecón. A pesar de la altura sentiste el estruendo del oleaje y la frescura inigualable de esa brisa. Las olas batían contra los farallones del Castillo del Morro, ventilando la Avenida del Puerto y las estrechas calles de La Habana Vieja. Por todo el muro iluminado la gente caminaba o se sentaba. Los pescadores, luego de hacer girar casi ritualmente el anzuelo por los aires, lanzan la pita al oleaje, cogiendo generalmente algún pez; rotundos muchachos de piel oscura se desprenden de sus camisas abiertas y se precipitan desde el muro, flotando luego cerca de la costa entre un alarde de espumas y chapaleos. Grupos marchan y conversan por la ancha y marítima avenida. El Júpiter de la cúspide de la Lonja del Comercio se inclina y saluda a la Giraldilla de El Castillo de la Fuerza que resplandece. Verdad que por un costado del mar había salido la luna. ¿O era sólo la farola del Morro la que provocaba aquellos destellos? Cualquiera de las dos que fuese, la luz llegaba a raudales iluminando también las lanchas repletas que cruzan la bahía rumbo a Regla o a Casablanca. En el cine Payret parece que esta noche se estrena una película norteamericana: la cola es imponente; desde el Paseo del Prado hasta San Rafael seguía afluendo el público, formando ya un tumulto... Tú estabas extasiado, contemplando. Te vi deslizarte por sobre la alta baranda y descender a la segunda plataforma que ostenta un cartel que dice: NO TRESPASSING, o algo por el estilo. No creo que haya intentado detenerme; además —estoy seguro—, nada ibas a permitir que yo hiciera. ¿No es verdad? ¡Dimelo!... De todos modos te llamé; pero ni siquiera me oíste. Volviste a asomarte al vacío. Usurpando el sitio donde estaba el oscuro y maloliente Hudson, el mar se elevaba hasta el cielo donde no podían fulgar más estrellas. Sobre el oleaje llegaban ahora los palmares; batiendo sus pencas irrumpieron por todo el West Side que al momento desapareció convirtiéndose en el Paseo del Prado. Cocoteros, laureles, malangas, platanales, almácigos y yagrumas arribaron navegando, borrando casi toda la isla de Manhattan con sus imponentes torres y sus túneles infinitos. Una fila de corajales unió a Riverside Drive con las playas de Marianao. El paseo de la Reina hasta Carlos III fue tomado por la yagrumas. Salvaderas, ocujes, laureles, jiquies, curujeyes y marpacíficos anegaron Lexington Avenue hasta la Calzada de Jesús del Monte. Los balcones de los edificios de Monserrate se nublaron de pencas de coco —nadie podía pensar que una vez esa calzada verde y tropical llevase el raro nombre de Madison Avenue. Obispo era ya un jardín. El oleaje



JORGE CAMACHO. Olea sobre papel. Fotografía de Andre Morain © 1981

refrescaba las raíces de los almendros, guásimas, tamarindos, jubabanes y otros árboles y arbustos cansados quizás del largo viaje. Una ceiba irrumpió en Lincoln Center (aún en pie) convirtiéndolo súbitamente en el Parque de la Fraternidad. Un júcaro curvó sus ramas, bajo él apareció el Parque Cristo. La calle 23 se colmó de nacagüitas —quién diría que en un tiempo a eso se le llamase la Quinta Avenida de Nueva York—. Al final del Downtown estalló un jagüey, su sombra cubrió la Rampa y el Hotel Nacional. Desde La Habana Vieja hasta el East Side que ya se disfundía, desde Arroyo Apolo hasta el World Trade Center, convertido en Loma de Chaple, desde Luyanó hasta las Playas de Marianao, La Habana completa era ya un gigantesco arbolario donde las luces oscilaban como cocuyos considerables. Por entre los senderos iluminados la gente camina despreocupadamente, formando pequeños grupos que se disuelven; vuelven a dividirse a retazos bajo la fronda de algún paseo; otros, llegando hasta la costa, dejan que el vaivén del oleaje bañe sus pies. El rumor de toda la ciudad llena de árboles y conversaciones te colmó de plenitud y frescura. Saltaste. Esta vez —lo vi en tu rostro— estabas seguro de que ibas a llegar, que lograrías mezclarle en el tumulto de tu gente, ser tú otra vez. No pude en ese momento pensar que pudiera ser de otro modo. No podía —no debía— ser de otra manera. Pero el estruendo de esa ambulancia nada tiene que ver con el del oleaje; esa gente que, allá abajo, como hormiguero multicolor se amontona a tu alrededor no te identifica. Bajé. Por primera vez habías logrado que Nueva York te mirara. A lo largo de toda la Quinta Avenida se paralizó el tráfico. Sirenas, pitos, decenas de carros patrulleros. Un verdadero espectáculo. Nada hay más llamativo que una catástrofe; un cadáver volador es un imán al que nadie se puede resistir, hay que mirarlo. No creas que fue fácil recuperarte. Pero nada es difícil de obtener en un mundo controlado por cerdos castrados e idiotizados, sólo tienes que encontrarle la ranura y echarle la quarter. ¡Y dije quarter! —¿Me oíste?— ¡En perfecto inglés! Como lo pronunciaría la mismísima Margaret Thatcher, aunque no se si la Thatcher habrá pronunciado alguna vez esa palabra... Por suerte tenía un poco de dinero (siempre he sido sicatero, y tú lo sabes). A las mil maravillas pronuncié las palabras incineration, last will y todas esas cosas. Ya

sólo tenía que colocarte en el dichoso y estrecho nicho —¿viste? Hasta para un trabalenguas se presta el asunto—. Pero, ¿por qué tener que dejarte en ese sitio reducido, frío y oscuro, junto a tanta gente meticulosa, melindrosa, espantosa, junto a tantos viejos? ¿A quién le iba a importar que un poco de ceniza se colocara o no en un hueco? ¿Quién iba a molestarse en averiguar tal tontería? ¿A quién además, le importabas tú? A mí. A mí siempre. Sólo a mí... Y no iba a permitir que te metieran en aquella pared entre gente de apellidos enrevesados y seguramente horrosos. Una vez más hube de buscar la ranura del cerdo y llenar su vientre.

No sé si en Nueva York estará de moda salir de un cementerio con una maleta. El caso es que así lo hice y a nadie le llamó la atención. Un taxi, un avión, un ómnibus. Y aquí estamos, otra vez en el Southernmost Point in U.S.A., luego de haberte paseado por todo Key West —fíjate que lo pronuncio perfectamente—. No quise despedirme de ti sin antes haberte proporcionado este paseo; sin antes haberme yo también proporcionado este paseo contigo. Cuántas veces te dije que éste era el sitio, que había un sitio parecido, casi igual, a aquél de allá abajo. ¿Por qué no me hiciste caso? ¿Por qué no quisiste acompañarme cada vez que venía? Quizá para molestarme, o para no dejarte convencer, o para no caer en la cobardía de aceptar a medias una solución, suerte de mutilación piadosa e inevitable que te hubiera permitido más o menos recuperar algunos sentidos, el del olfato quizás, parte de la vista, tal vez. Pero tu alma, pero tu alma seguramente habría seguido allá abajo, en el sitio de siempre (de donde no podrá salir nunca) mirando tu sombra acá deambular por calles estruendosas y entre gentes que prefieren que les toques cualquier cosa menos el carro. Don't touch the car! Don't touch the car! ¿Pero yo sí se los tocaré! ¿Me oyes? Y les daré además una patada, y cogeré un palo y les haré pedazos los cristales; y con esta historia haré un cuento (ya lo tengo casi terminado) para que veas que aún puedo escribir; y hablaré arameo, japonés y yiddish medieval si es necesario que lo hable, con tal de no volver jamás a una ciudad con un malecón, un castillo con un faro y un paseo con leones de mármol que desembocan en el mar. Oyelo bien: yo soy quien he triunfado, porque he sobrevivido y sobreviviré. Porque mi odio es mayor que mi nostalgia. Mucho mayor, mucho mayor. Y cada día se agranda más... No sé si en este cayo a alguien le importe un pito que yo me acerque al mar abierto con una maleta. Si fuera allá abajo ya hubiera sido arrestado. ¿Me oyes? Con una maleta y junto al mar a dónde podía dirigirme allí sino a una lancha, hacia un bote clandestino, hacia una goma, hacia una tabla que flotase y me arrastrara fuera del infierno. Fuera del infierno, hacia donde tú vas a irte ahora mismo. ¿Me oíste? Donde tú —estoy convencido— quieres ir a parar. ¿Me oyes?... Abro la maleta. Destapo la caja donde tu estás; un poco de ceniza parda, casi azulosa. Por última vez te toco. Por última vez quiero que sientas mis manos, como estoy seguro que las sientes, tocándote. Por última vez, esto que somos, se habrá de confundir, mezclándonos uno en el otro... Ahora, ¡adiós! A volar, a navegar. Así. Que las aguas te tomen, te impulsen y te lleven de regreso... Mar de los sargazos, mar tenebroso, divino mar, acepta mi tesoro; no rechaces las cenizas de mi amigo; así como tantas veces allá abajo te rogamos los dos, desesperados y enfurecidos, que nos trajeras a este sitio, y lo hiciste, llévate ahora a él a la otra orilla, depositalo suavemente en el lugar que tanto odió, donde tanto lo jodieron, de donde salió huyendo y lejos del cual no pudo seguir viviendo. ■

Nueva York, julio de 1982

REINALDO ARENAS (Holguín, 1943) este cuento que presentamos pertenece a su libro en preparación, *Que trine Eva*.

El que faltaba

Antes de abrirse el telón, en la oscuridad, se escucha un murmullo de muchas voces ininteligibles. Luego un silencio. Una voz lejana da un orden de fusilamiento. Tiros. Silencio. Otra vez el murmullo pero más débil. Otra vez la orden. Tiros. Silencio. El murmullo muy apagado. La orden. Tiros que se repiten como un disco rayado. Debe hacerse evidente que es una grabación. Silencio. Un pequeño ¡Ay! muy débil y cansado. Silencio. Se abre el telón. Hileras de muertos. Gran pausa. Se oye alguien en cajas que se prepara a salir carraspeando. Sale un hombre de traje negro con corbata, andar elegante y marcadamente disciplinado. Carraspea. Se sube una manga mirando a los muertos con asco. Mira al público como diciendo "Que clase de tarea me toca realizar". Se vuelve como a una orden militar y comienza a contar los cadáveres. Termina de contar haciendo un ademán de fastidio: la cuenta no sale. Se pone de frente. Reflexiona. Está sudando. Saca un pañuelo bien doblado y se seca la frente. Lo guarda. Comienza a contar con bríos y desenvoltura. La cuenta no sale. Mira al público por sobre un hombro haciéndole cómplice de su agotamiento. Vuelve a sacar el pañuelo ya descuidadamente y se lo pasa por la frente. Comienza a contar. Se equivoca. Vuelve a empezar. Se equivoca de nuevo. Saca el pañuelo ya hecho una bola y se seca el sudor. Se quita el saco. No sabe dónde ponerlo. Lo tira fastidiado. Cuenta. Se va llenando de satisfacción, pero al terminar se ha equivocado otra vez. Se golpea la frente. Se quita la corbata, tira y se zafa el primer botón de la camisa. Ha perdido toda su compostura del primer momento. Mira al público como exigiéndole ayuda. Cuenta. Para. Se rasca la frente. Cuenta. Le sale mal, se golpea la cabeza. Cuenta con los dedos. Falta uno evidentemente. Mira a todas partes. Mira al público. Lo mira con sospecha, y como si dijera: "No me queda otro remedio, compréndanlo". Cuenta una y otra vez. No sale. Revisa entre cajas. Vuelve a contar. Desfachadamente y con rabia. No sale. Mira al público: "El deber es el deber". Se abrocha la camisa. Recoge la corbata y se la pone. Se seca la frente y vuelve a doblar bien el pañuelo. Recoge el saco y lo sacude cuidadosamente. Va adquiriendo compostura. Se pone el saco. Guarda el pañuelo. Se sube una manga como al principio, trata de contar. Es inútil. Registra entre cajas. Mira al público como si dijera: "Cumplo con mi deber hasta el final". Saca un revolver. Lo prepara. Se lo pone en la sien. Dispara.cae muerto en el lugar que faltaba. Himno militar irreconocible tocado como por una orquesta de retreta.

(Cierra el telón lentamente).

El Asunto

Ante una mesa un hombre que come. Mesa repleta de distintos manjares. Sentado en una butaca, en el mismo plano, un hombre que fuma, muchas colillas en el piso, a su alrededor. Ventana al fondo.

Hombre que come: —¿Gusta?

Hombre que fuma: —Gracias. Me gustaría acompañarlo, pero no puedo. La comida me asquea.

Hombre C: —(Comiendo.) ¿Cómo es eso?

Hombre F: —No sé. Mi estómago sólo digiere el humo.

Hombre C: —Vamos, hombre. Pruebe aunque sea un bocadito. ¡No va a morir de hambre!

Hombre F: —(Airado.) Le ruego que no insista.

Hombre C: —Está bien, está bien. Cállese. No es para tanto.

Hombre F: —¿Qué no? (Amenazador.) Vuelva a invitarme y verá. (Larga pausa. Cada uno en lo suyo.)

Hombre C: —(Devora con frenesí la comida.) Ya ve. Y yo detesto el cigarro.

Hombre F: —(Se pone de pie.) ¿Ah, sí?

Hombre C: —(Conciliador. Comiendo.) Bueno, tanto como detestarlo... Sé que resulta un paliativo, calma los nervios, es... Pero...

Hombre F: —(En guardia.) ¿Qué?

Hombre C: —(Toma y come sin inmutarse.) Que en realidad no hay nada como un buen tabaco, ese aroma exquisito que... (Come.)

Hombre F: —(Como si se dejara llevar por el humo, casi en un paso de vals.) Es algo así como... como un... como... (El hombre que come sonríe y alza los hombros. El hombre F se detiene bruscamente.) Sin embargo, aborrezco la comida. (Mira al otro.) ¿Y usted?

Hombre C: —(Comiendo.) ¿Y?

Hombre F: —(Nuevamente amenazador.) Sí, usted.

Hombre C: —Yo también (Come con deleite.) Me da náuseas.

Hombre F: —Es usted un hombre inteligente. (Vuelve a la butaca.)

Hombre C: —(Tragando con voracidad.) Entre todos los pecados capitales la gula es el más capital.

Hombre F: —Estamos muy de acuerdo. Sin embargo no hay ningún pecado capital que se refiera al tabaco.

Hombre C: —No lo hay. No puede haberlo. No tiene por qué haberlo.

Hombre F: —Usted es una especie de genio.

Hombre C: —(Masticando.) Sólo hago justicia.

Hombre F: —(Lo mira.) Siempre he odiado a los comilones.

Hombre C: —Y yo.

Hombre F: —Todo en exceso es malo. (Enciende un cigarro con otro.) Yo, por ejemplo, fumo. Pero, pero no podría decirse que soy un vicioso.

Hombre C: —(Come frutas.) Claro que no. ¿Quién se atrevería a decirlo? (Mira de pronto al otro con malicia.) Sin embargo...

Hombre F: —(Cogido.) ¿Qué?

Hombre C: —No. Nada. (Mira la colillas. Come.)

Hombre F: (Trata de apartar las colillas con un pie sin conseguirlo...) ¿Por qué?... (Apaga el cigarro. Pausa)

Hombre C: —Comer sí que es un vicio, amigo, y de los peores.

Hombre F: —No lo dudo. Pero... sabe... Fumar no es un vicio mejor.

Hombre C: —No, no... Pero no es comparable. Esos seres que comen como cerdos... Debería haber alguna ley que... (Se chupa los dedos. Se limpia con el mantel.)

Hombre F: —Sí, es cierto. Tiene usted razón. ¿Pero hay algo más dañino a la salud que la nicotina? Ha visto usted acaso la radiografía de los pulmones de un fumador? Puro fango, basura.

Hombre C: —(Lo mira de soslayo.) Sí, puede ser.

Hombre F: —Puede ser, no. Es. ¡Y hasta que punto!

Hombre C: —Si usted lo dice, no tengo por qué dudar.

Hombre F: —¿Si yo lo digo? (Lo mira.) ¿Y por qué yo? (Se muerde las uñas.)

Hombre C: —Oiga, ¿qué le pasa? Cállese, amigo. La vida no es tan mala. Tranquícese. ¿Por qué no fuma? A ver fúmesme un cigarro a mi salud.

Hombre F: —(Tímido.) ¿Un cigarrillo? ¿Cree usted? ¿No le molesta el humo?

Hombre C: —¿No hombre! ¡Si hasta me gusta!

Hombre F: —(Enciende un cigarro con ansiedad.) Pues... ¿Qué estaba diciéndole? Ah, sí (Tartamudea.) E... el... el... vicio de fumar. (Casi agresivo.) ¿Por qué fuma la gente? Podría darme usted una respuesta

Hombre C: —Hombre, pues... No tengo la menor idea. Nunca he pensado en eso. (Se desplaza por la habitación inquieto.)

Hombre F: —(Aún más ansioso.) ¿Ah, no? Pues ya va siendo hora, sabe. Habría que barrer de sobre la faz de la tierra esa plaga. (Chupa el cigarro con fuerza.) Sí, porque es una plaga, peor que cualquier de las pestes bíblicas. Un paso al cáncer; enfermedad horrible.

Hombre C: —(Asiente.) E incurable.

Hombre F: —(Levemente molesto.) ¿Incurable? No, bueno, sí, es verdad... Pero... ¿No come usted?

Hombre C: —(Tímido.) No. Es que...

Hombre F: —(Sonriente.) ¿No comería algo más?

Hombre C: —No. No quisiera... Bueno, quizás unas masitas más de pavo. (Se sienta y comienza a comer con desgano, aunque de forma incansante.)

Hombre F: —(Hondamente preocupado.) Si es una enfermedad incurable. (Enciende otro cigarrillo como con asco.) ¿Tiene sentido entonces fumar, sabiendo los resultados terribles que puede traer? Vicio de estúpidos.

Hombre C: —Es lo que le decía. Por eso yo detesto el cigarro.

Hombre F: —Y yo. (Fuma.)

Hombre C: —(Come con repugnancia.) Prefiero mil veces la comida. Un buen asado de...

Hombre F: —(Se levanta ofendido.) ¿Hablabas de comida?

Hombre C: —(Comiendo con gran asco.) Decía que me repugna, me dá asco. (Traga con esfuerzo.)

Hombre F: —(Igual.) Ya mi fumar. (Fuma, larga pausa. Los dos hastiados cesan en su acción.)

Hombre C: —Y hablando de todo un poco. ¿Podría saberse el asunto de su visita?

Hombre F: —(Sonriente.) Sí, como no. Caramba. Perdóneme haber estado aquí consumiendo su tiempo.

Hombre C: —(Traiga.) Vamos al grano.

Hombre F: —(Se acomoda para hablar. Busca un cigarro.) ¡Dios mío!

Hombre C: —¿Qué?

Hombre F: —¿Qué es esto? ¿Se me han acabado los cigarros! (Se pone de pie.) ¿No tendrá usted?

Hombre C: —(Con orgullo.) No fumo.

Hombre F: —¿No habrá modo de mandar a buscar?

Hombre C: —¿Con quién? Como usted ha visto vivo solo.

Hombre F: —Entonces iré yo mismo, si no le es molestia esperar

Hombre C: —¿Pero amigo, no sabe que hora es? (Mira su pulsera.) A esta hora todos los comercios están cerrados.

Hombre F: —¡Caramba! (Pausa.)

Hombre C: —Bueno... ¿Podrá comunicarme ahora el motivo de su visita?

Hombre F: —Perdone un instante... Déjeme coordinar las ideas.

Hombre C: —Tómese su tiempo. (Camina a zancadas por la habitación demostrando su inquietud, de vez en vez lo mira.)

Hombre F: —Mil perdones. Debo de comenzar hablando de cualquier cosa para poder llegar al asunto que nos... (Coge una colilla del piso. La enciende.) Pues bien. El cáncer es una enfermedad espantosa y comprobado, comprobado está que es la nicotina la que lo produce. No trato de convencerlo, sólo que el sol no puede taparse con un dedo. Luego ese mal aliento que dá el tabaco. (Otra colilla)... ese humo que lo impregna todo, la ropa, los muebles, las paredes... ¿Qué busca?

Hombre C: —Siga, siga. Lo escucho.

Hombre F: —Pues sí; las alacenas, las toallas, la cortina, los, las... ¿Pero qué busca?

Hombre C: —Siga, siga. Debi haberlo dejado por aquí. Todavía queda un trozo más de pan.

Hombre F: —(Sigue consumiendo colillas mecánicamente.) El cielo raso, el piso, el techo, la ropa interior...

Hombre C: —¿Ya!

Hombre F: —¿Qué?

Hombre C: —Nada, nada, continúe. Se le escucha con gusto. (Tirado en el piso se come un pedazo de pan mugriento que encuentra en un rincón. A punto de vomitar.)

Hombre F: —Los... las... las...

Hombre C: —(Mientras come.) ¿Ha recordado ya el asunto de su visita?

Hombre F: —Lo tengo en la punta de la lengua. (Se tira al piso a recoger otra colilla. Los dos están "a cuatro patas". Risas en el exterior y un ruido, indefinido de personas. Risas jóvenes. Se levantan corriendo.)

Los dos: —¿Qué es eso? (Se asoman a la ventana entreabierta.)

Hombre F: —¿Qué barbaridad! ¿Qué asco! ¿Y ese espectáculo es frecuente aquí?

Hombre C: —Le juro que es primera vez que lo advierto.

Hombre F: —¿Pero ve usted bien? ¿Es horrible?

Hombre C: —¡Increíble!

Hombre F: —¿No, no! (Se agarra del otro.)

Hombre C: —¿Qué horror! (Se aferra al otro. Pausa. De repente se miran y se separan horrorizados de su abrazo)

Hombre C: —Shh... No nos han advertido. (Cierra la ventana en silencio) Es un descarado. Pensar que lo creí un hombre decente.

Hombre F: —Eso son los jóvenes, los mosquitas muertas, los hipócritas.

Hombre C: —No les diré nada. Haré como si no los hubiera visto. Pero desde hoy en lo adelante...

Gracias a Dios conozco a la familia. A sus jefes y a todos los vecinos. ¡A plena luz del día! ¿Qué descaró!

Hombre F: —(Tímido.) Confío en usted. Sé que actuará del modo más correcto.

Hombre C: —Descuide. ¿Ha recordado usted, por fin, el asunto de su visita?

Hombre F: —Es una lástima, pero... Ante eso... Además. Necesito... (Se tira al piso y recoge colillas que enciende con desesperación. El otro recoge el mendrugo de pan y come con ansiedad. Se miran el uno al otro y se ponen de pie tratando violentamente de recobrar su dignidad.)

Hombre C: —No importa. Cuando lo recuerde, en cualquier momento, vuelva. Será bien recibido. En cuanto a lo de mis vecinos... déjeme ese asunto a mí. (Lo acompaña a la puerta.) Si quiere, mañana mismo, pase por aquí (En secreto.) Le tendré un báluleno de cigarros para usted solo.

Hombre F: —Gracias. (En secreto.) Yo le traeré una pierna de cordero, un cesto de frutas y siete u ocho flautas de pan.

Hombre C: —¡Delicioso! Mil gracias. No falte... (Las risas se han seguido oyendo suavemente. El hombre F se va. El hombre C sale por un lateral. la ventana se abre con el viento. Música. Las risas se escuchan con gran fuerza.)

(Telón.)

Alrededor de Diciembre de 1975
Prisión de Melena 2

Juego con muñecas

Al escenario entra una niña con una gran muñeca. (Esta tiene el mismo rostro de la niña y el mismo rictus de amargura, viste como ella).

La niña: (A la muñeca) ¿Sabes lo que voy hacer si no te tomas tu sopa; te voy a volver a meter en tu caja, le pondré la cinta, y que te pudras ahí, hasta que yo sea grande!

(Se sienta en el centro del escenario. Entra la madre en una especie de ropón como el de la niña y la muñeca)

La madre: (Con el mismo rictus de amargura) ¿Qué haces levantada a estas horas, "mongólica"?

La niña: La niña, que no quiere ir a la escuela.

La madre: ¿Qué cretina eres! ¡No te das cuenta que es una muñeca?

La niña: Sí, pero es mi hija. ¿Tú crees que debo permitirle que haga lo que le dé la gana?

La madre: Acuéstate ahora mismo si no quieres que te rompa esa cara de muñecona fea.

La niña: Primero tengo que hacer todas las cosas de la casa. Plancharle ese vestido y hacerle el desayuno. ¡Me tiene más cansada esta chiquita!

La madre: Cuando venga tu padre, borracho como siempre, ya verás. Tu sabes bien que siempre la coge contigo.

La niña: Lo mismo que le digo yo, lo mismo. (A la muñeca.) Cuando venga tu padre, borracho como siempre...

La madre: ¡Ay! gran poder de Dios. ¿Por qué le compraría la "desgracia"?

La niña: (A la muñeca.) ¿Por qué me tocaría a mí precisamente ser la madre? Con tantas niñas que hay que no tienen muñeca. ¡Lo felices que son!

La madre: Lo que te voy a hacer es ponerte un lavado que te vas acordar pa' el resto de tu vida.

La niña: (A la muñeca) Ya lo oíste, ¿verdad?

La madre: (Sarcástica) Es contigo, so bruta.

La niña: (A la muñeca) Contigo, no te hagas.

La madre: Cuando venga tu padre, después de hacer y deshacer por ahí voy a contarle todo lo que hiciste. Siempre le quedan fuerzas para sacarse el cinto y tú lo sabes.

La niña: (A la madre) Ayer precisamente, le puso una inyección. No quería dormirse, la muy mona.

La madre: (Pausa) (Confundida) Lo que tenía que hacer. ¡No puedes permitirlo!

La niña: (En absoluta complicidad con la madre.) Yo sé que él tiene a otras. Con Marianita, ésa de la esquina, tiene una Lili y con Conchita otra de trapo. Pero... conmigo sí la cosa es distinta. ¡Se tiene que portar como un buen padre!

La madre: Haces muy bien. Mírame y recibe el ejemplo. (Cara torcida y detenida) (Pausa) ¿Tu sabes qué haría yo en tu lugar? La pondría a hacer todo lo de la casa y tu ahí, echándote fresco.

La niña: Pero mami, si ella... ella es una muñeca.

La madre: (Atolondrada) ¿Cómo?, ¿Qué?

La niña: Rodolfito es el padre, el hijo de Rosaura. Pero ella no se mueve.

La madre: ¿Y tu se lo permitiste?

La niña: Bueno, un día Rodolfito la quiso operar y sacarle toda la estopa y los trapos para castigarla, pero ella es mi hija, no te olvides.

La madre: Sí pero ahora la cosa va a ser distinta. Deja que llegue el malandrín de tu padre. Tu verás.

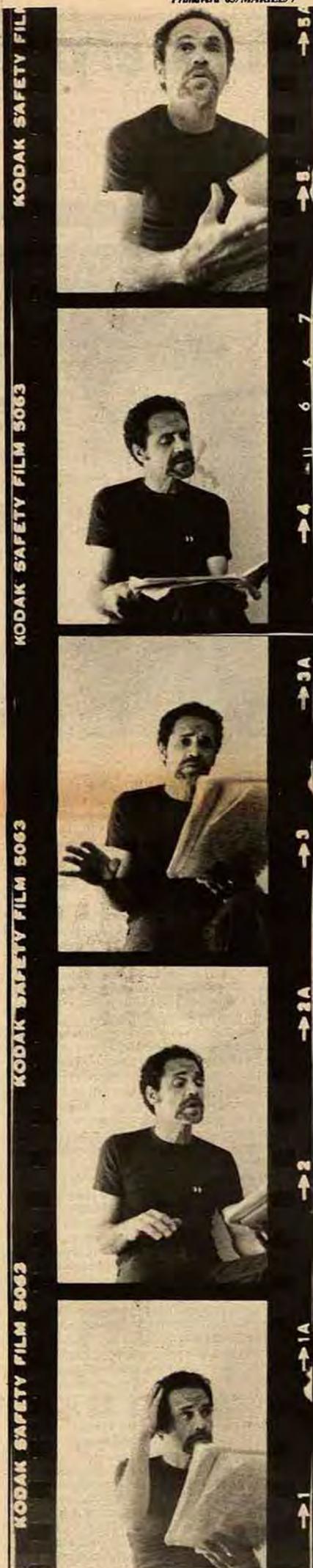
La niña: No te fíes. Te tengo que confiar una cosa. Que ayer cuando empezó a pegarme ni siquiera lloré, ni pugué un grito. ¿No te acuerdas? Fue porque me creí que yo misma era mi muñeca.

La madre: ¿Pero tu lo permitiste? Ese monstruo (señala a la muñeca) Te está tomando el pelo. Está poniéndote en el lugar de ella.

La niña: Ya lo sé. Pero el amor de madre es uno solo (Pausa, la mira) Y yo te quiero. (La madre se ha puesto rígida de estupor. La niña se dirige a ella como a la muñeca) ¿No te dije que tomaras la sopa? (La madre no contesta) Y vé a acostarte ya. Cuando llegue tu padre, borracho como siempre, te va a entrar a cintazos. (La madre está sentada en el suelo. La niña se dirige a la muñeca) ¿Mamá a ti qué te pasa? Pareces... Lucas... (Se rie) ¿Como una muñeca! (A la madre) Y tu, ya que no quieres ir a la escuela ni tomar tu sopa, ni acostarte a dormir, ya no voy a repetirte más las cosas. Ahora mismo... (Salé del escenario y vuelve con una gran caja de cartón)... Te voy a meter en tu caja. (Mete a la madre con dificultad en la caja.) (Le habla a la muñeca) ¿Por qué me habras comprado una muñeca tan grande? (Tapa la caja y le pone una cinta con un lazo. A la muñeca.) Ya no la quiero mami. (A la caja cerrada) Te quedarás ahí hasta que yo sea grande. (A la muñeca.) Mamá te noto muy cansada. Ven acostarte, ven. (Carga a la muñeca y sale. Canta.) A mambocható mata-dile-dile-dó. A mambocható mata-dile-dile-dó. (Queda la caja encintada en el escenario).

La Habana, 1971

Teatro Brevisimo René Ariza



Todo el padre

Reinaldo García Ramos



MARIA ELENA BADIÁS. Sucking Fish Are More than Just Marine Vacuum Cleaners. Tinta china y lápiz.

Desde años antes, habías abandonado la ciudad.

Mis más viejos días están llenos de la imagen de enormes rastras de carga, llevadas y traídas sobre las carreteras de la isla por tus manos y tus noches al enorme timón. Dueño del mundo, de los cuentos, de los secretos de la vida, de la interminable alegría, te vestías de limpio al atardecer y montabas en aquellos aparatos deseosos y vibrantes.

Desaparecías durante algún tiempo, y al cabo de los días se oían de nuevo unos pasos a la entrada, se recibía el olor del tabaco, se reordenaban las conversaciones, y tú resurgías de aquella tiniebla lejanísima en que te habías envuelto para alimentarnos.

Traías los zapatos ahora polvorientos, y la camisa estrujada y sudorosa, y en el rostro unas radiantes huellas de navegante triunfador, unos ojos que habían descubierto y dominado desafíos secretos. Una fresca se difundía entonces por las paredes y sus adornos, la mesa comenzaba a entregarse en sopas de humos obligados, en papas fritas, en enormes bistecs especialmente para ti. Una música casi siempre se oía y la voz de mi madre cobraba un timbre de refulgente religión.

Aprendí a respetar el sueño de los seres humanos en esas siestas tuyas, en las que todo el universo entrevistado se redefinía como una gratificante prohibición. Cruzábamos cerca de tu sueño como ante una ajena intimidad, como si tuviéramos que presenciar por torpeza la forma en que seducías a la nada. Tu cuerpo dormido era la prueba reverenciada del mejor equilibrio posible; tu respiración, el peso de una constelación protectora, cuyos confines se perdían en un pasado que no conoceríamos, pero cuyas formas más cercanas entregaban la única luz que podíamos aceptar.

Así me fuiste apareciendo y desapareciendo, en tardes y noches sucesivas, y los paseos contigo por los parques o el puerto, entre carritos de helado y vendedores de mani, se me fueron quedando como las pruebas de la tierra y la verdad buscadas. Como las más difíciles fuentes del amor.

Hasta que un día decidiste asentar tus prodigios en un panorama que nos excluía.

Abandonaste la ciudad, no como antes, para traer a los pocos días el cargamento de un desembarco victorioso, sino para que tu mesa y tu cama cambiaran de aspecto. Los montes de la espesa isla habían tendido un hechizo sobre tus viajes milagrosos, y los habían definido en otras direcciones. Aquellas carreteras, aquellos caseríos y pueblos que tú tantas veces habías nombrado y recorrido, las largas

colinas y curvas que tú siempre sometías a tu conocimiento, habían terminado por proponerte una incógnita.

No volviste. En el laberinto de nuestra diaria reiteración, hubo entonces paisajes, salidas, espacios enteros que se convirtieron en espejos, y espejos que se desplomaron o se ennegrecieron para siempre. La casa por sí misma recogió sus sonidos y reordenó sus luces, mientras la última sonrisa de mi madre se desvanecía tontamente, comprensiblemente. Tu rostro, tu nombre, tus historias una y mil veces contadas con asombro, fueron retirándose hacia el interior del centro, hacia dentro del mismo centro de la casa, y allí los retuvimos como comprobaciones oscilantes de nuestro contorno.

Más tarde, cuando los días nos dieron su igualdad salvadora, y los años cavaron el horror del país, nuestras cosas fueron depositándose en una madriguera de animales acosados, pero lentos, y todavía la plena ceremonia de tu ausencia nos amparaba con su resonancia. No nos pertenecías, pero de algún modo en esos años de inmundicia tu difusa estancia nos impidió desmoronarnos sin entereza. Con el tiempo, también, volviste a mostrarte por sorpresa en días que sólo tú entendías, acarreado contigo el fulgor de otro reino en el que ahora luchabas. Esos días eran como hogueras en las que mi madre y yo despedazábamos fantasmas, mirábamos al sol, y jugábamos a conversar de soluciones y planes. Tus trofeos de guerrero engrandecido no eran, en ese ardor que nos dejaba exhaustos, mayores ni más bienvenidos que tu antigua y armoniosa ciencia, con la que aún lograbas reparar los chuchos de la electricidad o darme consejos de carpintería.

Ahora que tengo encima de la mesa un telegrama con el nombre de un barco; ahora que la casa está medio vacía y que yo mismo he comenzado en cierto modo a desaparecer, ahora que llevo más de una semana esperando que respondieras a mi llamado, llegas a jugar con que no me voy, con que me estás haciendo una visita rutinaria; llegas a salvarme de la más desesperante despedida.

Te conviertes enseguida en mi ayudante para disponer de la espera, me das consejos prácticos para sobrevivir en alta mar, y sin embargo nada de eso significa que nos vamos a dejar de ver. Tú mismo me hablas del futuro, tú mismo me propones opciones prácticas; pero no se trata de dejar mi país para siempre, no se trata de que mi madre ya murió o de que la casa no nos reunirá ya más; no se trata de que en cualquier momento puede llegar la policía a tratarme como a un delincuente o unos desconocidos conocidos a gritarme insultos desde la calle. Se

trata de que me has traído algunas naranjas para el desayuno, de que no pudiste conseguir frijoles negros o plátanos manzanos, como aquella vez; se trata de que a lo mejor vuelves y me puedes traer unos mangos.

Nos sentamos a la mesa, y algunos de mis amigos más fieles vienen a saludarte, a averiguar qué ha pasado. Has cocinado un arroz con pollo memorable. Nos sentamos a comentar el vecindario, a hacer cuentos de gentes que ya pudieron irse. Como desajustes que no nos observaran, pasan vibrando por las voces los relatos sobre torpes naufragios, el cuadro ajeno de los temporales en alta mar. Tu rostro continúa su gran navegación de amparo: nada de tu proximidad disminuye.

Lavamos una vez más los platos; echas en agua de nuevo las ropas que conservo, porque a lo mejor tengo que esperar más de lo que calculamos. Juntos recibimos los mensajes desde el extranjero, en los que se me dice que no pierda la fe, que están haciendo todo lo posible. Tus manos traen una mañana un inmenso paquete de caramelos, ido a conseguir no sé adónde, y me dices que es lo más aconsejable para mantenerse durante días y días sin necesidad de comer.

Tus ojos no se nublan. Tu cuerpo sólido y suave no pierde uno solo de sus atributos perfectos. Durante días y días me acompañas en esa suspensión de nuestros dos destinos, aguardando un aviso que nos definirá en una casi segura extinción. Pero jugamos. Jugamos a decir que "a lo mejor llueve mañana", dándole a la "lluvia" un sentido cifrado que nos divertía ante los quietos enemigos, pero sabiendo ambos que estábamos soltándonos en un río crecido, sin bordes y sin fondo.

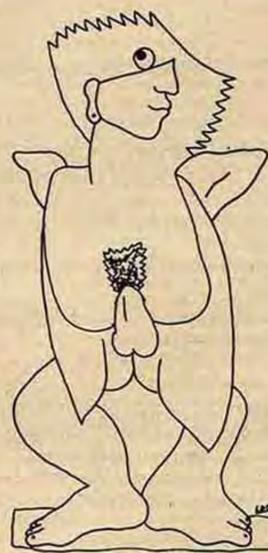
Y una mañana, sin esperar más, sin querer saber más nada de lo que ya era casi una tortura lujosa, decidiste recoger poco a poco tus cosas, mientras me explicabas que ibas a dar un corto viaje al campo. Ibas a tu casa, ahora que al parecer mi travesura demoraría un poco en empezar, y así verías si había ocasión de conseguir algunos alimentos. Me dijiste que venías enseguida, que era cuestión de dos días a lo sumo. Si algo pasaba, yo tenía modos de avisarte sin demora. Si algo pasaba, ambos sabíamos que no habría tiempo para avisos.

Al mediodía, cuando el pasillo estaba solitario y la escalera hacia la calle resplandecía de luz y de silencio, bajaste con calma. El abrazo había sido espontáneo, casi alegre. Total, si volverías enseguida. ■

REINALDO GARCÍA RAMOS (Cienfuegos, 1944) llegó a Estados Unidos por Mariel en 1980. Su libro *El país o sus sueños* (al que pertenece este capítulo) es un testimonio poético sobre ese viaje.

La luz final

Juan Abreu



Para M, queridísima

...el día de su regreso no amanecerá jamás
Homero, Odisea

¿Qué marca traigo? preguntó ella desde la puerta sujetando la gran cartera, increíblemente llena de papeles, y el montón de llaves.

Trae Master, Bachelor... o Doctorado, si es Master que venga firmado al menos por un rector... tú sabes que en materia de papeles sanitarios soy muy exigente...

La muchacha rió estruendosamente con esa risa armoniosa aunque alta que salpicaba todo a su alrededor. Las llaves tintinearón, silbaron algo. El cabello negro, en el que vibraban algunas canas, centelleó y dejó ir la dulzura que en los últimos tiempos lo ayudaba a sobrellevar la caída de las tardes, los días de lluvia, los escasos recuerdos. La puerta se cerró tras ella, la oyó descender la escalera.

Le quedaba la burla, era cierto, y con ella se enfrentó al silencio de la casa. Y a ellos. Desde el día anterior los presentía, y ahora al mirar el espacio donde un momento antes estuvo la sala, mientras escuchaba lejanísimo el ruido del motor del auto, los vio. Eran una pradera. Le llegó el ondulado de la hierba como un conocimiento. Como la sabiduría. Al fondo, donde brotaba un pedazo de calle asfaltada a trechos, bordeado por un polvo fino y dentro de un círculo de adoquines, estaba el árbol de la infancia. Un almendro. La sombra que despedía era una lluvia gorda y acogedora que se precipitaba sobre el portal y entraba en la casa despintada de losas blancas y negras. Envuelto en una luz, densa que empezaba a devorar la cocina, que ya había devorado la sala, el sillón, los estantes llenos de libros y discos, las fotografías, se oyó decir: **El paisaje en sí no es temible, lo temible es que no existe, y apretó la superficie del buró detrás del que se hallaba sentado.** En ese instante, frente a él, allá, más allá de la hierba y el árbol, salió la madre al portal, como una sombra se secaba las manos en un trapo; llamó, lo llamó varias veces sin resultado. Sintió un mareo, como si una corriente se hundiera en él sinistramente acogedora y lo inutilizara. Trató de incorporarse, pero no lo consiguió.

Entonces ellos se ampliaron súbitamente, se desbandaron, se expandieron con un gemido o una risa burlona que parecía el rodar de la brisa. Pudo ver el cielo, era la noche y el cielo increíblemente iluminado resplandecía en un rumor. Un coro de voces se alzó desde todos los sitios, desde todas las cosas, para decirle: **...es el único cielo es el único cielo es el único cielo.** Pero tal vez no fuera más que el grito de horror de los cuartos alcanzados por aquella sombra o luz que brillaba estremeada, en una furia hostil y engañosa. Se contempló sentado bajo el árbol que había adquirido dimensiones inabarcables al contacto de la noche. A su lado, se hallaba una muchacha de pelo muy largo a la que

estrechaba una mano. La miraba como nunca creyó que fuera capaz de mirar. De los ojos de ella fluía también la inocencia. Así estuvieron, hasta que ellos gritaron y una espuma hirviendo la devoró.

Se agarró la cabeza, trató de cerrar los ojos, lo hizo, pero continuó viendo. Al alzar el rostro era el sol que resplandecía sobre las tejas de la casa, que soltaba un vapor rojizo. La pradera se esfumó y a su lugar vino un cañaveral negro. Tiznado por la caña quemada se vio salir al terraplén e ir a sentarse bajo el almendro. Al rato, llegaron unos hombres uniformados en un camión verde, lo sacaron a empujones de bajo el árbol, le pusieron el machete en las manos rotas e insultándolo y amenazándolo lo condujeron de regreso al trabajo. Abrumadoramente supo entonces, que nunca el árbol lo había protegido. Y se sintió triste de una tristeza definitiva.

No sabía si el tiempo transcurría en el chirrido húmedo, baboso, en el que la luz o la sombra que avanzaba destruía los objetos que, retorciéndose, se deshacían a pocos pasos de él; estallaron los libros, los recipientes pulverizados lanzaron una lluvia finísima y cortante sobre su rostro, un cerdo repleto de centavos los expulsó por la barriga abierta desperdigándolos en el espacio aún intacto, en la superficie de madera en la que sus manos se crispaban al tiempo que el granito del piso burbujaba líquido y amenazante. Ahora, en la atmósfera que se había tornado un río vertiginoso, él se inclinaba para aferrar la cabeza de alguien que se retorció chupando su miembro duro, tembloroso. En esa agua desfilaban cuerpos, el suyo y otros que nunca amó, que nunca conoció (aquella corriente se lo decía), de los que, y esto lo llenaba de espanto, no recordaba nada; enlazado, empobrecido, lastimoso, buscando una puerta inexistente en el contacto, se vio solo. Se vio en aquella corriente salir peinadito y ridículo de innumerables aulas en las que pasaba horas tratando de burlar a los profesores, para leer el libro oculto bajo los cuadernos, se vio perdiendo el tiempo miserablemente intentando penetrar el pensamiento de unos imbéciles anquilosados y temibles en sus reductos sin vida. Se vio masticando una hoja, comprendiendo que su sabor era más profundo que la más profunda de las filosofías.

-Reducir la vida a esquemas y teorías es tarea digna de muertos, se oyó hablar. Pero al mismo tiempo sabía que ante aquello que se acercaba de nada le servían sus convicciones; aquello que percibía y que era hermosamente desolador estaba más allá de toda convicción, de toda moral, de todo amor u odio.

Ahora, la cabeza le zumbaba, recordó vagamente sin atreverse a separar los párpados, pues el resplandor lo cegaba, que la noche anterior, a la sombra protectora del cuerpo de la muchacha sintió miedo en la semioscuridad del cuarto, mientras las plantas cuchicheaban desde la ventana. Se lo dijo. Ella se apretujó a él y le acarició la cabeza con las mismas manos de su padre, y aquello, extrañamente

CILBERTO RUIZ. Dibujos, tinta sobre papel



aumentó su terror.

¿Qué pasará cuando regrese? se preocupó aún, contenido por una turbulencia.

Mientras tanto, ellos, la pradera, la casa, el árbol, estaban bajo el mar. Ellos eran el mar y estaba lleno de barcos de pesca, de lanchas de recreo, que formaban otro mar de colores centelleantes que le hicieron pestañear y llevarse una mano al rostro en el momento en que uno de los hombres uniformados lo empujó. Todo era como una gran ansiedad aquella mañana de mayo, y el cielo azulísimo despedía una brisa acariciante que el creyó, ingenuamente, lo protegería. Tarde o temprano en su vida, tras los más mínimos asuntos, tras los más fútiles acontecimientos, estaba el mar. Nunca entendió por qué, pero aquella magnífica presencia resultaba un consuelo inapreciable.

En alta mar las olas se precipitaban, enormes, sobre la pequeña embarcación, y se sintió mareado y vomitó largamente por encima de la borda sobre su rostro que era también el mar. Revivió, tratando de fundirse al buró, apretando los párpados hasta el dolor, su miedo animal al pensar que a última hora lo retendrían, que no lo dejarían ir; miedo que lo acompañó hasta las mismas costas de la Florida. Pero ahora el barco atracaba junto al árbol que porque era el comienzo del invierno formaba remolinos de hojas rojas y secas y crujientes sobre la acera. Suavemente la popa rozó el tronco, entró en el polvo, tocó los adoquines; y cansado, pasó una cuerda alrededor del árbol y descendió frente a la casa. Sobre él vino entonces un abandono alucinante. Y cuando creyó ver que todos aquellos seres que lo acosaban, que lo perseguían e inquietaban desde hacía tantos años no eran otra cosa que él mismo, le fue alcanzando una gran ira. Un furor desmedido envolvió su cuerpo y en ese instante entró filtrándose por entre la claridad exquisita de las imágenes, el ruido del motor del auto, luego los pasos en la escalera, y más tarde el tintineo de las llaves en la cerradura.

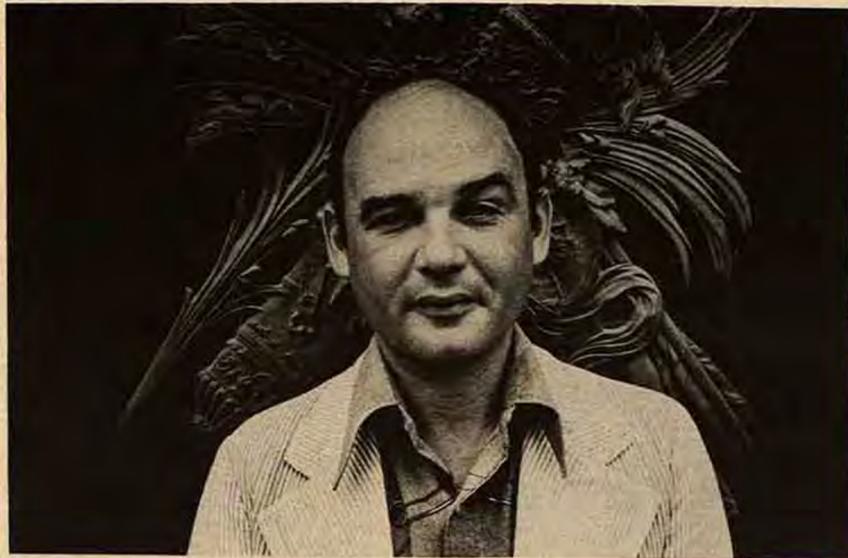
Cuando la puerta se abrió, el grito de la muchacha rodó junto a los paquetes, se deslizó entre la hierba y se fue a estrellar contra las altas figuras que se contoneaban avanzando. Los recipientes plásticos llenos de leche, las latas, los sobres blancos de pan se esparcieron por el suelo espumeante que ya casi tocaba los pies de él, que, inmóvil, extasiado, contemplaba por fin aquellos rostros, sin máscaras, en un avance incontentible. El, que cuando las figuras se precipitaron sobre ella que temblaba en el abismo que era el umbral, introdujo la mano en la gaveta, al tiempo que se sentía tocado, poseído por aquella luz, tomó el arma, apuntó a la sien y disparó sin titubear para detenerlos, para detenerse. ■

Miami, Octubre de 1982.

JUAN ABREU (La Habana, 1952) llegó a Estados Unidos por Mariel en mayo de 1980. Su cuento pertenece al libro titulado *El polvo y la noche*.

Sonetos

Severo Sarduy



SEVERO SARDUY. Foto Denis Roche © Seuil

I
El rumor de las máquinas crecía en la sala contigua: ya mi espera de un adjetivo —o de tu cuerpo— no era más que un intento de acortar el día.

La noche que llegaba y precedía el viento del desierto, la certera luz —o tus pies desnudos en la estera— del ocaso, su tiempo suspendía.

No recuerdo el amor sino el deseo; no la falta de fe, sino la esfera— imagen confrontando su espejo

con la textura blanca, verdadera página —o tu cuerpo que aún releo—: vasto ideograma de la primavera.

II
Aunque ungiste el umbral y ensalivaste no pudo penetrar, lamida y suave, ni siquiera calar tan vasta nave, por su volumen como por su lastre.

Burlada mi cautela y en contraste —linimentos, pudores ni cuidados— con exiguos anales olvidados de golpe y sin aviso te adentraste.

Nunca más tolerancia ni acogida hallará en mi tan solapada inerte que a placeres antipodas convida

y en rigores simétricos se invierte: muerte que forma parte de la vida. (Vida que forma parte de la muerte).

III
Renuncia a tu cuidado, bien lo sé: tras ese dolor que tu embestida aqueja, en alivio y placer muda la queja, más sosegada cuanto más penetras

Cerveza trasmutada o sidra añeja, del oro tibio la furiosa recta su apagado licor suma y proyecta sobre el cuerpo deseoso que festeja

tanto derrame. A bálsamos o ardidos que atenúen la quema de tu entrada nunca recurras. Mientra menos cuides,

unjas, prevengas, o envaselinada desimules, mejor. Para que olvides el mudo simulacro de la nada.

IV
Ni la voz precedida por el eco, ni el reflejo voraz de los desnudos cuerpos en el azogue de los mudos cristales, sino el trazo escueto, seco:

las frutas en la mesa y el paisaje colonial. Cuando el tiempo de la siesta nos envolvía en lo denso de su oleaje, o en el rumor de su apagada fiesta,

cuando de uno en el otro se extinguía la sed, cuando avanzaba por la huerta la luz que el flamboyant enrojecía,

abrimos entonces la gran puerta al rumor insular del mediodía y a la puntual naturaleza muerta.

SEVERO SARDUY (Camagüey, 1937) entre sus obras más importantes se encuentran: *De dónde son los cantantes*, *"Cobra"* y *"Maitreya"*. Reside en Francia, donde ha recibido el premio Médicis de Literatura.

Straits of Florida

Roberto Valero

A David Escobar Galindo.

Desgraciadamente es cierto, Amigo, "...allá en la silenciosa profundidad que el miedo no alcanza a penetrar, hay tantos huesos,..." tantos hermanos nuestros que no pudimos abrazar, sentarnos con ellos en Miami a tomar el acostumbrado café, a discutir, a odiarnos de momento, tanta mirada rota que buscó inútilmente el horizonte costero, el mástil esperado. Ahora todos los sueños andan de ola a espuma, de concha a sol ardiente, tanto corazón infantil en estómago escudido tanta madera quebrada, podrida, sucia madera que no supo llevar las esperanzas hasta un islote, un cayo, un hogar ya planeado de antemano. Pero un día, David, los espectros derramados se llegan hasta Cuba, llegarán con sus manos abiertas en un vaivén de llamas, con los ojos comidos por la sal fervorosa, y en la frente grabada la señal más profunda del azul. Era muy ancho tu Estrecho, Geografía tonta, no se pudo cruzar sobre tablas amarradas al vuelo, el monumento más exacto está en Key West, el más acusador, ese grupo de maderos que arribó sin los naufragos,...

¡Oh Dios! ¡Qué inquietud tan perenne! Te pido por los próximos, por los que ahora mismo planean cruzar ese montón de aguas que nos persiste al norte de la Isla. Señor, si vez alguna niña rubia, ancianos casi locos, jóvenes silenciosos que se trepan a la esperanza de un árbol muerto, no los dejes caer, son mis amigos, Dios, mis padres, la niña es mi mejor poema, es toda la nación huyéndole al desgarrar, a tu ausencia, y lo profundo azul alumbra rojo: desvelado coral de abierta sangre.

Washington, D.C. Julio 22-1982.

ROBERTO VALERO (Matanzas, 1955) su libro *Desde un ángulo oscuro* fue publicado recientemente por la editorial Playor. Este poema forma parte de su libro *Dharma*.

Ana vuelve a Concordia

Carlos Victoria

¡Viajar de nuevo a Cuba! Han pasado ya trece años de exilio, trece largos años, nieve en New York, polvo, montañas de polvo en Arizona, sequía en California, hambre en Puerto Rico, viento en Chicago, estrechez en New Jersey, y por último sudor, pero también relativo bienestar en Miami. Y ahora un giro inesperado de la ómnibus ha permitido lo que jamás pareció posible en todo ese tiempo: los desertores de la Revolución, los apátridas, pueden viajar de nuevo a Cuba a ver a la familia, las viejas amistades, a atravesar las calles de la niñez, la sala de la adolescencia, a sentarse en la cama matrimonial —en caso de que exista—, a tomar agua de tinajón o de pozo, a verle la cara a la vecina de enfrente que les hizo la vida imposible, pero que hoy se recuerda como una mártir o una santa, a llevarle el vestido a Cusita, o a la Gallega, o a quien le sirva, y a demostrar también que a pesar de las vicisitudes del destierro la cartera está llena de dólares, y se dispone al menos de dos trajes nuevos y siete pares de zapatos.

Pero Ana no fue tan dichosa como el resto de los pasajeros del avión: en la aduana de Camagüey la mujer encargada de revisar el equipaje sólo le permitió pasar unas chanclas de playa y el par de tacones altos que traía puestos. Era una empleada puntillosa, con los labios pintados de un rojo subido, y mostraba una expresión de disgusto en el rostro, como el que padece de constante estreñimiento. Era evidente que no estaba satisfecha con la política oficial del "buen trato" a los visitantes, y por decisión propia adoptaba una actitud severa con los que hasta unos meses atrás habían sido considerados en Cuba como los ejemplares más despreciables de la raza humana. Ana intentó sobornarla con una cadenita de oro que le llevaba de regalo a la sobrina, pero la mujer rechazó la prenda como si se tratara de una culebra viva.

—No aceptamos regalos, señora —le aclaró con voz firme, casi marcial—. Y la cadena se queda con sus otras cosas, porque no está permitido pasar ningún tipo de joyas, aunque sean de fantasía como está. —Esto es oro, compañera —se apresuró a decir Ana, recordando la expresión ya olvidada que se emplea en Cuba para designar a un semejante.

—Peor aún —gritó la mujer exasperada—. Y no me llame compañera, que compañeros son los revolucionarios, y usted seguro que no lo es. Ponga la cadena junto con las otras pertenencias que le serán devueltas a su regreso, y dese prisa en abrir la otra maleta. Mire como hay gente esperando.

Y con destreza y exactitud procedió a decomisar un sinnúmero de baratijas, cuatro blusas, un cinto de hombre, cuchillas de afeitar, pañuelos de cabeza, un pomo de aspirinas —como si aquí no las tuviéramos, fue su único comentario—, un ropón de mujer, un abrigo de vinyl marrón, alguna ropa interior, y por último un vestido de novia, con una leve mancha carmelita en la punta del velo.

—Pero esto es el colmo —dijo la empleada—. No me diga que vino a casarse, porque nadie se lo va a creer.

—Es para la boda de mi sobrina —contestó Ana—. Me lo mandó a pedir en su última carta. Déjeme pasarlo, por lo que más quiera. Fíjese que es de uso, no vale nada, pero a ella le va a encantar. Mire, tiene hasta una mancha.

—Se ve, se ve —concedió la empleada—. Pero así y todo, está prohibido. ¡Un traje de novia! ¡Qué locura!

—¿Es locura casarse aquí en Cuba? —preguntó Ana, tratando de dominar el temblor de sus manos—. ¿También eso es locura? ¿Usted, no se ha casado todavía? Porque ya tiene edad para hacerlo.

—No se haga la graciosa. Y no se vaya a poner impertinente, que le he dejado pasar más de la cuenta.

Y con un gesto perentorio le ordenó continuar hasta la puerta de salida, donde la luz del sol alumbraba las arecas. Del otro lado de la cerca que rodeaba la pista de aterrizaje, una multitud ansiosa se agolpaba en espera de sus familiares o amigos, aunque era fácil adivinar que entre el gentío se movían también policías vestidos de civil, agentes de la Seguridad, y meros curiosos que no perdían oportunidad de soltar una broma.

—A una mujer le confiscaron un anillo de diamantes que traía metido allí mismo, en sus partes —dijo uno en voz alta—. Cuando la pasaron por el detector de metales el timbre no paraba de sonar, y no la dejaron irse hasta que explicó dónde tenía guardado el regalito.

Por supuesto que eso era una asquerosa mentira,

pensó Ana al escucharlo. Ella nunca pasó por un detector semejante. Y se llevó de inmediato la mano al ajustador, donde escondía el reloj para su hermano Germán, que había logrado salvar del registro de aquella sabandija. Y mientras buscaba afanosamente un rostro conocido tras la cerca, un militar de mediana edad le indicó el ómnibus que esperaba por ella al final del camino de grava.

—Yo no quiero ir para el hotel —aclaró Ana— mi familia vive cerca de Vertientes, y lo que necesito es un taxi que me lleve a la estación de trenes.

—Tiene primero que ir al hotel, señora —le dijo el militar con amabilidad, pero sin dejar lugar a dudas de que se trataba de una orden.

—Pero el tren... —Por aquí, señora y la tomó por el brazo— Mientras más rápido suba al ómnibus, más rápido podrá ver a su familia.

Y una hora después Ana se vio en una especie de sala de recepción, con una copa de vino en la mano, escuchando un discurso de bienvenida que un hombre de cabello entrecano pronunciaba sin dejar de sonreír con cortesía.

—Se parece a Eduardo Chibás, que en paz descanse —le susurró una vieja en el oído a Ana—. Lo único que falta es que termine diciendo "Vergüenza contra dinero".

—Mientras no se pegue un tiro cuando acabe —bromeó Ana, a quien el vino había puesto de un repentino buen humor, después de la bochornosa escena con la mujer de la aduana.

Pero tuvo ocasión para un nuevo disgusto en breve tiempo, cuando en la estación de ferrocarril le comunicaron que el último tren para Santa Cruz del Sur, el único que pasaba por Concordia, había salido a las cuatro de la tarde, y que el siguiente no salía hasta la cinco de la mañana. La sala de espera de la estación estaba repleta de gente, y el humo y el olor a sudor espesaban el aire como la harina a un caldo. En toda la noche los viajeros no le quitaron los ojos de encima, pues la ropa y el equipaje la denunciaban de inmediato como "una de esas que vienen por la Comunidad". O sea, una de esas gusanas que se fueron del país hace una pila de años y ahora vienen disfrazadas de mariposas para restregarnos en la cara que en los Estados Unidos se vive mejor.

Aunque luego en el tren Ana llegó a olvidarse de la gente: y ahora detrás de la ventanilla estaba el batey del central Vertientes. Dios mío, cómo cambian las cosas en trece años. La fría claridad del amanecer iba desnudando las calles del pueblo a medida que el tren avanzaba con lentitud por los rieles gastados. La tienda de Manolo, la panadería, la escuela del Hogar Rural, todo había desaparecido para dar lugar a un edificio enorme, ¡tal vez un almacén! ¿una fábrica? El parque continuaba en el mismo sitio, pero los árboles parecían más pequeños, y los bancos eran de un cemento gris y acerado. La luz irreal de la mañana se colaba por el techo de zinc del viejo aserradero. Era el único lugar que se conservaba exacto. Los troncos de algarrobo sudaban lluvia y rocío en el patio, y las negras maquinarias de cortar la madera reposaban en medio de la suciedad y el polvo. El tren pasaba pegado a la nave central del aserriero, penetrando con su traqueteo el silencio de muerte de las tablas. En el cepillo el tío Andrés había dejado una vez dos dedos de la mano derecha, pero sobre el aserriero ya no era posible ver manchas de sangre. Ana se persignó al ver la fachada de la iglesia, y en la estación buscó de nuevo alguna cara familiar. Pero sólo reconoció el humo del central y las casas montañas en pilotaje, en una de las cuales una anciana barria el portal con la calma peculiar de la gente muy vieja. Al cabo de diez minutos el tren siguió de largo.

San Blas, Aguilar, Antón, La Belén, Dos Amigos. No había duda, le habían llevado el bolso. Y eso que no lo había soldado ni un instante. ¿Es que acaso se había quedado dormida? En Vertientes estaba segura de que lo tenía sobre la falda. Los pasajeros a su alrededor negaron tener alguna relación con el asunto, y una campesina cargada de cajas y animales domésticos, entre ellos un gracioso pato de plumaje azulado, se apresuró a añadir:

—Yo monto en este tren todos los días, y a mí nunca me han robado nada. A lo mejor usted dejó el bolso en Camagüey, y se hace la idea de que lo vino a perder ahora.

—Estoy segura de que lo traía —dijo Ana, casi a punto de echarse a llorar—. Alguien me lo robó, y esto no puede quedarse así. El conductor debe mandar a

registrar a todo el mundo. Aquí tiene que venir algún policía.

—Oigan a la gusana —comentó un hombre en medio del pasillo—. Se cree importante porque trae sus porquerías del Norte, y viene a decirnos ladrones a nosotros, los campesinos y trabajadores que estamos echando el resto en este país para que la Revolución vaya adelante.

Y de todas partes del vagón empezaron a escucharse murmullos, frases en voz baja, que poco a poco fueron subiendo de tono hasta convertirse en exclamaciones:

—¡Vendepatria!
—¡Gusana asquerosa!
—¡Qué se vaya a olerle las nalgas a los yanquis!
—¡Aquí no se te ha perdido nada!

Hasta que el conductor tuvo que intervenir para calmar a la gente, cosa que no logró conseguir del todo. Ana optó por callarse y renunciar al bolso, que en definitiva no traía cosas tan importantes. Por suerte el reloj para Germán, la documentación y el monedero con los dólares estaban todavía metidos en el ajustador, encima de los latidos apresurados de su corazón. Y las dos maletas se encontraban a salvo debajo de sus piernas, ligeramente hinchadas a causa del viaje. Le costaba trabajo respirar, y tenía miedo de sufrir un desmayo o una fatiga. Y pensar que éstos eran sus compatriotas, su Cuba, su gente, se dijo Ana. El comunismo lo había convertido en animales, de eso no había duda. Pero en el odio circundante pudo percibir algunas miradas de callada simpatía. Sí, todavía quedaban personas, sólo que tenían miedo de defenderla, incluso dirigirle la palabra. Y con este pensamiento tranquilizador volvió la cara hacia los potreros desolados, la árida sabana camagüeyana, donde los animales pastaban con desgano, y trató de ignorar los murmullos y cuchicheos a sus espaldas.

La finca de Don Tomás Sánchez Mena, o más bien la que fue, con su casa principal donde Mercedes la viudita había dado a luz a un chivo, según los cuentos que había oído cuando era niña, el arroyo de las Guásimas, siempre seco en verano, la poceta del Angel, convertida en un pequeño charco de agua sucia, donde abrevaban tres o cuatro reses flacas, y el monte de Ceiba Mocha... ¿no era aquí dónde estaba el monte? ¿Pasado el puente de Altamira?

Pero claro, ya no podía haber monte. Estos locos comunistas habían talado todos los árboles. Talado, quemado, dinamitado, vaya usted a saber. ¿Y qué eran esas casas nuevas en lo que era la finca de Santa Rosa? Seguro que una granja, sí, una cooperativa. No se veía mal, había que reconocerlo. Por lo menos de vez en cuando ellos hacían algo que valía la pena. Claro, era de esperar que algo les saliera bien, en medio de tanta miseria y basura.

Y aquí llegaba el paradero de San Cristóbal, el último antes de llegar a Concordia. Ana sintió que la sangre le aflujó al rostro y a la cabeza, pero esta vez no por la humillación o la ofensa. Era a causa de la larga cerca de piñones que dividía el caserío de la finca que una vez fue de su padre. La alambrada que unía la larga hilera de matas era igual a la que había permanecido en su memoria. Y la sombra del mangal colocaba una franja de alegre verdor en la soledad del potrero. La emoción del instante le hizo olvidar todo el agravio, y sin darse cuenta dejó caer el pañuelo finamente hilado que apretaba en las manos, que cayó con la ligereza de una lágrima sobre las plumas del pato. Luego rodó sobre un sacó de yute repleto de naranjas y mangos, y más tarde terminó en el bolsillo del vestido de la campesina, que acariciaba la cabeza del animal con la indiferencia de una reina.

II
—Una masita más. Una nada más.
—Y este pedacito de pellejo que está tostado como una galleta. Anda, vieja, que tú siempre fuiste tragona.

—Me van a matar —dijo Ana—. Me he comido el puerco yo sola.

—No hables boberías, que no has comido nada. Y la verdad es que quedó con un punto divino. Todavía Germán se acuerda de cómo asar en púa. Como en los viejos tiempos.

Pero no era necesario observar demasiado para darse cuenta de que éstos no eran ya los viejos tiempos. Germán tenía la cara tan arrugada que resultaba difícil adivinar en ella los rasgos que en otra época causaron insomnio a todas las

muchachitas del pueblo. Y su esposa Catalina no se quedaba atrás. Claro que siempre había sido una mujer tosca y abandonada, y Ana no entendió nunca por qué su hermano la escogió para madre de sus hijos. ¡Y la casa! El piso de la cocina estaba desbaratado, y la capa de tizne que cubría las ollas no hubiera sido posible quitarla ni con un detergente americano de marca. El techo amenazaba con caerse, y la miseria se dejaba sentir hasta en el último rincón. La mesa coja, la fiambra con los cristales rotos, el baño tupido, las sábanas remendadas, el juego de sala de mamá a punto de hacerse pedazos, y el balance de mamá... vacío.

-Murió tranquila -dijo Germán, mientras atacaba un pedazo de carne asada- En los últimos meses no quería salir del cuarto, y casi ni hablaba. El médico dijo que ya estaba muy vieja para operaciones, y que era preferible dejar que el cáncer hiciera su trabajo. Ponte a pensar que tenía ya ochenta y nueve años.

-Papá, no hables con la boca llena -dijo Eunice, la hija menor.

-Y a tí, ¿quién te manda a estarle haciendo pasar pena a tu padre delante de la visita? -le dijo Catalina a su hija- Porque estás en la Secundaria no vayas a pensar que eres más fina que nadie.

-Por favor, yo no soy visita -protestó Ana.

-Hace quince años no eras visita, pero ahora lo eres -le dijo Germán a su hermana sin dejar de comer- Nada más hay que verte, parece la señora de un ricachón. Y Catalina hace bien en hablarle a la muchacha así. Mucho estudio y muchas palabritas raras, pero no hay respeto para los padres. Yo siempre fui un analfabeto, pero los viejos eran para mí lo más grande del mundo. Y ni cuando me salieron pendejos en el culo me dio por contestarle a ninguno de los dos.

-Papá!

-Tu no cambias, Germán -dijo Ana, con una sonrisa nerviosa- Eunice, tu padre siempre tuvo ese carácter. Cada vez que un enamorado me venía a visitar por primera vez yo tenía que darle dinero para que se fuera a Vertientes a parrandear, porque si no el muchacho no volvía. Por su culpa por poco me quedo soltera.

-Como si hubieras tenido tantos atrás de tí. A José Manuel lo agarraste poniendo a San Antonio de cabeza, y sabrá Dios cuántas cosas más. Y hasta yo tuve que rogarle que volviera contigo aquella vez que por poco se te va con la hija de Pedro Monzón.

-Dios mío, qué memoria! -se rió Ana- Pero acuérdate que yo puedo decir algunas cosas también de tu noviazgo con Catalina.

-Habla -dijo secamente la aludida, y fijó los ojos en los de su cuñada.

-Es mejor que me cuentes de mamá -dijo Ana, bajando la mirada- Me gustaría saber cómo pasó sus últimos días.

-Ya te digo, tranquila. Ni se quejaba. Se fue consumiendo poco a poco, como una vela.

-Pero siempre preguntando por tí -dijo Catalina, y añadió- A los padres le hacen falta los hijos a esa hora. Todos los hijos.

-Yo hubiera dado cualquier cosa por venir -dijo Ana, con un temblor en la voz- Pero ya ustedes saben que no fue posible.

-Si, nosotros sabemos -dijo Catalina, y se levantó de la mesa- A ver, ¿a cuál de ustedes le toca el fregado?

Las dos muchachitas se miraron entre sí.

-No, yo friego, yo friego -dijo Ana- Por lo menos déjenme esa parte.

-Dios me libre que te deje fregar. En mi casa la visita nunca friega. Y a estas dos les hace falta acostumbrarse, que ya ahorita están en edad de matrimonio.

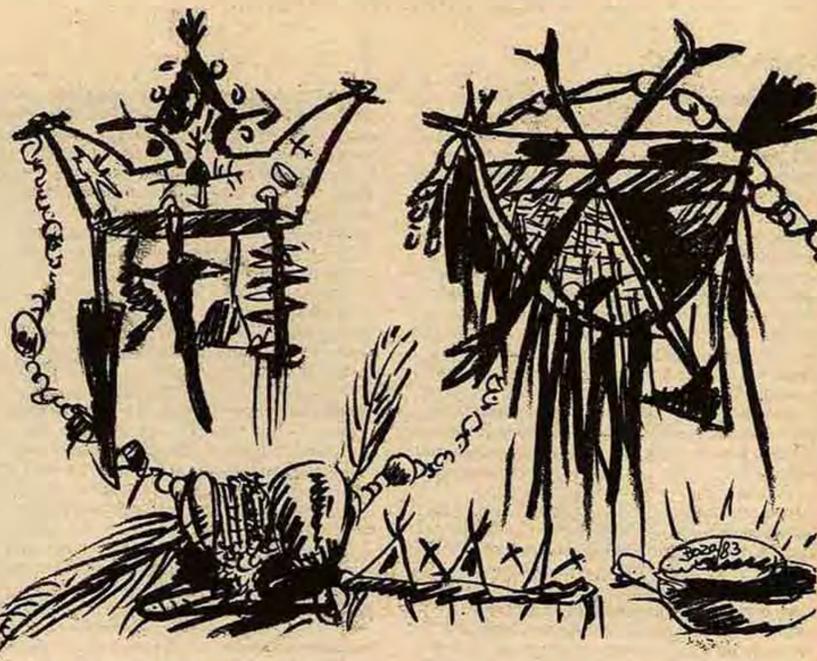
-Ahora que dices matrimonio, ¿por qué Ana María adelantó la fecha de la boda? En su última carta me dijo que se casaba en diciembre. Yo le traía su traje y todo, como ella me lo pidió, pero esa perra de la aduana no me lo dejó pasar.

-Nada, tú sabes como es la juventud de hoy en día -dijo Catalina, mirando de reojo a su marido- Hoy piensan una cosa y mañana otra.

-Sí, tú sabes como es la juventud de hoy en día -repitió Germán, y añadió después de una pausa- La cosa es que la barriga ya se veía a una legua, y si esperamos a diciembre a lo mejor pare delante del notario.

-Germán, las niñas! -gritó Catalina.

-Tí crees que ellas no lo saben, idiota? A lo mejor se enteraron primero que tú, porque éstas son un par de zorritas. Nada más hay que verles las caras. Pero ya



JUAN BOZA. Dibujo, lápiz sobre papel 1983

ellas saben a qué atenerse. A la hermana por poco le saco el muchacho a patadas, y a la que me venga aquí con otra barriga la mato. Ya lo juré por los viejos, que en paz descansen.

-Anden, muchachitas, a fregar. El polvo de lavar se acabó, así que cojan ceniza del fogón.

-Yo traje jabón y también detergente. Me parece que eso no me lo quitarán.

-No, déjalos para tu ropa. Con ceniza y arena nos estamos arreglando todos los fines de mes, y ya mañana primero llegan los mandados a la tienda.

Y al quedarse los tres solos Ana dijo:

-Germán, los tiempos cambian. No creas que mis hijos no me dan dolores de cabeza. En el Norte las cosas son peores que aquí. Pero uno tiene que entender que ellos son distintos. Nosotros somos de otra época, y nos criaron de otra manera.

-Yo no sé cómo tú criaste a tus hijos, pero a las tres mías yo las enseñé a andar derecho desde chiquitas. Y mira con lo que ésa me vino a salir. La culpa es de este maldito comunismo. En la beca no aprendió a ser maestra, sino puta. Yo creo que el lápiz en vez de usarlo para escribir se lo metía en otra parte. Siempre se lo dije a esta mujer, que eso de tener a la muchacha en casa del carajo iba a parar mal. A ti mamá no te dejó salir de la casa hasta que no te casaste. Pero Catalina me echó tierra en los ojos, y mira las consecuencias. No sé cómo no me he muerto de vergüenza, porque Concordia completo se enteró.

-Si, ahora soy yo la que paga el pato. Como si yo no hubiera querido lo mejor para ella.

-Lo mejor, siempre lo mejor. Por eso mismo. Esto pasó por querer tirarse el peo más alto que el culo. Por querer dar el plante de tener una hija maestra. Tú no sabías casi ni firmar cuando te juntaste conmigo, pero eras una mujer decente. Y ni Regina ni Ana pasaron del sexto grado, pero al menos las dos fueron con el tareco enterito para la boda. Digo, eso creo yo.

-Germán, por favor -pidió Ana- No me gusta oírte hablar así.

-Así es él, Ana. Ustedes los Hernández no tienen paz con nadie.

-Bueno, Catalina, no menciones a la familia completa. Yo nunca te he hecho nada a tí.

-Para qué hablar. En fin de cuentas has venido solamente por una semana, y quiero que te sientas aquí como en tu casa. Lo pasado ya pasó. Así que dejemos estas discusiones, y hazme el favor de comerme el postre. Estos casquitos son los mejores que he hecho en no sé qué tiempo. Fíjate que les eché la cuota de azúcar del mes.

Y con las tazas de café en la mano los tres se sentaron en el portal, donde la madera del piso de pilotaje parecía incapaz de sostener el peso de los balances. El potrero ardía bajo el sol del mediodía, y la quietud del aire era sólo interrumpida por el vuelo de las moscas. Catalina se abanicaba con una penca estampada con un palmar casi exacto al que se ex-

tendía frente a ellos, aunque la débil claridad que iluminaba el dibujo hacía pensar en el fresco del atardecer.

-Se acabó el ganado -dijo Ana pensativamente- ¿Cómo ha cambiado esta finca?

-Se acabó el ganado y se acabó todo. Sólo me quedan tres o cuatro vacas muertas de hambre que no dan casi ni leche. Y este año la sequía ha sido peor que nunca. Hasta Dios se ha puesto en contra de nosotros.

-No mezcles a Dios en el asunto -dijo Catalina- El no tiene la culpa de que esta tierra se haya vuelto maldita. La culpa es de ellos.

-Eso sí es verdad. Esta gente han llevado a Cuba a la ruina, y le han virado la espalda a Dios. Pero así y todo, si esto se cae yo soy la primera en regresar. No crean que por allá la cosa es como la pintan. No hay nada como la tierra de uno.

-Pero la dejaste sin pensarlo dos veces.

-Qué remedio. Pero muchas lágrimas que me ha costado, no vayan a creer.

-Hay quién dice que esto no dura mucho -dijo Germán- Pero lo que soy yo, no pienso que se caiga más nunca. Y si se cae, yo creo que lo que viene es peor. Porque yo conozco a casi todos esos politiqueros viejos de Miami, y la mayoría son una partida de hijos de puta. Nada, que este país se jodió, y punto.

Ana entró en la casa y regresó con un cigarro encendido.

-Antes no fumabas. Si mamá te viera.

-Ella lo entendería. Son los nervios. Allá la vida es muy agitada. Yo siempre estoy a base de pastillas.

Y aspiró el cigarro con tal fuerza que le provocó un acceso de tos.

-Por la tarde te voy a hacer un arroz con pollo especial -dijo Catalina.

-No te preocupes por eso, boba. Y lo más seguro es que Regina me obligue a comer esta tarde en su casa. No sé cómo es que no se ha aparecido todavía. A lo mejor no tiene un caballo a mano, y se ha mandado a pie hasta acá. Son casi tres leguas.

Germán y Catalina guardaron silencio por un momento, y luego Germán le dijo sin mirarla a los ojos:

-Mira, mi hermana, es mejor que te diga la verdad. Regina no va a venir, así que no la esperes.

-¿Por qué tú dices eso? ¿Está enferma?

-Tu hermana Regina está bien de salud. Es el hijo de perra del marido el que debía morirse. Le dijo que si venía a verte no podía entrar más en la casa. Y que allá ninguna gusana podía pararse en la puerta, aunque se lo pidiera el mismo Fidel.

-Pero eso no es posible -dijo Ana- Yo he venido de Estados Unidos a ver a mis dos hermanos. Ese hombre es un salvaje -y se echó a llorar.

-No te pongas así -dijo Catalina, y le pasó el brazo por el hombro- Ya trataremos de inventar alguna manera para que se vean. Aunque para decirte la verdad, ella también es una buena pieza. Yo quiero

—“Ay, Ana, pero cuáles te vas a llevar tú puestos protestó Catalina con una sonrisa. —No te preocupes por eso, yo me voy hasta descalza. ¿Para qué somos cuñadas entonces?”

que tú sepas que la enfermedad de la vieja Ramona me la tuve que disparar yo sola, y eso que era su madre.

-Pero es mi hermana, Catalina, mi única hermana. Hace trece años que no la veo. ¿Qué le he hecho yo a ese hombre para que diga una cosa así?

-Nada, que estos comunistas no entienden de familia ni de nada. Y a ese guajiro bruto si lo ponen en cuatro patas come hierba.

-Hijo de puta es lo que es. Envidioso y muerto de hambre de toda la vida. Se cree que porque ahora es jefe de zona tiene los cojones más grandes que nadie. Pero a ése lo agarro yo.

-Tú te quedas tranquilo. Ese es un lío de él y de Regina. Tú no tienes nada que ver con eso. Allá ella si lo aguanta.

-Catalina tiene razón, Germán -dijo Ana, secándose las lágrimas- Y además, yo he venido para que la pasen bien conmigo, no para buscarles dolores de cabeza.

-Ay hija, y gente que ver no te va a faltar, acuérdate que te lo digo. Ya verás que cuando se corra la voz de que estás aquí, Concordia completo se aparece en esta casa. Hasta de Vertientes van a venir.

-Sí, buscando un blúmer americano. Hasta un pedazo de caca americana te lo arrebatan de la mano. Pero fíjate, a mí no me interesa a quién le das las cosas, porque lo tuyo es tuyo. Pero a la familia del asqueroso de mi yerno no quiero que le des ni un pañuelito. Si hubiera sido por ellos la muchacha se me queda soltera, con barriga y todo. Esas gentes son peores que las hierbas.

-No, lo que yo traje lo traje para mi familia. Y hablando de eso, quiero que te pruebes los zapatos que traje puestos, Catalina. Los otros me los quitaron en la aduana, pero por lo menos ésos te los quiero dejar a tí. Yo pensaba dárselos a Regina, pero ya veo que tú eres la que te los mereces. No creas que son un par de zapatos cualquiera, los compré en **Burdines**, la tienda más cara de Miami. Le vas a dar envidia a todas las guajiras de Concordia.

-Ay, Ana, pero cuáles te vas a llevar tú puestos -protestó Catalina con una sonrisa.

-No te preocupes por eso, yo me voy hasta descalza. ¿Para qué somos cuñadas entonces?

Y las dos mujeres se levantaron al mismo tiempo, con esa prisita femenina que sólo se observa cuando hay prendas de vestir de por medio. Y Germán dijo mientras encendía el cabo de tabaco:

-Así que la tienda más cara de Miami. Lo que yo digo, tú debes tener una guanaja echada en esa casa de Hialeah.

III

Desde el aeropuerto de Miami, Ana trató de comunicarse con el trabajo de su esposo. Se negó a creerle a la recepcionista cuando ésta le dijo que José Manuel no se encontraba, y exigió hablar con Romualdo Sánchez, el **manager** de la factoría, a quien ella conocía personalmente, porque una vez habían pasado una nochebuena juntos.

-¿Cómo es posible que mi marido no esté trabajando? -le preguntó Ana al hombre- Son las dos y media de la tarde. No me vaya a decir que le dieron **lay-off**.

-No, señora, cómo usted va a pensar eso. Lo que pasa es que se cogió el día libre. Me dijo que tenía que resolver algunos asuntos. El pensaba que usted llegaba mañana.

-Así que se cogió el día libre -repitió Ana.

-El hombre tiene derecho a unas vacacioncitas, ¿no? -dijo él tal Romualdo- Bastante que trabaja.

-Sí, bastante que trabaja. Bueno, gracias, yo llamaré a una de las muchachitas para que me recoja, o si no cojo un taxi aquí en el aeropuerto.

-Si quiere yo paso a buscarla...

-No, no se moleste, muchas gracias -dijo Ana- Saludos a su señora. **Bye** -y colgó con irritación.

Y una hora más tarde un **Eastern** marrón se detuvo frente a la puerta de **Castervet**, donde ella fumaba un cigarro tras otro. En su impaciencia apenas pudo reconocer a sus dos hijas que la saludaban desde dentro.

-¿De quién es este carro? -preguntó alarmada- ¿A quién se lo pidieron?

-Monta, mami, y pon la maleta detrás del asiento -dijo Ivette, la mayor, sentada al timón- Después te explicamos. Fíjate que tiene cuatro puertas, como a tí te gustan.

-Claro, como que yo siempre tengo que ir detrás -dijo Ana acomodándose, después de los besos apresurados.

-¿Quién te manda a no haber aprendido a manejar -le dijo Lupe, la otra hija- Así por lo menos pudieras ir delante de vez en cuando.

-Ni porque acabo de llegar de Cuba. ¿Qué mal las he criado a las dos!

-Y a Manolito, ¿dónde lo dejas? Claro, él es tu niño lindo. Todo lo que él hace está bien hecho.

-¿Cómo está ese muchacho? Estoy loca por verlo. -Como siempre, muy ocupado con sus amistades -dijo Ivette- En todos estos días no le hemos visto el pelo.

-¿Todavía sigue saliendo con esa americana? -¿Qué tú crees? Esa hasta que no le saque el último **penny** no lo suelta.

-¿Qué barbaridad, esa desgraciada no va a parar hasta no meterme al muchacho en las drogas.

-Ay mami, for God's sake, Manolito tiene ya veinte años. Si él se quiere echar a perder, **it's up to him**. Pero dime, ¿cómo la pasaste en Cuba? ¿Cómo encontraste a la familia?

-¿Es verdad que aquello está tan malo como dicen? Vienes que pareces un cadáver.

-No voy hablar de allá hasta que no me digan de quién es este carro. Seguro que lo compró el loco de Alberto.

-¿Alberto y yo nos peleamos, mamá -dijo Ivette- Y el carro lo saqué yo de la agencia el lunes. Tú sabes que el Camaro ya estaba de botar, y lo di de **down payment** para sacar éste. Fue un buen **trade-in**, te lo garantizo.

-¿Un buen qué? -gritó Ana- ¿Te vas a meter en otra letra? ¿Con lo que pasaste para pagar el Camaro?

-Mamá, por favor, ése es un problema de Ivette. Ella es la que lo va a pagar. Y si no puede, el crédito que se jode es el de ella. No empieces tan pronto. Anda, cuenta de Cuba.

-Dios mío, no puedo salir de mi casa ni siquiera una semana. José Manuel faltando al trabajo, la otra con una deuda nueva...

-Ah, ¿papá no fue a trabajar hoy?

-No, seguro que está metido en casa de esa pelandruja -dijo Ana- Seguro que se ha pasado allá la semana completa.

-Mamá, que lengua tienes. Deja a papá tranquilo.

-Si, ustedes son las primeras que le tiran la toalla. Todo el mundo está contra mí.

-¿Qué le tiran qué cosa?

-Que le tiramos la toalla, Lupe. **You know, that we don't tell on him**.

-Ay mamá, no seas pesada. Vamos, cuenta, ¿y tía Regina? Yo casi no me acuerdo de nadie. Anda, vieja, cambia esa cara y cuéтанos de allá.

Ana encendió otro cigarro, y miró por la ventanilla el canal que corre junto a Okechobee Road, con su orilla llena de árboles y de pequeñas casetas para picnic, donde sin embargo nunca nadie viene a sentarse, ni siquiera para coger un poco de sombra en los días soleados.

-Aquello es horrible. Todo lo que les cuenta es poco. ¿Por qué no cogiste por Poinciana, Ivette? Siempre te he dicho que por allí llegamos más rápido.

-¿Qué vieja tan protestona. Todavía no has dicho nada de la gente. ¿Y las hijas de Germán? Deben tener casi la misma edad que nosotras.

-Si, están grandísimas. Todos están bien, si es que alguien puede estar bien en Cuba. Pero con Regina no vine a hablar hasta ayer, porque el marido no quería que nos viéramos de ninguna manera. Es un comunista de esos recalitrantes, un animal. Bueno, es mucho lo que tengo que contar, pero necesito descansar un poco. Estoy que no puedo ni coordinar las ideas.

-¿Así que no quería que te viera? Pero eso es **depressing**.

-Que mal me caen esas palabritas en inglés cuando estás hablando conmigo, Lupe.

-Quiero decir que es deprimente, mamá.

-Tú no lo sabes bien. Pero ahora cuéntenme ustedes de acá. Seguro que todavía no se ha pagado el **mortgage** de este mes.

-Nosotras no sabemos nada de eso. Papá es el que se encarga de esas cosas, y tú lo sabes.

-Otro recargo este mes, eso es un tiro, porque ya ahorita estamos a diez. Ese viejo no sabe ni dónde

tiene la cabeza. La de arriba, por supuesto.

-Pero, mamá, si él te ha extrañado mucho.

-Si, me imagino cómo. ¿Y en qué ha parado la novela de la televisión?

-¿Cuál, la de Rosa? -dijo Ivette- Nada, ahora Rosa salió en estado de Roberto, y eso que no se han casado todavía.

-Vaya, ¡igualito que Ana María. Parece que eso es lo que está de moda.

-¿Igualito que quién?

-Nada, hija, historias de Cuba. Ya les contaré después. ¿Y qué más hay de nuevo? ¿Por qué te peleaste con Alberto; Ivette?

-Eso también te lo cuento yo después. Ah, ¿tú sabes quién salió retratada en el periódico? ¿En la parte de la crónica social? Nada menos que la hija de tu querida amiga Asunción.

-¿Esa arrastrada? ¿Y a santo de qué?

-Nada, que cumplió quince años -dijo Lupe- Y hay que ver todo el **bullshit** que pusieron debajo de la foto.

-¿Todo el qué?

-Toda la habladera de mierda, mamá -dijo Ivette- Tú sabes como son los periódicos.

Al doblar por la calle setenta y cinco del West el tránsito estaba interrumpido por dos carros de la policía detenidos en medio de la calle. Un murmullo confuso se extendía por la multitud de vecinos agrupados a cierta distancia del lugar donde los policías registraban a tres muchachos con un marcado tipo hispano. El español y el inglés se mezclaban en el aire, y los sonidos de ambos idiomas combinados al azar le daban un aspecto de estúpida comedia a todo el aspaviento.

-¿Miren eso! -dijo Ivette- Otra vez ese delincuente de René metido en algún lio.

-He's a junkie, you know that -dijo Lupe- A goddamn punk. I hate his guts.

-Da marcha atrás y sigue por la ocho hasta la setenta y seis -dijo Ana- De aquí no vamos a salir más nunca. ¡Qué vergüenza, ese muchacho! Siempre enredado con la policía. Cada vez que me acuerdo que anduvo una vez atrás de Lupe. Pero a tí nunca te gustó, ¿verdad, Lupe?

-¿Cállate, mamá, no seas estúpida! ¿Cómo me va a gustar ese cubano **repentio**? -y añadió en voz baja- **Fucking dopey**.

-¿Lupe! ¡Mira que esa palabrita yo sí me la sé!

-Está bueno ya de pleitos -dijo Ivette- mira, ahí la tienes, **home sweet home**. Y papá no ha llegado todavía, porque la camioneta no se ve por ningún lado.

-Ni el carro de Manolito tampoco.

-No, a ese no lo esperes hasta por la madrugada. Si viene.

-¿Qué cosa tan grande! Bueno, yo lo que quiero es darme una ducha ahora mismo. Hace una semana que me estoy bañando echándome agua con una lática.

-No lo creo -dijo Lupe- **Wow!** Pero entonces es verdad que Cuba sucks.

El césped estaba húmedo por la lluvia reciente, y Ana se quitó los zapatos viejos de Catalina al bajarse del carro, y a través descalza la hierba mojada, sintiendo como el fresco aliviaba el dolor de sus pies. El perro vino a jugar con su falda, y se sintió ligera por un instante.

-No hay nada como la casa de uno -murmuró mientras abría la puerta.

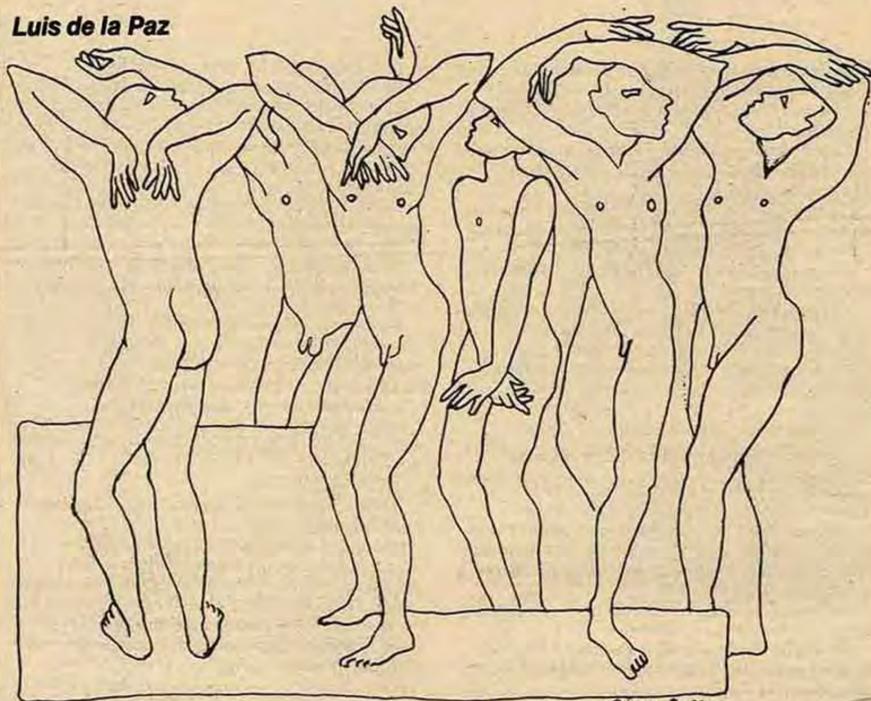
Pero al salir del baño: con el cabello envuelto en una toalla, recordó que no podía descansar tranquila hasta que José Manuel no llegara. En el cuarto se respiraba un olor a limpio, y la tenue oscuridad invitaba a acostarse sobre las sábanas. Pero para Ana ese día todavía no había llegado a su fin. Descorrió las cortinas para que entrara la claridad del sol, y con la intención de sostener una seria discusión con su marido, se dispuso a maquillarse frente a la enorme luna del espejo. ■

Miami, Noviembre de 1982

CARLOS VICTORIA (Camagüey, 1950) arribó a Estados Unidos en 1980 por *Mariel*. Este cuento es parte de su libro *Las sombras en la playa*.

Todo un verano

Luis de la Paz



ALBERTO LASTRETO. Dibujo, tinta sobre papel 1983.

a mi abuelo

Tengo que confesarte que tres años atrás, antes de ser esto que ahora eres, yo atravesaba todas las tardes el pabellón sorprendentemente limpio, hasta llegar hasta ti, casi hasta ti, y ante la blancura de las batas de las enfermeras, y las sábanas, y las nubes que entrecortadas pasaban y penetraban a través de la ventana, yo te hacía llegar algo, no sé que era, tal vez mi acercamiento. Pero hoy ha pasado mucho tiempo, es de mañana y he salido para venir a este lugar confuso para buscarte, aunque sé que no te encontraré.

La citación aclaraba que todo se realizaría a las nueve de la mañana, para ello cambié el turno de trabajo, pero no pude dormir. Me levanté temprano y vi como la claridad del día, nuevo día, se impulsaba sobre la noche sin ser alcanzada. Estaba tembloroso por el miedo que casi siempre produce el saber que se ha de llegar a un panteón en el cementerio, que lo abrirán y que detrás de la madera rota y mugrienta te encontraré, ya no sin vida, sino sin tiempo. **Te vendo la máquina de escribir de tu abuelo que en paz descansa, está trabada, pero figúrate, desde que enfermó no pudo escribir más en ella, a lo mejor con un poco de grasa vuelve a andar, dale, dame los 150 pesos que yo sé que tu la quieres.** Las guaguas pasaban con una continuidad sorprendente, sin embargo la número 69 tardaba más de lo acostumbrado, pero como yo no iba para el trabajo, me pareció que lo mejor era no preocuparme por la demora y esperar, lo insólito era que los demás tampoco se mostraban impacientes, por el contrario, mostraban un estoicismo desmesurado. Llegué a pensar que como estaba sobrecogido por lo que me esperaba en el cementerio había llegado a sentir alterada la monotonía de los días. **No seas bobo muchacho, cómprala, no está cara, luego tengo otras cositas de tu abuelo que también te van a interesar.**

Aunque no lo creas, antes de subir al aula me detenía en la sala para verte, me resultaba difícil entender que esos tubos y esa respiración entrecortada formaran parte de tu vida. Aún no me explico por qué, nunca me acerqué a ti, no logré pasar más allá de los límites de la espaciosa puerta que nos separaba. Ahora que recuerdo, no me parece haber visto tu rostro, tal vez nunca lo miré, pero estoy seguro que eras tu intentando voltear la cabeza para encontrar tu mirada con la puerta y detrás de ella -conmigo, que ya no sería yo. Creo que debes de perdonarme, en vez de rezar como se acostumbra en esos momentos lo único que me interesaba era encontrar mi confusión ante la muerte que en esos instantes te rondaba en silencio. Pero la espesura de la tarde

soleada de todo un verano, envolvía el cuarto y te cubría y te perdías, y ya sin ti no tenía sentido continuar allí detenido entre los empujones de los pasajeros, que hoy llevaban más jabas, más carteras y más de todo que de costumbre.

Luego del viaje y el calor, de los pasillos atestados de enfermos y de viejos en agonía, pensaba que Fátima me esperaba en el aula, que luego de las escaleras que se harían interminables y agotadoras, besaría su rostro. Mi mirada recorrería el escote de su blusa hasta encontrarme con la imaginación de sus pezones hinchados de placer, por la suavidad de mis labios, o tal vez la propia suavidad de su piel. Su cuerpo deseoso me haría bien, me envolvería hasta creer en la sensación de que quizás mañana al volver al hospital encontraré tu cama vacía, pero día a día tu continuabas ahí, confundido bajo el calor intenso de un verano.

La guagua todavía repleta, pero ya sin mí, se alejaba mientras yo caminaba apresurado, siempre rápido. Compré el periódico para satisfacer mi inexplicable gusto por leer las noticias casi siempre viejas y distorsionadas, andaba veloz, ya distinguía el enrejado negro y detrás las blancas y churrosas bóvedas. El diario ya se me empapaba de sudor bajo el brazo; ya en los bancos de la oficina cementerio, mientras esperaba la llegada de mis familiares, leía el editorial del día, un editorial que daba respuesta al silencio en el ómnibus, a la demora agotadora de la ruta 69 y a no sé cuántas cosas más.

Abuelo ha cogido la costumbre de contar y recontar el dinero una y otra vez sin cansancio, desde el amanecer se sentaba a escondidas en un sillón, de la sala antigua de la casa, con suavidad, y siempre atento a que nadie lo descubriera, pasaba los billetes de una mano a otra para contarlos. De vez en cuando recostaba su pelo cano y rizado en el espaldar del sillón y con los ojos cerrados, puede que apretados, movía lentamente los labios, como para obtener mediante el ligero movimiento de su boca, la suma o la resta, a veces me daba la impresión que no practicaba la aritmética, sino más bien que intentaba descifrar algo complejo que al final, creo, nunca supo.

Que bien me vienen estos 150 pesos, como caídos del cielo. No te interesa el librero, es grande y de caoba, se lo regaló un presidente a tu abuelo. Yo sé que tu tienes los libros tirados en el suelo; lo vas a comprar.

Ya tenía ante mí nuevamente el enrejado de largos y gruesos barrotes terminados en puntas, como lanzas, eran lanzas, detrás, cientos de gentes in-

decidas y confusas, gritos ensordecedores. Brinca, brinca, aquí no sabemos nada pero no nos pueden sacar, dale, brinca. Oye, dale un pie a este. Ten cuidado con los pinchos al saltar. El terreno húmedo, innumerables árboles, pero sobre todo gentes, sobre todo voces de gentes, manos de gentes ya hambrientas, una lista demasiado larga, de nombres y de números de carnet de identidad. Se presentaba el final, días interminables de hambre y sueño, de inquietud y tiros. Me voy, volveré más tarde.

Todo se acabaría en mayo, era otra vez día de escuela y de pasar a verte desde la puerta, pero casi por instinto todo se fué acercando hasta encontrarme a tu lado, o tu al mío. La enfermera con su uniforme blanco vino junto a la cama y en ese instante todo se tornó una transparencia, que se abrió en la extensión del cuarto, ella fué la que me dijo que te estabas terminando, me parece que la escuchaste, ya no hablaste más en lo que quedó de tiempo o de vida. La respiración fué tomando fuerzas y después de llegar al encuentro con lo desconocido fue bajando y cesando. Un fresco en enredadera pasó junto a la ventana, le extendí mi mano para alcanzarlo y en el preciso momento en que lo iba a rozar giró, hasta entrelazarse con los días que seguirán pasando.

Un editorial confuso, una declaración del gobierno, una foto y datos biográficos de un hombre acribillado a balazos. Pasaban los entierros en un desfile lento bajo el arco principal, que en lo alto recoge una frase en latín que nunca pude entender. Entraron mis familiares, que ocuparon los restantes bancos de la oficina, al fin llegó la dueña del panteón que abrirán, se mostraba indignada porque delincuentes comunes habían asesinado a un combatiente del Ministerio del Interior.

No te interesa el juicio de Hubert Matos, está estropiado pero tu mismo has dicho que es un documento histórico, esto sí te lo doy bien barato, llévalo. Yo lo que quiero es dinero.

Los exhumadores, harapios y sudorosos, realizaban sus labores ante nuestras miradas insistentes. Manos toscas y encayecidas forzaban la tapa de mármol blanco para abrirla. Atentos, todos contemplando a esos hombres, que en el curso de unos instantes más, transformarán el recuerdo de abuelo, en una nueva, imborrable y siniestra imagen. A mi lado Zoila pero como distraída, tal vez por sus años ya un acontecimiento así, no le afecte como a mí, como a mis primos demasiado jóvenes aún. Cuando la caja deshecha en pedazos fué sacada de la fosa mis familiares se pusieron a llorar, sin dejar de mirarse entre sí, para saber quién no lo hacía, yo no; ya no hay por qué llorar. Desde muchos días antes sabía que vendría a ver una escena deprimente y cruel. Lo lamentable de este encuentro es saber que detrás de esa nada no hay nada, que ni siquiera esos huesos tienen algo en común con el cuerpo que los ocupó, y ahí está mi tristeza, ahí está el raro destino de ver a los seres que he amado diluyéndose en el misterio. Te juro, que no pude asociar esa calavera al rostro que yo te conocí.

Las guaguas siempre llenas, siempre extenuantes, los olores desde los asientos, olores desde las puertas, las ventanas, olores distintos y apesotosos. Manos levantadas, fuertemente sujetas de las barras, cuerpos balanceándose; carteritas presionándose la espalda, tetas comprimiéndose contra mi espalda, pingas exitándose en mi espalda. Golpes contra el techo, patadas contra el piso, alaridos insultando al chofer; pero es imposible hacer que se detenga el ómnibus. Periódicos; casi todos leyendo el editorial, el de al lado metiendo la cabeza para poder también leerlo, comentarios al oído. Yo que vengo del cementerio, yo que voy para el trabajo y que no sé que hacer. Pero el escándalo se extiende, la guagua atestada de pasajeros no se detiene en Luyanó y los golpes ya no los puedo soportar, se ha pasado tres cuadras y ha venido a detenerse en la puerta de casa de Fátima; ella que presiente que yo vendré por su cuerpo ya me espera desnuda sobre la cama, yo que empiezo a recorrer su figura con mi lengua. Hace unos años conocí la muerte y unos años después conocí lo que queda de la muerte, por eso su cuerpo me estremece, estoy vivo y desnudo contra su cuerpo, los dos gimiendo, y sé que esta es una solución breve, que luego vendrá el vacío porque no hay amor, pero qué otra cosa quiero que saberme vivo, aunque tal vez al salir de su cuerpo ya saturado de placer, descubra, que ni siquiera he sentido la calma.

Es de noche y el diario de la tarde ha reproducido textualmente el editorial de la mañana, que las gentes vuelven a leer tratando de encontrar algo nuevo, al menos una palabra distinta, pero todo es inútil. Vuelvo a subir a un ómnibus repleto de pasajeros donde nadie insiste en apearse, donde nadie habla, ni murmura, donde las jabas están repletas de panes, de latas de leche, bolsas de nylon con azúcar, mujeres con niños recién nacidos, todos en silencio, todos mirándose entre sí y temerosos.

Pero han pasado casi tres años desde aquel día, ahora vivo en un país distinto y la muerte de mi abuelo es un recuerdo, la exhumación otro recuerdo y la figura de Fátima abrazada a mí, no es siquiera una vaga sensación; todo va pasando, más que al recuerdo al olvido.

Sí, he venido por tres meses, fué un papeleo tremendo y pensar que yo antes venía todos los años a pasear con tu abuelo y gastábamos grandes cantidades de dinero, compraba cuantas cosas se me antojaran; pero el comunismo acabó con todo eso, y ahora que vengo me encuentro todo cambiado, irreconocible, verdad que este país es grande. Allá nosotros pasando hambre y calamidades; pero ese hombre se cae, algún día se cae y entonces sí podré vivir como antes. Suerte que tu pudiste venir con eso de Mariel, -aquello daba grima, golpes contra la gente, atropellos, qué horror.

Es un verano interminable y el calor consume las imágenes, tengo sed y la única cafetería de la calle 70 está cerrada, los pies me duelen de caminar, el fresco que debía soltar la proximidad del mar no existe; pero las gentes no se detienen, caminos interminables de gentes, autos abandonados en plena calle. Y la cerca, el enrejado y los gritos, manos aferradas violentamente a los barrotes, caras a medio salir de entre los barrotes, y el agotamiento. Me siento en un contén a la sombra de un edificio pintado de franjas multicolores por la brigada de reanimación urbanística, pero no pude reposar, la gritería, el barullo, el desconcierto, una vieja desdentada y encorvada, llamando frenética a la policía -para que me obligara a andar.

Lloviznaba; caía una lluvia ligera y atardecía, a cada momento crecía la multitud, familias, jabas de saco repletas, guaguas atestadas rumbo al lugar exacto y único, rumbo a la Embajada del Perú que ya en el curso de un día tan breve y confuso, se había convertido en millares de manos saturadas y desmedidas, condenadas por su propio instinto a la alegría confusa de escapar o perecer.

Cuéntame que hiciste con la máquina de escribir de tu abuelo que te regalé, yo pensé que al irte me la devolverías, pero bueno, qué vamos a hacer. Ay qué bien me siento en este país, si pudiera quedarme lo haría. Allá todo es hacer el paripé para que se crean que uno es comunista, y así poder coger un bono para comprar un televisor o una lavadora que tanta falta hace. Esta vez no me dieron el refrigerador, porque una tipa ahí, había trabajado cuatro horas voluntaria más que yo. Pero para qué hablar de esas cosas ahora, yo lo que voy a hacer es aprovechar el tiempo que voy a estar aquí y decir todo lo que quiera, porque figúrate cuando regrese tengo que seguir con el comité y la federación y todo eso; tu sabes bien que la cosa no es vivir sino saber vivir y en eso yo soy la campeona.

Los días se deshacían volando, los editoriales del periódico a cada momento eran más terribles exhortando a la violencia. Barcos llegando al puerto, que a la semana no era otro que Mariel, el lugar más deseado de la isla, y yo fui hacia él, en una guagua donde era obligatorio llevar las ventanillas cerradas, a pesar del calor, donde estaba prohibido hablar o gemir, tóser o respirar, mirar o llorar. El viaje se hizo largo, recorría la ciudad, casi con la seguridad de que sería la última vez; al pasar por el hospital miré al tercer piso, a la sala de ortopedia como intentando despedirme de ti, pero me descubriste y con tu pelo cano y rizado, como el mío, viniste volando con las manos y el silencio hasta sentarte en mis piernas, o yo en las tuyas, no recuerdo bien, luego no sé que pasó. Tengo que confesarte abuelo, que hoy es invierno y tengo frío, pienso en ti y no sé si tu harás lo mismo, pero lo importante, creo, es que estamos aquí los dos juntos, en esta noche que se estrecha contra la oscuridad. ■

LUIS DE LA PAZ (La Habana, 1956) llegó a Estados Unidos vía Mariel en mayo de 1980. Reside en Miami. El cuento que publicamos pertenece a su libro *Un verano incansable*.

Los espíritus rondan mi morada

Esteban Luis Cárdenas

A la memoria de Julia Junquera, mi madre.

*Ya no me dices
"los trenes se alejan siempre en la noche
y silban buscando una estrella."
No soy el niño asustadizo, el encantado
que se hundía en tu regazo
para huir de los brujos y el hechizo.
Pero a veces me envuelve un círculo de
espanto
y las noches se tornan escurridizas, enemigas.
Sobre la torpeza de mis conjuros
fluye el daño.*

*Todos los orishas, los espectros,
los duendes de los ríos,
están desfilando ahora hacia mi casa,
vienen de capa negra, ocultos tras la niebla.
Enarbolan el embrujo y la rabia
y mis manos, mis asustadas manos de
hombre,
sólo saben apretar, enloquecidas, el filo de
las sábanas.*

*Madre
afuera desciende la noche, como un rayo,
sobre la soledad de los errantes
y las sombras se nutren de un vaho
indescifrable;
pero mis ángeles no velan ya mis ventanas
abiertas,
no hay enigmas, ni ritos,
sólo el soplo de los malos augurios*

Apuntes de una carta

*Ahora,
desde mi pequeña terraza,
veo las luces de esta ciudad
(no la mía, por cierto, cerrada y silenciosa)
y recuerdo tus ojos, tus muy viejos ojos,
semejantes a los papeles amarillos de las
arcas.*

*Desde aquí,
con mi vaga ironía, también escucho voces
sobre la violencia, el sexo, los
revolucionarios
traicionados y sobre la obstinada esperanza
de los que huyeron de las islas.*

*Oh, amigo mío,
que extraña es la tristeza de quienes saben
que la iluminación brota de los castillos
y no se quiebra entre los árboles, ni en el
agua.*

*El cielo se disuelve en los templos
de la niebla y la inocencia.
Nada más.*

*¿Y entre nosotros? ¿Hubo una última vez?
¿Nos vimos, ciertamente, antes de yo volar
sobre las palmas?*

*Fue una noche seca (siempre lo son las
noches)
y estabas agotado.
Querías dejarlo todo sin ruidos, sin la dura
nostalgia
que denuncia a los torpes, a los equivocados.*

*Pero la Alta Traición es un asunto amargo
y el error es, a veces, emblema de los sueños
más feroces y tiernos
y de los sacrificios.*

*en el rumor del viento.
El enemigo no descansa,
avanza desde lo obscuro
y luego se confunde
con la pátina lívida del amanecer.*

*Y aquí; madre, en mi casa
sólo bulle una memoria poderosa (triste)
que se enaltece para poblar mi conturbado
espíritu.
Protégeme tú, como antes,
de los perversos que ahora me miran
desde el rostro de los hombres
y de la confusión de los pasos
por las galerías de la noche
y los laberintos.*

*Ayúdame
desde tu reino de vastos predominios
a forzar la aguja de los rumbos
y déjame ver en tu espejo (no los signos
de la lamentación o la desdicha)
la imagen temprana del murciélago
que descubre su bocado
en los negros pantanos de la cueva
y alimenta, con amor, los destinos de su
noche.*

*Protégeme siempre, oh madre,
de la debilidad y los callados remolinos
de la muerte.*

*Aquí siguen las luces
-no son iguales, es cierto-,
no percibo tras ellas el brillo anochecido
de las mariposas desolladas, ni aquel olor a
brisa,
a olas verdes, calladas.*

*Aquella última noche se derramó el silencio.
¿Quién no tuvo un amigo
perdido entre destellos o tinieblas?
Ciertos oficios, los más viejos, resultan
siempre amargos (sobre todo en la noche)
cuando uno está solo
y no tiene quejidos o siluetas;
cuando las cosas se perdieron,
definitivamente,
del otro lado de las revelaciones.*

*Amigo
estoy tranquilo sobre la terraza.
Ya no pienso, como antes, en los antiguos
dones
(todo se hundió en tu barco hace 500 años).
Y aquí se hunden también las luces
sobre las grandes avenidas y el gemido de los
coches.*

*Yo, un poco cansado y viejo,
entro siempre en mi cuarto (bestia
domesticada),
me arrebujo en el lecho y espero, sin
palabras,
la brutal simulación de la mañana.*

Destierro
Abril y 1981

ESTEBAN LUIS CARDENAS (Ciego de Avila, 1944) llegó a Estados Unidos en 1979, luego de sufrir varios años de prisión política. Estos poemas pertenecen a su libro *Cantos del centinela*.

CONFLUENCIAS

En esta sección, nos esforzamos por rescatar obras poco conocidas de nuestra cultura, o que hayan sido deformadas o silenciadas por la burocracia del castrismo. Si los artistas que las crearon han dejado de existir, sus obras confluyen hacia nosotros, para que nos iluminemos con su esplendor. Cada obra será seguida de un ensayo, que intentará contribuir a su correcta apreciación.

JOSE

LEZAMA

LIMA

En nuestra expresión lo mismo se pierde el rasguño de los primeros años que lo más rotundo y visible de lo inmediato. Lo mismo perdemos un anillo hecho por Dario Romano, nuestro primer platero en el siglo XVI, que se inutiliza por lo humedad un baúl lleno de la letra de José Martí en el anteayer que viene sobre nosotros como una avalancha. Pero quien poseía ese baúl olvidó una primera regla de la conducta, es decir, que el poseedor de un baúl lleno de los escritos de Martí, entre las furias de un huracán o de un terremoto, está en la obligación de salvarlo antes que salvar su vida, como dice la orden del día de una de las grandes batallas contemporáneas, deberá morir en el mismo sitio antes que retroceder un paso. Casi todo lo hemos perdido, los crucifijos tallados y el cuadro de la Santísima Trinidad, de Manuel del Socorro Rodríguez; las recetas médicas de Surí puestas en verso; las frutas pintadas por Rubalcava; las aporéticas joyas de Zequeira, pérdida en este caso más lamentable todavía puesto que nunca existieron; las pláticas sabatinas de Luz y Caballero; las cenizas de Heredia; la galería de retratos de capitanes generales, de Escobar; alguna mancha de Plácido en el taller de Escobar; las pulseras, he visto una de hilos de seda que era un primor, y las peinetas de carey, de Plácido; una receta de manjar cubano hecho por Manzano; no conocemos ni siquiera un sermón de Tristán de Jesús Medina, brillante y sombrío como un faisán de indias; el recuerdo de alguna sobremesa de Martí niño con sus padres, donde tiene que estar el secreto de su cepa hispánica y de su brisa criolla, que una como una suprema sabiduría la madre y el caudal del río; sabemos que Julian del Casal hizo aprendizaje y algunos intentos de pintar, nadie ha visto una de sus telas de aficionado; en el Museo no hay un solo cuadro de Juana Borrero, sus Negritos son para mí la única pintura genial del siglo XIX nuestro. Todo lo hemos perdido, desconocemos qué es lo esencial cubano y vemos lo pasado como quien posee un diente, no de un monstruo o de un animal acariciado, sino de un fantasma para el que todavía no hemos invencionado la guadaña que le corte las piernas.

De "Paralelos"
La pintura y la poesía en Cuba (Siglos XVIII y XIX)

Confluencias

Esta conferencia fue leída por el autor en la Biblioteca Nacional José Martí, en el año 1968.)

Yo veía a la noche como si algo se hubiera caído sobre la tierra, un descendimiento. Su lentitud me impedía compararla con algo que descendía por una escalera, por ejemplo. Una marea sobre otra marea, y así incesantemente, hasta ponerse al alcance de mis pies. Unía la caída de la noche con la única extensión del mar.

Los faroles de las máquinas iluminaban en planos zigzagueantes y comenzaban a oírse los ¿quién vive? Saltaban las voces de garita en garita. La noche comenzaba a poblarse, a nutrirse. De lejos, la veía como atravesada por incandescentes puntos de luz. Subdividida, fragmentada, acribillada por las voces y por las luces. Estaba lejos y sólo sentía los signos de su animación, como un parloteo secreto en un fondo cerrado en la noche. Lejana y habladora, maestra de sus pausas, la noche penetraba en el cuarto donde yo dormía y sentía cómo se extendía por mi sueño. Apoyaba la cabeza en un oleaje que llegaba hasta mí en un fruncimiento de una levedad inapreciable. Sentirme como apoyado en un humo, en un cordel, entre dos nubes. La noche me regalaba una piel, debía ser la piel de la noche. Y yo dando vueltas en esa inmensa piel, que mientras yo giraba se extendía hasta las muscineas de los comienzos.

De niño esperaba siempre la noche con innegable terror. Lo era, desde luego, para mí, el cuarto que no se abre, el baúl con la llave perdida, el espejo donde alguien se sitúa a nuestro lado, una forma de tentación. No era la provocación para una aventura, ni la fascinación en la línea del horizonte. No iba a horcajadas sobre la noche cuando se retiraba, ni tenía que reconstruir para el otro sueño diurno, los fragmentos míos que la piel de la noche había dejado incommunicados sobre la cama.

La inmensa piel de la noche me dejaba innumerables sentidos para innumerables comprobaciones. El perro que durante el día había pasado muchas veces por mi lado sin casi haberme fijado en él, ahora, durante la noche, está a mi lado como adormecido, y es entonces cuando lo miro con fijeza. Compruebo el fruncimiento de su piel, cómo mueve el rabo y las patas queriendo apartar moscas inexistentes. Ladra dormido y enseña los

dientes colérico. En la noche tiene enemigos invisibles que continúan fastidiándolo. Sus reacciones coléricas anteriores no dependen del homólogo de sus motivaciones diurnas. No depende en la noche de motivaciones, sino, sin saberlo, está engendrando innumerables motivaciones en la piel de la noche que me cubre.

La noche se ha reducido a un punto, que va creciendo de nuevo hasta volver a ser la noche. La reducción —que compruebo— es una mano. La situación de la mano dentro de la noche, me da un tiempo. El tiempo donde eso puede ocurrir. La noche era para mí el territorio donde se podía reconocer la mano. Yo me decía, no puede estar como en espera la mano, no necesita de mi comprobación. Y una voz débil, que debía estar muy alejada de unos pequeños dientes de zorrillo, me decía: estira tu mano y verás como allí está la noche y su mano desconocida. Desconocida porque nunca veía un cuerpo detrás de ella. Vacilante por el temor, pero con una decisión inexplicable, iba lentamente adelantando mi mano, como un ansioso recorrido por un desierto, hasta encontrarme la otra mano, lo otro. Yo me decía, no es una pesadilla, más lentamente, pues puede ser que estés alucinado, pero al final mi mano comprobaba la otra mano. El convencimiento de que estaba allí, hacía decrecer mi angustia, hasta que mi mano volvía otra vez a su soledad.

Ahora, casi después de medio siglo, es que puedo esclarecer y hasta dividir en diversos momentos, mi nocturna búsqueda de la otra mano. Mi mano caía sobre la otra mano, porque ésta esperaba. Si la mano no hubiera estado allí, el fracaso, un miedo, desde luego, hubiera sido superior al miedo engendrado porque la mano estaba allí. Un miedo escondido dentro de otro. Miedo porque está la mano y posible miedo por su ausencia.

Después supe que en los Cuadernos de Rilke estaba también la mano, y después supe que estaba en casi todos los niños, en casi todos los manuales de psicología infantil.

Ahí estaba ya el devenir y el arquetipo, la vida y la literatura, el río heraclítico y la unidad parmenídea. ¿Retirar la mano? ¿Disminuir mi terrible experiencia

porque ya otro la había sufrido? ¿Convertir una experiencia decisiva y terrible en simple juego verbal, en literatura? El tiempo transcurrido me daba una solemne lección: el convencimiento de que lo que nos sucede, le sucede a todos. Esa experiencia de la mano sobre la mano seguirá siendo en extremo valiosa, aunque todas las manos extendidas se encuentrasen con todas las manos de lo invisible.

Era una experiencia tan decisiva, que aunque la misma aparezca incluida como psicología infantil, todavía hay noches de la otra mano, las de la aparecida. Habrá siempre la noche en que acude la otra mano y las otras noches en que la mano permanece yerta y sin ser visitada.

No solamente esperaba la otra mano, sino también la otra palabra, que está formando en nosotros un continuo hecho y deshecho por instantes. Una flor que forma otra flor cuando se posa en ella el caballito del diablo. Saber que por instantes algo viene para complementarlos, y que ampliando la respiración se encuentra un ritmo universal. Inspiración y espiración que son un ritmo universal. Lo que se oculta es lo que nos completa y es la plenitud en la longitud de la onda. El saber que no nos pertenece y el desconocimiento que nos pertenece forman para mí la verdadera sabiduría.

La palabra en los instantes de su hipóstasis, el cuerpo entero detrás de una palabra, una sílaba, un fruncimiento de los labios o una irregularidad inopinada de las cejas. El residuo de lo estelar que había en cada palabra se convertía en un momentáneo espejo. Una arenilla que dejaba letras, indicaciones. Una palabra solitaria que se hacía oracional. El verbo era una mano excesiva en su transpiración, un adjetivo era un perfil o una mirada de frente, los ojos sobre los ojos, con la tensión de la oreja alzada del gamo.

Cada palabra para mí era la presencia innumerable de la fijeza de la mano nocturna. Es la hora del baño, vamos a almorzar y tocan a la puerta, eran para mí como inscripciones que engendraban incandescentes evaporaciones, inmutables y obsesionantes esbozos de novelas. Eran larvas de metáforas, desarrolladas en indetenible cadena, como una despedida y una nueva visita.

La espera y llegada de la mano iniciaba la cadena verbal, o en el interminable desarrollo se encontraba la mano nocturna. A veces la espera de la mano era infructuosa y eso alejaba desmesuradamente una sílaba de la otra, una palabra de su otra compañera de navegación. Era un momentáneo vacío por lejanía, que engendraba tanto en una espera anhelosa como en un paradójico vacío de buen consejo. Era como una jugada que se volcaba, yo diría mejor que se derrumbaba, sobre un tablero desconocido. Una inquietante jugada verbal, porque algo se adelantaba, algo retaba y lanzaba su llamada, sobre una red que mostraba un solo pez afanoso de amigarse con todos los peces.

Encontraba así en cada palabra un germen brotado de la unión de lo estelar con lo entrañable, y como en el final de los tiempos la pausa y el henchimiento de cada uno de los instantes de la respiración estarán ocupados por una irremplazable palabra única. En cada palabra habrá un germen sembrado en los vasos comunicantes de la oración, pero en ese mundo el germen verbal, como en la sucesión del espacio visible e invisible de la respiración, logra el asombro conatural en el hombre de una coordenada temporal. Lo estelar, aquello que los taoístas denominaban el cielo silencioso, necesitaba de las trasmutaciones en las entrañas del hombre, el horno de sus entrañas, sus secretas e íntimas metamorfosis en relación con las cuales existió tal vez el misterioso ojo pineal, el extinto espejo interior reconstruido por los griegos como ser, como el pascaliano moi haissable, como el unificado yo de los alejandrinos, que después adquirirá su expresión más alta en el agustiniano logos spermaticos, la participación de cada palabra en el verbo universal, participación que atesoraba una respiración, que une lo visible con lo invisible, una digestión metamorfofísica y un procesional espermático, que trueca el germen en verbo universal, complementaria hambre protoplasmática que engendra la participación de cada palabra en una infinita posibilidad reconocible.

Pero el hombre no sólo germina sino también elige. Y subrayaría la semejanza entre esos dos hechos que son para mí igualmente misteriosos,

pues al elegir damos comienzo a un nuevo germen, sólo que como está en más directa relación con el hombre, le llamaremos acto. En la dimensión poética realizar un acto y elegir son como una prolongación del germen, pues ese acto y esa elección están dentro de la llamada conciencia palpatoria de los ciegos, si así me atrevo a llamarla es con el convencimiento de una mínima aproximación.

Es un acto que se produce y una elección que se verifica a contracifra en la sobrenaturalidad. Una respuesta a una pregunta que no se puede formular, que ondula en la infinitud. Una incesante respuesta a la terrible pregunta del demiurgo ¿por qué llueve en el desierto? Acto y elección que se verifican en la sobrenaturalidad. Ciudades a las que el hombre llega y no puede luego reconstruir. Ciudades edificadas con una lentitud milenaria y cortadas y destruidas desde la base en el instante de un parpadeo. Hechas y deshechas con el ritmo de la respiración. Unas veces deshechas por el descenso súbito de lo estelar y otras hechas como una momentánea columnata de lo telúrico.

¿Qué es la sobrenaturalidad? La penetración de la imagen en la naturaleza engendra la sobrenaturalidad. En esa dimensión no me canso en repetir la frase de Pascal que fue una revelación para mí, «como la verdadera naturaleza se ha perdido, todo puede ser naturaleza»; la terrible fuerza afirmativa de esa frase, me decidí a colocar la imagen en el sitio de la naturaleza perdida de esa manera frente al determinismo de la naturaleza, el hombre responde con el total arbitrio de la imagen. Y frente al pesimismo de la naturaleza perdida, la invencible alegría en el hombre de la imagen reconstruida.

¿Moran en una ruina? ¿Son cómicos en vacaciones? ¿Hay ahí un pintor? Miramos el cuadro de Goya, La gruta, una de sus menos vistas y mejores telas. Al fondo, el cielo cárdeno y las nubes acabalgadas del Greco, contrastaban con el sosegado vuelo de las colombas. Tapadas con el mantel, o por debajo de la mesa se ocultan para que las palomas se acerquen. Es un coliseo en ruinas, una plaza deshabitada, ala derrumbada de un convento. Frente a esa desolación han instalado un merendero donde un aparecido cubierto por un

mantel picoteado por las palomas, engendra especulación y gracejo. Es un espacio desconocido y un tiempo errante que no se aposenta sobre la tierra. Sin embargo, paseamos en ese aquí y transcurrimos en ese ahora, y logramos reconstruir una imagen. Es la sobrenaturalidad.

No se manifiesta la sobrenaturalidad tan sólo por la intervención del hombre en la naturaleza, tanto el hombre como la naturaleza, cada uno por su propio riesgo, concurren a la sobrenaturalidad. Entre los tártaros los niños muertos se casan. Se dibujan en finos papeles los guerreros que asisten a las bodas, los instrumentistas, los familiares portando las jarras para las libaciones. Firman los presentes y se conservan las firmas en archivos muy vigilados. Ambos familiares de los niños muertos, procuran acompañarse, viviendo en la vecinería. Entrelazan sus bienes y cumplen las fiestas del ritual. He ahí la vida, bullendo en torno de los muertos y la pareja de niños muertos penetrando en la vida. Es la réplica a la afirmación de los morfólogos de la escuela goethiana, de que toda especie al perfeccionarse engendra una nueva especie, de la misma manera la naturaleza al crecer por la imagen aportada por el hombre, llega al nuevo reino de la sobrenaturalidad.

En las mastabas egipcias una puerta quedaba abierta para recibir el viento magnético del desierto. Vientos genéticos que siguen recibiendo los muertos. La penetración piramidal hacia el norte, en la tierra quemada, hacía que la cámara de la reina fuese construida con la orientación más favorable a la recepción del viento magnético del desierto. Así se lograba la más verídica sucesión entre los reyes muertos y los reyes vivientes. Unas tras otras iban las pirámides adelantándose en la tierra quemada, en la región de los muertos, como el humus, la tierra fangosa era habitada por los vivientes, así al borde mismo de la muerte, la genesiaca cámara de la reina recibía la plenitud del viento magnético, al cual son tan sensibles los fantasmas elásticos, de Baudelaire,

los gatos, divinizados por la cultura egipcia.

Para los egipcios, el único animal hablador era el gato, decía un como que lograba unir las dos puntas magnéticas de su bigote. Esos dos puntos magnéticos, infinitamente relacionables, están en la raíz del análogo metafórico. Es un relacionable genésico, copulativo. Unanse los puntos magnéticos del erizo con los de zurrón, en ejemplo que no es muy querido, y se engendra una castaña. El como magnético despierta también la nueva especie y el reino de la sobrenaturalidad.

La sobrenaturalidad poco tiene que ver con el *protón pseudos*, la mentira poética de los griegos, ya que la sobrenaturalidad no pierde nunca la primordialidad de donde procede, pues suma el uno con el uno individual, ya que el hombre es imagen, participa como tal y al final se encuentra con la aclaración total de la imagen, si la imagen le fuera negada desconocería totalmente la resurrección. La imagen es el incesante complementario de lo entrevisto y lo entreoído, el temible *entredeux* pascaliano sólo puede llenarse con la imagen.

El horror vacuú es el miedo a quedarse sin imágenes, en las épocas en que predominaba la finitud combinatoria y pesimista de corpúsculos sobre la ruptura espiraloide del demiurgo. En numerosas leyendas medioevales aparece el espejo que no devuelve, la imagen del cuerpo dañada o demoniaca, ya que cuando el espejo no habla el demonio enseña su lengua saburrosa. Ese convencimiento innato en el hombre de saber que además la llave abre otra casa, de que la espada guía a otro ejército en el desierto, de que los naipes inauguran otro juego en la otra región. Por todas partes la reminiscencia de un incondicionado que desconocemos, engendrada por un causalismo en la visibilidad, que sentimos como la ciudad perdida que volvemos a reconocer. En realidad, todo soporte de la imagen es hipertético, va más allá de su finalidad, la desconoce y ofrece la infinita sorpresa de lo que yo he llamado *éxtasis de participación* en lo homogéneo, un punto errante, una imagen, por la extensión. Es un árbol, una reminiscencia, una conversación apuntalando el río con el trazado del Índice.

Germen, acto y después potencia. Posibilidad del acto, el acto sobre un punto y un punto que resiste. Ese punto es un Argos, un lince y surca lo estelar. Sus huellas como dotadas de una invisible fosforescencia permanecen. En todo eso hay una posibilidad finita que la potencia interpreta y desenvuelve. El acto del hombre puede reproducir el germen en la naturaleza, y hacer permanente la poesía por una secreta relación entre el germen y el acto. Es un germen acto que el hombre puede lograr y reproducir. La unidad ululante y penetrante de una cacería, un grito de exaltación, la respuesta permanente de la orquesta en el tiempo, los guerreros a la sombra de los muros de Ilión, la *grand armée*, lo que yo he llamado las eras imaginarias y también la sobrenaturalidad, forman por un entrelazamiento de germen, acto y potencia, nuevos y desconocidos gémenes, actos y potencias. Ya que sembrar en lo telúrico es hacerlo en lo estelar y seguir el curso de un río es caminar apartando las nubes, como en el teatro chino un movimiento de las piernas significa montar a caballo.

La potencia al aplicarse sobre un punto o al actuar en la extensión, lo hace siempre acompañada de la imago, unidad la más profunda conocida entre lo estelar y lo telúrico. Si la potencia actuase sin la imagen, sería tan sólo un acto autodestructivo y sin participación, pero todo acto, toda potencia es un crecimiento infinito, una desmesura, en el que lo estelar apunta al telúrico. La imagen al participar en el acto entrega como una visibilidad momentánea, que sin ella, sin la imagen como único recurso al alcance del hombre, sería una desmesura impenetrable. De esa manera, el hombre se apodera de esa desmesura, la hace surgir y reincorpora una nueva desmesura. Toda poesía es un acto de participación en esa desmesura, una participación del hombre en el espíritu universal, en el Espíritu Santo, en la madre universal.

El hombre en cuanto germen señala ese desarrollo en su circunstancia, un tronco anchuroso de base lo iguala con un fervor para la fundamentación, aunque no sabremos partiendo de la naturaleza qué serias causales producen el esplendor o la podredumbre, ni en qué momento lo incondicionado va a penetrar indetenible en las series causales. En algunas ciudades del Asia, al pasar de la vida a la muerte, no se saca al muerto por la puerta, sino se rompe un muro de la casa como preparándolo para una nueva causalidad. En otras ciudades asiáticas, en el momento de la incineración, se introducen papeles dibujados por los amigos, las joyas y los alimentos, como para impartirle protección y compañía para un viaje que se presupone en una nueva extensión.

En contados vasos de elección, es la expresión que emplea la Biblia, su desarrollo en la vida marcha como acompañada de un prodigioso anticipo de la nueva extensión. De la paramera castellana brota la fundamentación teresiana, como una vivencia oblicua, que se reproduce en Martí, colocando en el sitio de lo desértico el paradójico germen del destierro. Después de su prisión, Martí debió de sentir como un renacer en la imagen de la resurrección, como después de su muerte vuelve a resurgir en la carne. Lo desértico y su nueva aparición simbólica en el destierro se igualan, y por eso en el *Paradiso*, para propiciar el último encuentro de José Cemí con Oppiano Licario, para llegar a la nueva causalidad, a la ciudad tibetana, tiene que atravesar todas las ocurrencias y recurrencias de la noche. El descendimiento placentario de lo nocturno, el fiel de la medianoche, que aparecen como una variante del desierto y del destierro, todas las posibilidades del sistema poético han sido puestas en marcha, para que Cemí concorra a la cita con Licario, el Icaro, el nuevo intentador de lo imposible.

Paradiso, mundo fuera del tiempo se iguala con la sobrenaturalidad, ya que tiempo es también naturaleza perdida y la imagen es reconstruida como sobrenaturalidad. La liberación del tiempo es la constante más tenaz de la sobrenaturalidad. Oppiano Licario quiere provocar la sobrenaturalidad. Así continúa en su búsqueda por incandescentes laberintos. Capítulo XII, negación del tiempo, detrás de la urna de cristal cambian incesantemente sus rostros el garzón y el centurión muertos, solamente que en el capítulo XIV, ya al final, el que aparece detrás de la urna es el mismo Oppiano Licario. Negación del tiempo lograda en el sueño, donde no solamente el tiempo sino la dimensión desaparecen. Muevo la enormidad de un hacha, logro velocidades infinitas, veo los ciegos en los mercados nocturnos conversando sobre la calidad plástica de las fresas, al final, los soldados romanos, jugando a la Taba entre las ruinas, logro la tetractis, el cuatro, dios. El capítulo XIII intenta mostrar un *perpetuum mobile*, para liberarse del condicionante espacial. La cabeza del carnero, rotando en un piñón, logra esa liberación, en esa dimensión de Oppiano Licario, la de la sobrenaturalidad, las figuras del pasado infantil vuelven a reaparecer. Es, la infinitud cognoscente adquirida a la vera de Licario, sólo que el ritmo de los pitagóricos es distinto, del ritmo silábico, el violento, el de las pasiones, se ha pasado al ritmo hesicástico, al sosiego, a la sabia contemplación.

Licario ha puesto en movimiento las inmensas coordenadas del sistema poético para propiciar su último encuentro con Cemí. Era necesario que Cemí recibiese el último encuentro con la palabra de Licario. «La imagen y la araña, por el cuerpo», dice una de aquellas sentencias entregadas en la última noche. Aparece la hermana Inaca Eco Licario rindiendo la sentencia poética como la tierra prometida. La sombra, el doble, es el que rinde la ofrenda. El doble hace la primera ofrenda, rinde la primera imagen y Cemí asciende por la piedra del sacrificio a cumplimentar su patronímico de Ídolo o imagen. Supongamos una estelar noche pitagórica de 1955. He estado varias horas oyendo *El arte de la fuga*, de Juan Sebastián, embobado en los entrelazamientos de la fuga per canon. Infinitas relaciones se logran en los espiraloides de la nocturna. Las construcciones y dilataciones del ritmo se reiteran en cada uno de nuestros pasos y crecemos caminando. Enfilamos una de esas calles dilatadas como los ríos paradisiacos. Las encendidas luces nocturnas de la funeraria, sin saberlo, tienen que detener al caminante, sobresaltándolo. La reiteración de la musiquilla en un tiouvio mantiene y apresura al paseante en una caminata nocturna. La casa en su dimensión vertical, como un árbol enloquecido, nos lanza la tentación de su terraza final, donde protegidos por el priápico dios Término, dos bufones juegan al ajedrez. Hay ahí como la reiteración de una marcha circular. Al borde mismo de la muerte las coordenadas del sistema poético bracean con desoperación, agotada la naturaleza subsiste la sobrenaturalidad, rota la imagen telúrica comienzan las incandescentes imágenes de lo estelar. Allí, en la más intocable lejanía, donde los pitagóricos le situaron un alma a las estrellas.

Es una sorpresa, la casa cegadora de luces, que el hombre interpreta espesando la saliva, en la conjugación de la circulación linfática con la sanguínea. Un maestoso y un vivace forman una nueva unidad que penetra como una pieza de ajedrez en lo invisible. Es también en el tiouvio una reiteración circular que se rompe en espirales, en lluvia de estrellas en la noche babilónica, en el cometa que precede y avisa la muerte de Julio César. Un gato negro de gran tamaño, que va de una a otra multitud, avisando la muerte. Los exploradores globos anaranjados en la noche de Van Gogh, lanzados como piedras en el estómago de la ballena. Es

la conversión secreta a la entrada de Toledo en el Greco. Es la musiquilla infinitamente reiterada del tiouvio, entre la casa encendida de la muerte y el infinito poliedro vertical donde la imagen quisiera establecer sus cuarteles de invierno. Es el afán indomeñable de llegar a la ciudad tibetana de lo estelar, donde el hombre conversa con el búfalo blanco, donde la sombra del vegetal penetra en el sueño. Un día le oí decir a uno de nuestros decimistas, al remontar un octasílabo: el alma se da en la sombra. Intuición coincidente con un teólogo que nos afirma que el hombre tiene que sentir como las plantas, pensar como los ángeles y vivir como los animales. Quizá en el otro extremo de la cuerda ocupada por el ángel, no esté la bestia, sino esa feliz coincidencia del *otium cum dignate* del humanismo y el pacer de las bestias, ambos manifestaciones de la contemplación del cielo silencioso de los taoístas. El día que podamos establecer un esclarecimiento entre el ocio y el pacer, la verdadera naturaleza será habitada de nuevo, pues en ambos coexiste la espera de lo estelar, el mundo de la infinita abertura pues la cabal relación del animal con su ámbito no ha sido todavía profundizada y desconocemos la manera como se establecen las interrelaciones del verbo universal pero algún día el mundo de la gnosis y el de la *physis* serán unívocos.

Una sorpresa en el curso de las estaciones. Lluvias, lluvias. El hilo frío al acostarnos nos da su primer rechazo, tenemos que apretar más la almohada contra la mejilla para sentir la dulzura del apoyarse, sensación como de navegar contra una resistencia que se puede vencer. El sueño al prolongarse ocupa nuevos fragmentos nocturnos. La lana nocturna, con lentitud sigilosa, se apodera del hilo diurno y el chivo sigue bailando pero ya no en el rayo de sol. Lo oculto, lo cerrazón, lo resguardado, abren sus puertas y ofrecen la nueva silenciosa suntuosidad de un nuevo mercado. Las monedas de algodón sin tintineo adquieren telas mágicas. Los bultos, guardados en el almacén se acercan a las cuatro hogueras que brillan en los cuatro ángulos del mercado, son ahora rostros arracimados. Lo oculto, lo oscuro al llegar la nueva estación se configura, es el niño que sale todas las mañanas de su casa, en el poema de Whitman. Y vuelve y hace su relato. Se pierde y sigue en su relato ¿lo oyen?

Yo veía en la casa grande del Campamento, la llegada del invierno. La cocina, el comedor y los dormitorios se utilizaban más en las diferencias, su silencio sonaba más hacia adentro, la conversación se hacía más susurrante. Mi abuela nos visitaba con más frecuencia. Los preparativos para la visita eran muy extensos y cuidadosos, parecía que nos iba a acompañar por todo el invierno, pero ya al día siguiente en el desayuno, lo oíamos decir: no me gusta abandonar la casa de Prado, usando la palabra con que una reina se refiere a que un castillo ha sido abandonado o al referirnos a una vecina decimos que tiene sus hijos abandonados. Abandono y descuido intolerables para la abuela. Pasaba un día muy alegre, pero ya en el atardecer comenzaba a prepararse para el regreso. Pasaba yo el resto del día en la tristeza de esa despedida. Recorría con excesiva lentitud cada una de las piezas de la casa. Marchaba despaciosamente de la sala al traspatio y allí veía colgadas los cubrecamas que iba a inaugurar el invierno. Alguien se acercaba y con largos ramajes comenzaba a golpear los paños. El polvo golpeado se trocaba en un chisporroteo que agrandaba o desaparecía los rostros que asomaban en el paño hasta que el ramaje los borraba. Me gustaba en los neblinosos días invernales contemplar esos rostros que sólo mi imago proyectaba, que después desaparecían como estornudando por el polvillo.

Esos rostros intenté fijarlos en un poema:

*Golpea el pastor con su cayado,
las más delgadas telas,
después del inútil ruido del azoro,
otra llamada, que ya no está, nos viene.
Ese ruido, naciendo en otra puerta,
se deshace en las preguntas de una muerte.
Ruido de otro total se perdería,
si no fuese universal la carne de la tela.
Nadando en nuestro instante alguien viene
a brindar su cuello por regusto o sucesión
y aunque el callado se aplaque por las venas,
saca, saca las caras de la tela.
El golpe no es el que responde a cada cara
y cada cara se pierde por la tela.*

Pero el poema estaba impartido por una temeridad, su título de esoterismo pitagórico y matemática simbólica estaba recorrido por otra ingenuidad adolescencaria. Estaba acompañado el poema de otro recuerdo, no eran ahora las nubes del otoño, sino las operaciones algebraicas. Lo que

se esconde detrás de la luna llena del cero. Una cantidad negativa venía a apuntalar a otro crecimiento en la reminiscencia: Aparecen en los paños invernales, detrás de las nubes polvorosas, ángeles mofletudos o huesudas testas cabeceantes, rezumantes a brea y alquitrán. Recordad que las figuras surgidas de chisporroteos, de polvo arremolinado o de nubes, ofrecen visibles residuos alquitránados en los dientes, en la punta de los dedos o en el lóbulo de las orejas ¿son tal vez los signos de una procedencia u origen? Desconocidas filiaciones del mundo de carbón y de las fulguraciones son a veces traicionados, y eso los hace reconocibles, por las espinillas o por el polvillo que les quedó de su conversación con María la luna.

Escondidos en el menos cero, en las capas polvorosas, los rostros seguían huyendo. Cuando el ramaje comenzó a golpear los paños, los signos arañaban en las cantidades negativas para ir reteniendo unos rostros, unas líneas entrecruzadas, hasta que al fin el paño estaba animado por conversaciones, por sobremesas, por rostros intercambiables. Parecía que las máscaras fuesen guardadas en escaparates de tres lunas y que reapareciesen de una a otra estación.

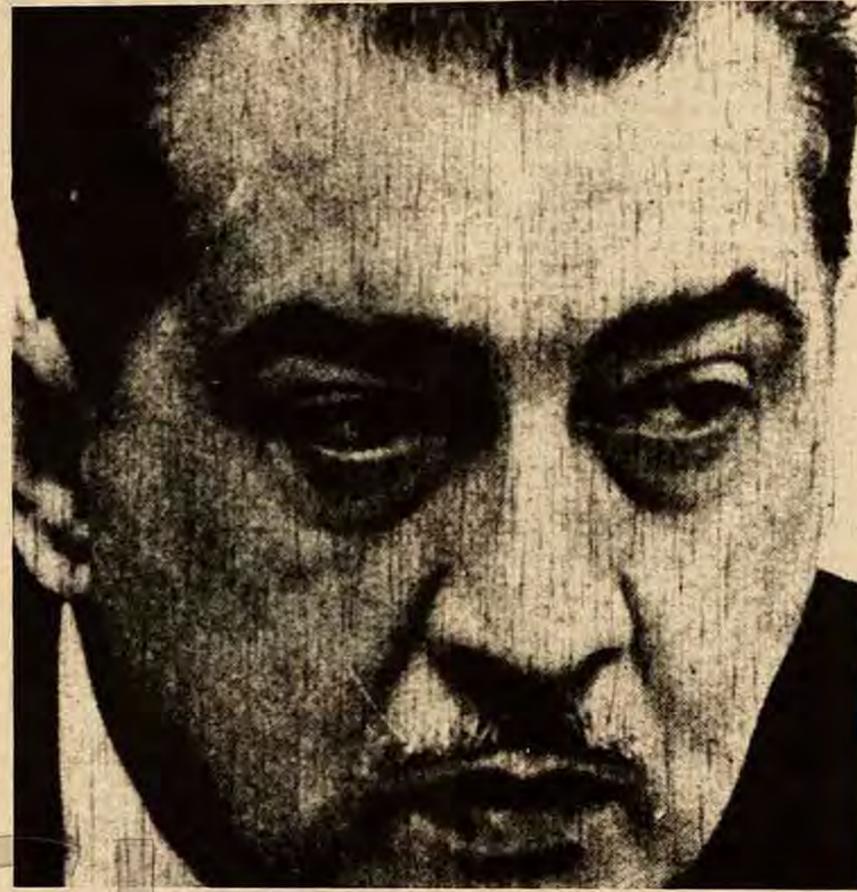
La casa ofrecía no tan sólo esa esperada metamorfosis, sino una continuada maravilla oculta. El cuarto de estudio del coronel. Mesas con planos y diseños, panoplias, títulos, condecoraciones, esferas armilares, proyecciones de Mercator. Estaba más allá del cuarto dormitorio de mis padres, que nosotros nunca traspasamos. Ese más allá era el cuarto de estudio, donde el coronel pasaba gran parte de la tarde y de la noche. Si alguna vez penetrábamos en esa pieza, por alguna puerta furtivamente abierta, retrocedíamos corriendo, asustados, como quien penetra en una atmósfera que lo refracta. Entrábamos lentamente, mirando a un ángulo, a una sombra, a un mueble gimiente, y salíamos corriendo, disparados como flechas.

Era también un regalo del curso de las estaciones. Se abría a la curiosidad de los otros moradores de la casa en el afelpado tránsito de un estío a un invierno. Allí se podía ver un pedazo de mármol negro y verde, dibujos comparativos de dagas florentinas y berlinesas, un juego de ajedrez de obsidiana, con las piezas del tamaño de una mano. Se abría para airearse sencillamente pero para nosotros era una forma de conjuro, un reto, algo que convidaba a un acto de excepción y a un retroceso de disimulo. Estos aparecidos en el cambio de las estaciones, estos fugaces transcurros que están más allá de lo conocido, se verificaban con lentitud, con una morosidad resguardada de la reiteración. La insistencia no parecía acompañar sus naturalezas. Eran fugaces, entrevistos, sombrosos, pero como nos colmaban, hoy, separados de nosotros por el arenoso polvillo de lo temporal, parecen como si se hubiesen repetido hasta la saciedad, como si innumerables rostros siguiesen saliendo de los paños, como si hubiésemos pasado verdaderas temporadas más allá de las Columnas de Hércules.

De esa pieza, desván, biblioteca, descanso para lo errante, iría desovillando la magia que he percibido siempre en toda morada del hombre, como el resguardo de un caracol que ofrece sus laberintos defensivos a la embestida de la marina nocturna.

Era el convencimiento de que allí, en lo lejano de lo inmediato, se encontraban todos los chisporroteos de una invisible fragua. Todos los moradores estaban adormecidos, pero en aquel recinto que no era igual que los otros, percibíamos esa desigualdad por nuestros más secretos vericuetos, se verificaban movimientos milenariamente despaciosos o centrados por una rueda de vertiginosa rotación. Allí la vida adoptaba movimientos indescifrables, restos de una liturgia en un bosque deshabitado o espesas filtraciones en una gruta submarina, pero los adormecidos acudían con sus pequeñas conchas para la audición estelar y anchurosos facistolos consentían el entono de las salmódias.

El convencimiento de que el dragón, lo que está y no está, aparece y desaparece, necesita de un resguardo más allá de las Columnas de Hércules, disponía también de la biblioteca como una sobrenaturalidad. Allí, por la soledad se busca una compañía, y más específicamente en la biblioteca pública, donde la compañía busca una soledad. La lucha contra el dragón tenía que cumplirse en las incandescentes relaciones de soledad y compañía. Del recuerdo del cuarto misterioso, más allá de las columnas, en el Campamento, surgiría mi concepto sobre la cultura china: la biblioteca como dragón. Lao-tse, el del sentido de lo increado creador, fue un bibliotecario y el doctor Kung-tse, el Confucio de los jesuitas, trabajó los últimos catorce años de su vida en el Yi king, el libro de las mutaciones, de lo visible y lo invisible, donde el dragón se aposenta en un libro



para hablar con los muertos y establecer las coordenadas entre lo insignificante y la desmesura estelar. Y como avivando con el fuego lo legible, se puede hablar con lo invisible.

El solo afán de intentar llevar a un libro lo inaudible, lo invisible, de que lo increado creador adquiera un sentido, nos dice que ese combate con el dragón tiene que estar más allá de las columnas, que será en una era imaginaria, que se aposentará en la sobrenaturalidad. Así como en alguna leyenda medioeval se afirma que el demonio gusta de dormir a la sombra del campanario, lo increado creador gusta de hacer el día en la biblioteca, porque la biblioteca ha comenzado por ser un inaudible, un invisible y así la naturaleza volverá a encontrarse en la sobrenaturalidad.

Hemos perdido también el sentido vivencial de algo tan decisivo para el hombre como la hoguera, la copa de agua, el espejo o la espada, como es el alfabeto, resguardo para que las caravanas no se pierdan en el desierto. Con el recuerdo de la casa, el río, las plantaciones, el toro, en el alfabeto nos encontramos con las cinco letras aportadas por la poesía. Son signos no descifrables, no deben ser signos de reminiscencias de figuras, como símbolos de la pervivencia del secreto reto atesorado en un alfabeto. Es la ofrenda de la poesía, cinco letras desconocidas, errante análogo de lo estelar con lo telúrico, de la nube entrando en el espejo. Eran las letras que están en el fondo y saltan como peces cuando bebemos agua en el cuenco de la mano.

Me asomaba de nuevo al traspatio y esa distancia entre el confin de la casa y la línea del horizonte se poblaba también de desconocidos. La presencia de la mano sobre la mano en el medianoche se trocaba en el desfile de los mulos penetrando en el bosque, en lo oscuro. Los observaba y veía cómo penetraban en un destino que desconocían con la más invencible resistencia. Atravesaban la caída y la redención, soportando una total pesadumbre. Cuanto más me acercaba, más precisaba el temblor de su piel. Sudaban, temblaban y penetraban. Desconocían su destino, pero resistían. Penetraban en su caída, como en su gloria y su resistencia ilumina el traspaso de los grandes acarrees. Se diría que frente al castigo que reciben ofrecen el castigo de su resistencia. Penetran sin saberlo más allá de las columnas, respiran como un fuelle en la sobrenaturalidad y trasportan las anchurosas fundamentaciones de las eras imaginarias. Sus distancias están ocupadas por las transformaciones incandescentes de la poesía. La resistencia del mulo siembra en

el abismo, como la duración poética siembra resurgiendo en lo estelar. Uno, resiste en el cuerpo, otro, resiste en el tiempo, y a ambos se les ve su aleta buscando el complemento desconocido, conocido, desconocido.

Por el desusado aumento de las colecciones de retratos, percibía que iba de lo cenital y ardido, de las maneras del *splendor formae*, a lo oscuro y sumergido. A la muerte de mi madre, su cuaderno de retratos aumentó mi colección, en la de ella predominaban los descendidos al sombrío Hades, y en la mía mis contemporáneos, gozosos aún en la región de la luz. Lo que yo ahora puedo contemplar con aparente serenidad, fue para mi un encuentro violentísimo y sin remedio. Era como si las antiguas relaciones, los más patéticos relatos familiares, se poblasen de nuevo, acudiesen a la sobremesa y pudiesen dialogar calmamente con nosotros, sin el menor sobresalto por nuestra parte.

Entre tantas vertiginosas pruebas, yo me encontraba como sumergido en lo oscuro. Las fotografías mientras más se alojaban en los confines del pasado, cobraban para mi un resplandor amortiguado de lectura hecha bajo un farol de gas. Aquellos retratos recobraban su alegría serena, su sedosa compañía. Eran aparecidos reales, tangibles existentes en la imagen, la que les prestaba un cuerpo andante, una voz oíble y una estremecida despedida. La imagen que habían abandonado como un huevo, los corporizaba de nuevo. Habitaban el palacio de las ventanas verdes, trascurrían por la ciudad de las cien puertas, asistían para oír misa en la Catedral de La Habana. Esa población exquisita, delicadísima, nunca gimiente ni apresurada, no necesitaba de mi para llegar a la casa donde se aposentaba el dragón. Soy yo el espíritu atolondrado por esos aparentemente confundidos emigrantes, el que escucha, persigue y suma de nuevo el algodón y el perfume de la vainilla, la oscilante lámpara y el ancestral amarillo de los encajes. Ahí está Andresito, el niño prodigio, con su violín, muerto en un accidente en una tómbola para recaudar fondos para la Independencia. Tocaba esa noche con el smoking que usaba frecuentemente su padre. Se cae del elevador y muere y mi abuelo que muere poco después de tristeza. Y mi abuela que cuando relataba esa hecho, terminaba como una antístrofa de alguna tragedia griega ¡por qué tenía que ser mi hijo? De niño yo quería ser el violinista, el que llegase a expresarse a trueque de enfrentarse con el *fatum*. Se configuraba en mi constantemente aún a través de la muerte. Era el ausente, con lo mejor de la familia en

El reino de la imagen

Reinaldo Arenas



REINALDO ARENAS. Foto Nestor Almendros.

Ahora que el fatigante vocerío de los vecinos despiadados y de los transeúntes inoportunos se ha ido disolviendo, se ha ido como recogiendo, sin ellos mismos saberlo, bajo la misteriosa señal del crepúsculo. Ahora que las voces están distantes; suenan como distantes, apagados, los gritos, puede uno dar algunos pasos por la playa; puede uno caminar un rato y sentarse luego, y respirar este breve silencio, esta breve calma, este breve hechizo de la luz violeta con que el trópico suele, por un instante, deslumbrarnos. Ahora que la claridad no resulta dolorosa; y los árboles y el mar gimen sin querer destacarse, sin egoísmo, respetando a los otros que también quieren gemir sin ser molestados. En este breve respiro que nos concede la calma, uno puede detenerse y pensar; uno puede cerrar los ojos (abrir los ojos) y mirar. Uno puede empezar a interpretar. Uno puede empezar a amar.

Pues cuando todo eso sucede, cuando, tan raramente, se provoca ese hechizo, se produce esa luz, se recogen las voces, uno empieza a sentir el verdadero ritmo de las cosas; la verdadera gravitación de las cosas que los chillidos y los estruendos cotidianos, generalmente, no nos permiten observar. Mas si alguien oye esa vibración; si alguien puede, a pesar de todo, escuchar ese ritmo que está un poco más allá; que solicita del silencio y de la participación del silencio, que solicita de la belleza y de la apreciación de la belleza, entonces es que ha llegado el amor. Es decir: ha llegado el ritmo y la imagen. Ha llegado, sobre todo, el receptor de ese ritmo y de esa imagen: el que atiende y vigila. ¿Y quién es el que vigila sino el que espera? ¿Y quién es el que espera sino el que cree? ¿Y quién es el que cree sino el que crea? ¿Y quién es el que crea sino el poeta? Es decir, un ser misterioso y terrible, un elegido. Poeta es una condición fatal que se convierte en dicha sólo cuando logra expresarse cabalmente. Para el poeta expresar su condición es ser. Los poemas que son están por encima de todo tiempo y de todo terror ocasional (sin ser ajenos a los mismos), instalados en el gran tiempo y en el gran terror permanentes.

Pero, ¿cómo expresarse? ¿De qué manera y en qué oportunidad: para quién y cuándo? Y sobre todo, ¿cómo hacer que nuestra expresión perdure, cómo lograr expresar nuestra verdadera autenticidad? ¿Cómo seguir un camino que no existe y que si existe no es el nuestro, pues es el otro por el cual otro ya transitó? ¿Cómo inventarnos un verdadero camino que nos conduzca al verdadero sitio? ¿Y cómo saber si llegamos a algún sitio, cómo, en fin, empezar el viaje?

El caso de José Lezama Lima, en Cuba, también sirve para contestar esas interrogaciones. Y otras más. Pues en Lezama tenemos a uno de nuestros más auténticos ejemplos de audacia y heroísmo intelectuales. Y este último detalle es, quizá, el primero que debe señalarse a un creador de su dimensión y de su situación geográfica. El heroísmo intelectual se ha manifestado aquí yendo en contra de todos los engranajes asfixiantes y de los que dirigen esos engranajes, de los encapuchados de siempre que

siempre rechazarán toda innovación creadora. La actitud de Lezama ante la vida y el arte (que es siempre una misma cosa) solicita, imperiosamente, para definirla, del sobrecogedor versículo bíblico: **voz que clama en el desierto.**

A los 21 años de edad escribe **Muerte de Narciso**, donde ya aparecen todas las muestras de su estilo. Sucesivamente funda las revistas literarias más importantes de toda la época republicana: **Verbum**, **Espuela de Plata**, **Nadie parecía y Orígenes**. Toda la cultura cubana fluye en ellas. También la indiferencia oficial y pública se manifiestan ante ellas. Cuando Lezama, en aquellos tiempos republicanos, publicaba algún ensayo memorable sobre la cultura egipcia, o nos mostraba a las madres de Rimbaud y Verlaine como antistrofa o coro (no es necesario señalar de qué tragedia), quedaba, al principio, sorprendido de que nadie le hiciera un comentario sobre sus trabajos; trabajos a los cuales él dedicó meses de acuciosa investigación y toda una vida de amorosa interpretación. El no esperaba un elogio gratuito u ocasional. Esperaba una crítica. Esperaba, inclusive, un rechazo. Pero nada de eso se producía, pues, sencillamente, Lezama estaba centrado en un plano mucho más elevado que la realidad físicamente compartida. No es que sus palabras cayeran en el vacío, es que, tristemente, nadie entonces se preocupaba por recogerlas, y mucho menos por interpretarlas. Contra la indiferencia y luego contra los ataques, que seguramente estimulan más que la indiferencia, luchó este hombre, solo; contraponiendo al choteo, a la pereza y a la superficialidad, que hemos padecido siempre. **El arco invisible de Viñales** o su inmutable **Rapsodia para el mulo**. Los creadores en los países miserables, miserables desde el punto de vista económico e intelectual, no sólo tienen que padecer la indiferencia de los imbéciles que, desde luego, ocupan el poder (nadie inteligente se ocuparía de tales cosas) sino, también tienen que soportar sus ofensas públicas, o, lo que es peor, el compasivo gesto grandilocuente del **perdonavidas**.

Huérfano a los 8 años y con una familia que sostener, ¿habría tiempo para enfrentar el terror cotidiano y a la vez descifrar el terror ancestral? Lo hubo. Y por eso su obra es el mejor reconocimiento a su actitud intelectual: contra la modorra de los débiles que tratan de justificar sus esterilidades apoyándose en las miserias de su época, está la obra del poeta, del creador, que escribe, sencillamente, por una necesidad inapreciable, que escribe, sencillamente, por un llamado imperioso e inexcusable. En eso ha consistido siempre la labor del poeta: hacer una obra perdurable a pesar de su época. Los otros, los que tienen que esperar el cambio social, o el relevo de las tribunas, bien pueden seguir esperando, nadie espera por ellos.

Pero ya, nombradas esas vicisitudes padecidas, y por padecer, por muchos, podemos preguntarnos, en qué consiste el sistema poético de Lezama, cuál es su nueva visión del mundo, cuáles fueron los resultados de esos desgarramientos, qué consuelos nos ofrece este nuevo extraño que ahora muchos leen, otros lo admiran sin leerlo, y pocos lo entienden. En primer lugar, es preciso decir que Lezama Lima es uno de los casos más misteriosos de nuestra literatura, quizá solamente comparable con Zenea por quien el poeta más joven siente una justificada devoción. Y al decir misterio no quisiera que se confundiera esta palabra con la palabra **hermetismo**, ni con la gastada expresión de "escritor difícil"; quisiera, si resulta imprescindible que para comprender un concepto haya que compararlo con otro, que este se confundiese entonces con el concepto de **profundidad**. "Lo que he podido escribir", nos dice el mismo Lezama, "me ha parecido siempre un misterio, un reto que alguien me hacía, al cual a veces podía contestar". (1) Ese alguien que reta es la sensibilidad del poeta, colocada siempre ante las angustias y eternas interrogaciones; ese alguien que reta son también el estupor y las señales inapreciables que nos lanza siempre el tiempo.

Para comprender a Lezama, es conveniente decirlo desde un principio, nada hay mejor que leer sus propias interpretaciones sobre sí mismo, que, dicho sea de paso, constituyen los mejores ensayos que se han escrito sobre su obra. "Soy yo", nos dice, "el espíritu atolondrado por esos aparentemente con-

fundidos emigrantes, el que escucha, persigue y suma de nuevo el algodón y el perfume de la vainilla, la oscilante lámpara y el ancestral amarillo de los encajes". (2) Aquí tenemos al poeta convertido ya en el descubridor que eterniza con su mirada, que define, con imágenes perdurables, las cosas y los acontecimientos que le son allegados. Su estilo no es más que una profunda visión que marcha de acuerdo a su sensibilidad. Su estilo es, en fin, una verdadera claridad. Su claridad.

Alguien me dijo una vez que Lezama era un poeta coloquial, pues, según esa persona, escribía tal como hablaba. Desde luego, respondí yo, es casi el único poeta coloquial que existe; es decir, uno de los pocos poetas actuales en el cual su estilo es su propia vida, él mismo, su persona y su concepto del mundo. Hay una enorme diferencia entre los poetas y escritores que "se hacen de un estilo" y aquellos que sencillamente **poseen un estilo**. Estos, en los que su estilo es un modo de pensar y ser, de interpretar y descubrir, son muy raros hoy en día, y, sin embargo, son los únicos que todo cuanto hacen resalta inmediatamente por su autenticidad. Los otros logran a veces párrafos brillantes, pero en algún momento se descubren las costuras, aparecen los remiendos propios del que no posee tela suficiente y toma de la ajena. En la literatura cubana, en este siglo, el caso de José Lezama Lima como estilista es solamente comparable al caso de José Martí en el siglo XIX. En los dos, el sello de la autenticidad, de lo personal-universal, de la visión propia y trascendente, impregna todos sus escritos. ¿Pudo Martí a los 16 años, cuando escribió **El presidio político**, haberse ya "fabricado" un estilo? ¿Pudo Lezama a los 21 años, cuando escribió **Muerte de Narciso** haber acaparado ya toda la taimada astucia del viejo escritor de gabinete para construirse una retórica que lo justificase? No, ninguno de los dos tuvieron tiempo para hacer tal cosa. El estilo en ellos es, sencillamente, su primera condición de creadores. El innato misterio que se escapa a todo encasillamiento, y a la vez se presta a todas las interpretaciones.

Toda la armoniosa discordancia del poeta americano; toda la desmesura onírica del poeta americano aparecen, aún más enriquecidos, en la obra de Lezama: profecía e imagen, delirio e imagen, dulzura e imagen, memoria e imagen, misterio e imagen, interpretación e imagen, **ritmo e imagen**. No creo que exista un medio más breve para definir a José Lezama Lima. O sí, existe otro en el cual aparece claramente todo lo que he señalado en este párrafo, su misma obra:

"El día que podamos establecer un esclarecimiento entre el ocio y el pacer, la verdadera naturaleza será habitada de nuevo, pues en ambos coexiste la espera de lo estelar, el mundo de la infinita abertura, pues la cabal relación del animal con su ámbito no ha sido todavía profundizada y desconocemos la manera cómo se establecen las interrelaciones del verbo universal, pero algún día el mundo de la **gnosis** y de la **physis** serán unívocos. Una sorpresa en el curso de las estaciones. Lluvias, lluvias. El hilo frío al acostarnos nos da su primer rechazo, tenemos que apretar más la almohada contra la mejilla para sentir la dulzura del apoyarse, sensación como de navegar contra una resistencia que se puede vencer. El sueño al prolongarse ocupa nuevos fragmentos nocturnos. La lana nocturna, con lentitud sigilosa, se apodera del hilo diurno y el chivo sigue bailando pero ya no en el rayo del sol. Lo oculto, la cerrazón, lo resguardado, abren sus puertas y ofrecen la nueva y silenciosa suntuosidad de un nuevo mercado. Las monedas de algodón sin tintineo, adquieren telas mágicas. Los bultos, guardados en el almacén se acercan a las cuatro hogueras que brillan en los cuatro ángulos del mercado, son ahora rostros arracimados. Lo oculto, lo oscuro al llegar la nueva estación se configura, es el niño que sale todas las mañanas de su casa, en el poema de Whitman. Y vuelve y hace su relato. Se pierde y sigue en su relato ¿lo oyen?" (3)

Su poesía es, entre otras cosas, una complicidad que deslumbra, un reto; una originalidad a la que sólo podemos acercarnos con la apasionada e irreverente complicidad del amante.

Profundidad—originalidad deslumbra—es lo que aparece en los párrafos citados. Desde luego, muchos puntos pueden ser tratados partiendo de esta obra: la interpretación de una sociedad determinada, la visión de una época, pero hay que decir que esta obra, independientemente de esos valores, es hermosa y fundamental, y uno puede leerla y disfrutarla sin necesidad de replegarse a los mezquinos cánones a los que el tiempo siempre quiere someternos, confundiéndonos.

Originalidad que deslumbra, ritmo e imagen. Toda la obra de Lezama tiene la dimensión de un árbol extraño y frondoso donde siempre aparece el autor, vigilando desde el mismo centro. El ritmo y la

imagen son los misterios que con mayor intensidad pueden obsesionar a un poeta. Imagen que es en Lezama la clave de la salvación; ritmo, que es el requisito indispensable para desarrollar esa imagen. Pues no debemos olvidar que Lezama comparte la concepción pascaliana de que "como la verdadera naturaleza se ha perdido, todo puede ser naturaleza" (4) Ante ese estupor, la imagen es lo único que puede salvarnos, pues ella, al poder recrear esa naturaleza perdida, sustituyéndola, se coloca, como obra de arte, por encima de la realidad perdida que sustituye, se convierte en algo eterno, se convierte en una **sobrenaturaleza**. ¿Qué es entonces la sobrenaturaleza de la cual Lezama tanto nos ha hablado? Es el fruto de un don prodigioso, la obra del poeta, la unión de lo que fue (naturaleza perdida) más lo que uno hubiese querido que hubiese sido (imagen) forman lo que uno desea, es decir, la obra de arte, la sobrenaturaleza. Luego, el ritmo: el requisito indispensable para que se produzca la fusión entre esas imágenes. La melodía es en este caso parte imprescindible de la trama.

Y es que la imagen y el ritmo, como en todo gran poeta, deben ser lo primero que ha de observarse si queremos interpretar la obra de Lezama, si queremos comprenderla y disfrutarla. Si se tuviese en cuenta que a Lezama poeta más que la intención de las palabras, más que la palabra en sí, lo que le importa es el conjunto armonioso que forman las mismas, esa originalidad luminosa, se evitarían los equívocos, a veces hasta bien intencionados, en que han caído algunos de ella; llegar a ella no como el que llega a un problema matemático en el cual basta conocer las reglas establecidas para descifrarlo, sino como el que llega a una región inefable en la que cada rumor, cada resonancia, si menos se ajustan a los sonidos ya escuchados, con mayor motivo deben cautivarlos. Vivimos en una época donde son muchos los fabricantes, pero pocos los creadores. Cuando la obra de un creador cae en manos de un manufacturero, éste trata enseguida de someterla a las leyes de su construcción; y si no se ajusta a esas leyes, la ataca o la rechaza, la evade o trata de reducirla a su baja dimensión interpretativa. Entonces surgen las multillas que se esconden tras las palabras conocidas: hermetismo, oscuridad, o la mezquina teoría de que en la novelística cubana predomina un solo personaje, la palabra. Argumentos manejados por manufactureros y traficantes que no tienen la molestia o la dignidad de callarse ante lo que no entienden y seguir fabricando, según el formulario, sus fugaces engendros.

Toda obra de arte participa del misterio de la esfinge. Su sonrisa o su mueca; en fin, una expresión inefable colocada fuera del tiempo. El poeta que se hace digno de esta comparación es porque ha habido siempre una soledad inexpugnable (a veces insuperable). Pues el hombre que toca el misterio, y lo engrandece, conoce muy poco sobre sí mismo. Sólo en ese breve instante en que se produce el hechizo, la obra de arte, halla consuelo su intranferible desasosiego. El hecho de ser un solitario es, sencillamente, uno de los requisitos más elementales para tocar o llegar por momentos a lo trascendente.

Ahora José Lezama Lima goza de un reconocimiento universal, y, desde luego, los ensayos y las compilaciones, los artículos y las entrevistas, muy pronto sobrepasarán, en dimensión física, el grueso de su obra. Pero quizá no esté de más decir que ningún ensayo, por brillante y acucioso que sea, servirá de nada al lector si éste no se acerca a la obra con el amor y la sencillez con que uno debe acercarse siempre a todo lo hermoso, a todo lo misterioso. Pues lo mejor de un libro no es lo que nos señalan los críticos, ni, muchas veces, lo que se propone el autor; lo mejor de un libro es aquel pasaje cuya lectura nos recupera el árbol perdido de la infancia, la voz de la familia perdida en la niebla de la infancia, la música que forman las palabras y que nos recuerda otra música que ya creíamos irrecuperable; la tristeza que forman unas palabras y que de pronto nos deposita ante nuestra verdadera tristeza; el sabor o el olor de las cosas saboreadas u olidas en otros tiempos, o aquel pasaje, aquella cadencia, que anuncia en nosotros la inminente llegada de un nuevo terror, o el descubrimiento de una felicidad que estaba allí, donde ahora podremos encontrarla.

O no es nada de eso, sino la intolerable revelación (para quien atiende más allá de los aullidos y consuelos instantáneos) de sabernos siempre en el único sitio: el infierno.

La obra de José Lezama Lima forma un conjunto

indisoluble, una sola unidad cuya configuración total culmina, pero no concluye, con **Paradiso**. No porque **Paradiso** supere a los libros publicados anteriormente por el autor, sino porque esta novela es una totalidad que unifica los libros anteriores. **Paradiso** define el destino de toda la obra de Lezama. Poco a poco, a medida que uno va adentrándose en su obra, se comprende que como todo gran poeta (pienso en Whitman, pienso en Proust, pienso en Pound) Lezama no ha hecho más que construir un gran libro, que es como el caudal de una corriente maravillosa. Desde **Muerte de Narciso** hasta **Dador**, incluyendo, desde luego, los libros de ensayo, forman la obra de un personaje, de un poeta de quien sabíamos su modo de pensar y sentir, pero aún desconocíamos muchas cosas de su vida. **Paradiso**, a través de Oppiano Licario, nos pone de pronto frente a ese personaje desgarrado que escribía grandes ensayos y poemas memorables. **Paradiso** nos acerca más a la obra anterior de Lezama, la configura totalmente, pues ya no sólo estamos frente al poema o frente al ensayo, sino frente a Oppiano Licario, el Icaro. El **nuevo intendador de lo imposible**. El que nos ha entregado, y nos entrega, el **incensante complemento de lo entrevisto y lo entreoído** (5), el poema. La sobrenaturaleza.

El tiempo, que misteriosamente construye las vicisitudes y los consuelos, también construye la trama: primero aparece el poeta; luego, las ideas del poeta; y, finalmente, ya en la verdadera madurez, el rostro y la vida del poeta. Pues, ¿quién sino el tiempo pudo haber sido el cómplice de esta armonía?

Paradiso es la exuberante reconstrucción de la vida de un poeta, trabajada con una dignidad memorable en la que la distancia y la memoria juegan papeles fundamentales. Distancia que contribuye hacer las valoraciones más justas; memoria que cubre de prestigio, de poesía, lo que, cuando fue, fue sólo un acontecimiento familiar, un hecho cotidiano. Así como de la inmediatez sólo surge, generalmente, la crónica, del recuerdo, de la distancia, surge la poesía.

Siendo, pues, **Paradiso** esa reconstrucción minuciosa y grandiosa de toda una vida, en la cual, desde luego, participan los demás, y con ellos la ciudad inmediata y el universo en general, no se puede esperar menos de que en ella aparezcan esa vida, esa ciudad y ese universo tal como son, sin tener en cuenta las limitaciones propias del buen burgués y del mal marxista, cuyas preferencias estéticas generalmente convergen. La infancia, la vida familiar, los juegos de la juventud, las variadas relaciones sexuales aparecen aquí no con la intención de criticar a un tipo de sociedad determinada, ni de exaltar, ni tampoco con la intención de moralizar, de "señalar el pecado", como han pensado algunos, apoyándose en las ideas religiosas del autor.

Lo que aparece en **Paradiso** aparece, sencillamente, porque también está en la vida. No hay una intención moralizante a través de un pensamiento religioso; no hay una crítica deliberada a la corrupción de una época. La corrupción o la moral, para un poeta, no creo que tengan mucha relación con la cúpula establecida entre dos cuerpos que se desean. "Para mí, con la mayor sencillez", nos ha dicho Lezama, "el cuerpo humano es una de las más hermosas formas logradas. La cúpula es el más apasionado de los diálogos y, desde luego, una forma, un hecho irrecusable. La cúpula no es más que el apoyo de la fuerza frente al horror vacío". (6).

La obra de Lezama no se detiene en **Paradiso**. Leyendo sus últimos textos pienso que si **Paradiso** nos ofrece la visión, todas las dimensiones del poeta y del ensayista, la obra que continua es como un ensayo, como una interpretación sobre la vida de Oppiano Licario. Tendremos, pues, la obra del poeta. La visión del poeta sobre el poeta, donde ficción y realidad, como ocurre siempre en el verdadero creador, se encargaran de entregarnos una realidad más perdurable.

José Lezama Lima, Jorge Luis Borges y Juan Rulfo (ejemplos de la mejor literatura hispanoamericana) fulminan ese endebido concepto, extremadamente elemental, que consistía en trasladarle al narrador americano las tareas que realizaron hace quinientos años, aproximadamente, los cronistas de Isabel la Católica. Una imagen poética irradia más realidad que centenares de minuciosas descripciones.

La novela americana debe ser, como toda obra de arte, algo hermoso y profundo. No demás son puntos de vista, particulares, de cada narrador respecto a su obra, y no del arte ni de la novela. Padecemos la mala costumbre de inventarnos constantemente nuestras propias teorías que, además, queremos que se acaten como tablas sagradas. Y cada creador justifica, con ideas más o menos felices, su modo de crear, olvidándose que la creación artística se

la tenebrosa Moira, ocupaba todo el *simpathos* familiar y me gustaba oírles relatar a mi abuela y a mi madre cómo eran sus horas de estudio y la noche de su muerte. Y la delicadeza de mi tía Queta, hermana de mi padre, enamorada en secreto de mi tío Alberto, hermano de mi madre, que bajo su capa de tío endemoniado de todas las familias, atesoraba un estilo de conversación que siempre he buscado esté en la raíz de mis relatos.

En 1880, mi abuelo materno, muy cubano, emigrado revolucionario años más tarde, hace un viaje a España. Por la misma fecha mi abuelo paterno, vasco, muy español, hace su viaje a Cuba, años después ambas familias entrelazan su destino en tal forma que cuando me han llamado vasco criollo he sentido un peculiar orgullo, pero mi verdadero orgullo no tengo siquiera que confesarlo.

Pocos años antes de su muerte, mi abuelo abrió un escaparate titánico, que se encontraba en el último cuarto de su casa de Prado, donde mi juventud sintió como se abalanzaba hacia mí el aluvión de lo reminiscente. Ahí estaban el smoking de mi abuelo, con el cual había muerto mi tío Andresito, los trajes con los que mi abuela había asistido a las bodas de sus hijas. Estaba también allí una desmesurada escribanía con pozuelo para la tinta y unos renos de plata labrada, y sobre la escribanía una manilla de ámbar muy usada en el XVIII y XIX para rascarse. Esa ingenua oleada reminiscente pasa a la segunda estrofa de mi obra *Oda a Julián del Casal*, para sugerir el título de una de sus obras, aludo al reno de la escribanía y a una manilla de ámbar por la espalda. A veces pienso con deleite que en el día de las despedidas, ese escaparate titánico volverá a abrirse para mí. Oímos de nuevo:

Dejéno que acompañe sin hablar, permítidle, blandamente, que se vuelva hacia el frutero donde están los osos con el plato de nieve, o el reno de la escribanía, con su manilla de ámbar,

Era un ruego que hacía por Casal y por mí. Dentro del escaparate mágico, el violín del tío Andresito, resguardado del polvo en su caja bien cerrada, mostraba unas silenciosas vetas en la madera. Estrías de ámbar, pequeño túmulo de jaspe, diminuta y graciosa ciudadela edificada por Anfión. En aquellos desfiles de mis *Pensamientos en La Habana*, donde no quiero escoger mis zapatos en una vitrina, donde preciso que el rasguño en la tiorba no descifra, donde conjeturo que la primera flauta se hizo de una rama robada, aparece de pronto «el violín de hielo amortajado en la reminiscencia», que despierta la serafina del bosque que ata y destreza en la reminiscencia. Es el violín el que parece exhalar la orquestación final: «mi alma no está en un cenicero».

Una antigua leyenda de la India nos recuerda la existencia de un río, cuya afluencia no se puede precisar. Al final su caudal se vuelve circular y comienza a hervir. Una desmesurada confusión se observa en su acarreo, desemejanzas, chaturas, concurren con diamantinas simetrías y con coincidentes ternuras. Es el Puraná, todo lo arrastra, siempre parece estar confundido, carece de análogo y de aproximaciones. Sin embargo, es el río que va hasta las puertas del Paraíso. En los reflejos de sus ondas desfilan el vestíbulo del farero, el árbol de coral, la cadena del ojo del tigre, el Ganges celeste, la terraza de malaquita, el infierno de las lanzas y el reposo del perfecto. La incansante contemplación del río va entregando su dualismo, la aventura del análogo y las parejas que se retiran a sus isletas. Un árbol frente a unos ojos, un árbol de coral frente al ojo del tigre; las lanzas frente a la terraza, después las lanzas infernales frente a la paradisíaca terraza de malaquita. Dichosos los efímeros que podemos contemplar el movimiento como imagen de la eternidad y seguir absortos la parábola de la flecha hasta su enterramiento en la línea del horizonte. ■

Julio y 1968

JOSE LEZAMA LIMA (La Habana, 1910-1976) una de las voces poéticas más importantes y originales del siglo. Entre sus obras se encuentran: *Enemigo rumor* (1941), *La flejeza* (1949), *Tratados en La Habana* (1958), *Paradiso* (1966), *La cantidad hechizada* (1970) y *Cartas* (1979).

justifica por sí misma, y que una novela mala, aun cuando la respalden las más elaboradas teorías "paisajísticas" o estéticas, no llegará a trascender jamás ni servirá para nada. Alejo Carpentier, que se considera un escritor barroco, afirma categóricamente, que la novela americana debe ser épica y barroca. El surrealista dice que América es el continente por excelencia para el desarrollo del surrealismo; el mago y el delirante solamente defienden la parte que les corresponde; el desarraigado enarbola su desarraigo; y el épico afirma que nuestra literatura debe ser épica y realista con la misma pasión que el escritor crítico combate toda literatura que no sea crítica. Quizá, y no quiero verme de pronto formulando yo también una teoría, lo mejor sería comenzar a pensar si todos estos conceptos, todas esas teorías, por lo demás muy útiles, pero incompletas, forman, todas ellas unidas, el misterioso e inabarcable cuerpo, la verdadera condición de este continente que es todo y nada a la vez: tradición y desconcierto, fe y desasosiego, raíz y desarraigo, ternura y violencia. El rostro de la dicha y del espanto, el de la extrañeza y el de la afirmación. El rostro de la mutación y el del destierro confluyendo en un tiempo, en una realidad instantánea, en un presente donde pasado y futuro se mezclan, haciendo transitar sus estupores.

Cada escritor debe encontrar desde su propio medio, y a partir de su experiencia vital, la realidad, el mundo que le corresponde. Ya la idea de un solo concepto que defina la novelística hispanoamericana es en sí destestable (nada tiene que ver con la literatura de fundación), pero este concepto se ha limitado aún más y ya, para muchos, no se trata siquiera de una novelística común, sino de un tema común. De modo que algunos, queriendo hacer un libro de arte, editan un libro de historia. Por lo demás, todas las teorías literarias tienen una vida extremadamente limitada. Así que si

afirmamos que la novela latinoamericana debe ser épica y barroca, para poder describir el paisaje y la historia, cuando ya este paisaje y esa historia hayan sido relatados, ¿qué hará entonces el novelista? Que cada cual invente o descubra su propia retórica es correcto, que trate luego de evitar que los demás se inventen o descubran la suya es extremadamente fastidioso. Más que un modo de relatar lo que debe ser común al escritor latinoamericano es, quizá, un modo de sentir, un modo de padecer. El desarraigo, la violencia, el escepticismo, la soledad, la infancia siempre renovada del siempre renovado invasor deben decirle más al poeta que los 7 mil metros de altura que mide, creo, el Aconcagua, o la capacidad hidráulica del Orinoco.

¿Influye el paisaje en el hombre? Claro que influye. Pero eso no implica que debamos olvidar al hombre y aferrarnos sólo al paisaje, ya que el hombre es, en definitiva, el único que padece esas condiciones (ni los árboles ni los animales son cosmopolitas) y el único que las puede modificar. ¿Por qué hacer del hombre americano un elemento más del paisaje? ¿Para divertir al extranjero que no puede por sí mismo treparse a algunos de nuestros cerros más escabrosos? ¿Acaso nosotros les pedimos a los escritores del norte de Europa que se limiten a describirnos las diversas variaciones de su clima, o las distintas tonalidades de la nieve, cosas que para los demás muchos de nosotros ignoramos? Qué cada cual haga lo que le parezca es siempre el mejor consejo, y el más sincero.

Si el europeo quiere conocer nuestras cascadas o ver una ceiba tiene ya a su alcance excelentes libros de geografía y botánica (además de la actitud servil de algunos narradores). Yo, prefiero contarle mi terror, mi concepto de la belleza y del espanto; cosas que por lo menos son más imponderables que una información sobre la desembocadura del Orinoco o la descripción de los diversos pliegues

que contiene a veces una hoja de malanga. Lo fácil no nos interesa.

los diversos pliegues que contiene a veces una hoja de malanga. Lo fácil no nos interesa.

Pues para nosotros, escritores jóvenes que confiamos en el verdadero uso de la palabra, y no pensamos traicionarla, José Lezama Lima ilustra su pensamiento magnífico de que sólo a través de lo difícil (a través de la tenacidad y honestidad cotidianas) se obtiene el verdadero triunfo, la verdadera estimulación. Ya el ritmo de una imaginación ha pasado a enriquecer el mito de la Isla. El hecho de saber que él aún existe, que aún podemos disfrutar de su presencia y de su conversación que son partes principales de su obra, es decir, de su vida, es un privilegio que raramente el tiempo tiene la gentileza de ofrecernos. ■

La Habana, 1969

NOTAS

- 1) Lezama Lima, José. *La Habana*, entrevista realizada por Ciro Bianchi (inédita), 1969.
- 2) Lezama Lima, J. *Confluencias*. En *Unión*, La Habana, 1968, Año VI, N.º 3.
- 3) *Ibidem*.
- 4) *Ibidem*.
- 5) *Ibidem*.
- 6) Ver nota 1.

Este trabajo sobre Lezama Lima fue publicado en forma mutilada en *La Gaceta de Cuba*, La Habana, 1969. La censura suprimió todo aquello que hacía alusión al tiempo actual.

REINALDO ARENAS (Holguín, 1943) llegó a Estados Unidos por Mariel en mayo de 1980. Su última novela *Otra vez el mar*, acababa de aparecer en España, publicada por Argos Vergara. Reside en Nueva York.

Invitación al insomnio

Carlos Victoria



CARLOS VICTORIA. Foto Marcia Morgado.

El sueño es casi siempre un encubrimiento, una variante sutil de la simulación. A veces también es confesión involuntaria, o revelación chocante; pero aún en estos dos últimos casos la verdad aparece alterada y confusa, como vista a través de un cristal deformante. Por el contrario, el insomnio se apoya en la desnudez y la veracidad, y de una forma u otra conduce a la aceptación de la realidad, o en el más rebelde de los casos, a la tolerancia de ésta. El in-

somnio trae consigo un fiel repaso de las cosas vividas, donde pocas veces aparece el ingrediente de la fantasía. Es confrontación a secas con la historia individual, exploración mental subrayada por el paso lento de las horas, evocación de imágenes condenadas a no repetirse, y regreso a la vida que ha dejado de serlo para convertirse en memoria. Hay un dolor peculiar en el insomnio, y es el de sentir cercanas las cosas ausentes, y a la vez el de no poder evadir ciertas experiencias que en ocasiones no deseamos considerar como nuestras. Sin embargo, no todo es padecimiento en la vigilia, y precisamente esto es lo que quiere demostrarnos Lydia Cabrera en su hermoso libro *Itinerarios del Insomnio / Trinidad de Cuba*. En la memoria hay también trascendencia, parece decirnos, y cada viaje nocturno al pasado es una preparación para la muerte, porque la satisfacción de haber vivido nos reconcilia en parte con la terrible perspectiva de dejar de vivir.

En este libro Lydia Cabrera ha pasado del reino de la magia al terreno menos milagroso de la realidad cotidiana, donde los prodigios son poco frecuentes, aunque no imposibles. Aquí no hay dioses africanos que explican y transforman el mundo, pero los perfumes de un patio ayudan a comprender la idea de la eternidad. Las leyendas de duendes y diablillos se han convertido en anécdotas sencillas, sacadas de la propia vida; las fanfarronerías de los brujos han cedido el paso a las debilidades y grandezas de ciertos señores trinitarios; el mundo encantado de lo sobrenatural ha sido sustituido por pasajes autobiográficos, narrados sin aspavientos inútiles, sin efectismos ni trampas. Es como ir de la astrología a la astronomía, de la hechicería a la medicina, del símbolo al objeto. Y para alegría del lector, la sensibilidad y la agudeza de las fábulas negras están presentes de igual manera en este documento humano y conmovedor. La delicadeza y la elegancia, el humor fino y sutil, y la observación penetrante que tanto hemos admirado en sus obras anteriores, aparecen de nuevo con un vigor inesperado: el del sabio que puede hablar de su vida como una lección bien aprendida, como una provechosa enseñanza.

"Itinerarios..." declara desde el comienzo la modestia de su propósito: es sólo el intento de una anciana desvelada por "desenterrar el pasado de las cenizas del olvido, revivirlo por momentos con intensa ilusión de realidad presente", para poder "regresar siempre al alba con algo que ya ignoraba o creía perdido".

Pero hay mucho más en estas páginas: se trata de una de las pocas obras concebidas durante el presente exilio cubano, donde la nostalgia adquiere verdadero carácter de nostalgia, y no resulta una burda imitación de la añoranza; los paisajes descritos son paisajes auténticos, y no mera escenografía; Cuba es Cuba, no un óleo académico plagado de las obligatorias palmas; Trinidad es un pueblo donde la gente vive y respira, sufre y se alegra, y no un decorado lleno de detalles folklóricos para satisfacer la superficialidad del turista; las muchachas que ríen son muchachas que ríen, y no marionetas maquilladas que esbozan muecas desprovistas de vida. Por otro lado, las alusiones políticas están enunciadas con precisión y sobriedad, y no padecen de esa vana retórica que, aunque bien intencionada, a veces debilita los discursos y diatribas que oímos y leemos a diario.

En una época de pomposidad y arrogancia, sorprende la cálida sencillez que emana de este libro, y su prosa limpia y sugestiva es un ejemplo de lo que puede lograrse cuando se utiliza el lenguaje con la intención de comunicar verdades, y no de disfrazar la vacuidad y la banalidad con el adorno de las palabras.

No cabe duda de que los exiliados cubanos tenemos innumerables razones para permanecer desvelados; pero como caso excepcional, -aunque en el fondo deseamos que se mantenga siempre despierta-, Lydia Cabrera se ha ganado entre nosotros el extraño privilegio de poder dormir en paz. ■

CARLOS VICTORIA (Camagüey, 1950) reside en Miami donde trabaja de estilador en un almacén. Ha terminado un libro de cuentos y prepara una novela.

La media vuelta, la vuelta entera

Roberto Valero

"No es lo mismo estar fuera de Cuba, que la conducta que uno se ve obligado a seguir cuando estamos aquí, metidos en el horno. Existen los cubanos que sufren fuera, y los que sufren igualmente, quizás más, estando dentro de la quemazón y la pavorosa inquietud de un destino incierto".

José Lezama Lima. *La Habana*, sep 11 de 1961. Ed. Orígenes, España, 1978

El *Diccionario de la literatura cubana* (Letras Cubanas, Habana, 1980) es una obra tan infame como *Los dispositivos en la flor* "antología de literatura cubana", publicada por Edmundo Desnoes en Estados Unidos (Ediciones Del Norte, 1981). Ambos libros nos muestran el desarrollo del castrismo, no el de la literatura cubana. Tan siniestro es uno como denigrante el otro.

Este supuesto "Diccionario de la literatura cubana" es realmente un diccionario de bajezas y astutas maquinaciones y manipulaciones, una *media vuelta* a la cultura cubana. El mismo peca por omisiones, peca por inclusiones, peca por medias verdades y por mentiras y medias.

Una de las omisiones más burdas e imperdonables es la de Guillermo Cabrera Infante, autor de uno de los libros básicos de la literatura latinoamericana, *Tres tristes tigres*. Para Heberto Padilla fue "una de las novelas más brillantes, ingeniosas y profundamente cubanas que hayan sido escritas alguna vez"; para *The New York Review of Books*: "una de las novelas de mayor ingenio humorístico de la lengua española"; para el diario *Le monde* "un libro comparable con los paseos de Borges por los antiguos barrios de Buenos Aires, pero con la turbulencia sulfúrea del *Satiricón*". Pero el gobierno de Fidel Castro no le puede perdonar a Cabrera Infante su actitud rebelde y anticomunista, ni libros como *Vista del amanecer en el trópico* donde se critican todas las dictaduras cubanas y donde se ridiculiza al mismo Castro, dándole su verdadera dimensión.

Ahora bien, censura y torpeza generalmente marchan unidas, así a Cabrera Infante se le elimina de la lista alfabética del diccionario, pero se le menciona en las notas al pie de la página o en datos circunstanciales. Misterioso caso de un escritor cubano que no figura como tal en el diccionario de literatura cubana y sin embargo se hacen referencias al mismo en algunas de sus notas...

El libro de Desnoes (la vuelta entera) y el diccionario se complementan, no en balde obedecen a iguales jefes. Mientras Desnoes incluye a Calvert Casey, aunque aclara que "después de abandonar la Revolución se suicidó en Roma" (pero no consigna que Haydee Santamaría se suicidó EN CUBA Y EL MISMO 26 DE JULIO DE 1980), el "diccionario" lo elimina, pero aparece, por increíble coincidencia, citado en la misma página 69 (Cabrera Infante diría que por ser éste un número cabalístico)... El "Diccionario de la literatura cubana" al menos por ahora no incluye a Fidel Castro, cosa que sí hace Desnoes en repetidas ocasiones en su "antología literaria"...

Carlos Franqui, autor de un importantísimo libro, *Retrato de familia con Fidel*, brilla también por su ausencia en este supuesto diccionario de literatura cubana... A Reinaldo Arenas se le dedica un breve párrafo, donde se dice que aún tiene inédito un libro de cuentos, *Con los ojos cerrados*. Primero, hay que decir que este libro fue publicado en Uruguay en 1972 (ocho años antes que se publicase el diccionario), segundo se callan la situación espantosa en que vivía Arenas en La Habana donde sufrió todo tipo de marginaciones y hasta prisión, la bibliografía pasiva es casi inexistente, dato curioso cuando ellos mismos destacan que su obra había sido traducida al inglés, francés, italiano, alemán, portugués y holandés. Al lector inteligente debe sorprenderle de que a un autor tan traducido apenas si se le mencione en este diccionario. Claro, Arenas escapó de Cuba en 1980 (entre otras cosas, tal vez, para no ver el "diccionario") y esa fuga el estado castrista no la perdonará nunca.

Sin embargo, con autores insignificantes, pero fieles al sistema castrista, el "diccionario" es extremadamente prolijo. De Otto Fernández, una mediocridad desconocida literariamente, pero muy popular como policía secreto, se llega a decir que "fue condecorado por el gobierno búlgaro con la medalla "Cirilo y Metodio" (I)

En la página 486 se incluye a César Leante de quien el "diccionario" habla muy bien y relaciona

todos sus cargos oficiales "asesor del consejo nacional de cultura, etc."... En 1982 Leante que viajaba precisamente hacia Bulgaria, al frente de una delegación oficial (lo esperaba la medalla "Cirilo y Metodio" ?), aprovechó la escala en el aeropuerto de Madrid y solicitó asilo político... Del escritor Antonio Benítez Rojo se dice que "trabaja como investigador, en el Centro de investigaciones Literarias de la Casa de las Américas", a lo anterior, Edmundo Desnoes añade que "mantiene ese cargo hasta su salida de Cuba, en el verano de 1980". Cualquiera que lea las notas de Desnoes pensará que Benítez Rojo pidió la salida de Cuba para coger un poco de fresco y que lo dejaron en su "carga" hasta que abandonó el país. La realidad es que su esposa hacía diez años que residía en USA y que él, asqueado —como me confesó personalmente— por los crímenes del ejército contra el pueblo en 1980, y tras el suicidio de Haydee Santamaría, pidió asilo político en Europa, donde tuvo que permanecer escondido hasta llegar a los Estados Unidos, pues la policía secreta de Cuba lo perseguía.

De acuerdo con este "diccionario" la bibliografía de Lydia Cabrera termina (y al parecer su vida) en 1959. "Al triunfo de la Revolución se marchó del país", destaca el diccionario como un terrible epitafio, y no se relacionan los importantísimos y numerosos libros que la autora de *El monte* ha publicado desde 1959 hasta la fecha.

Belkis Cuza Malé parece, según el "diccionario" que "desde 1968 trabaja como redactora en *La Gaceta de Cuba*"; resulta simpático destacar que una persona de igual nombre y apellido se encontraba en USA antes que el "diccionario" se editara (1980) donde es editor de una prestigiosa revista, *Linden Lane Magazine*... ¿Alguien aún duda de lo real maravilloso?

Otro caso que si no es mágico por lo menos resulta impresionante es el de el gran novelista Enrique Labrador Ruiz: su biografía termina en 1961 "visitando la URSS y China" y destacan que ha sido traducido al ruso y al checo, pero ni siquiera mencionan que Labrador fue luego censurado en Cuba, que fue vigilado y marginado y que hace años reside exiliado en los Estados Unidos, donde pronto dará a conocer sus memorias.

En la página 275 aparece profusamente un señor (a quien Lezama Lima de una vez y para siempre bautizara en *Paradiso* como "La margarita tibetana") supuestamente llamado Edmundo Desnoes. Digo supuestamente, ya que el mismo "diccionario" corrige este error: además de poner su fecha de nacimiento (2.10.1930) lo cual habrá irritado a Mister Desnoes, el primer renglón es fatídico: "SU NOMBRE COMPLETO ES EDMUNDO PEREZ DESNOES"... Más adelante señala que "comenzó sus estudios en dos universidades newyorquinas, pero (dato macabro) no los concluyó"... Aunque el señor Pérez estaba en el "exilio" (1979) antes que el diccionario fuese publicado no se le ataca. ¿Olvidado?...

Dulce María Loynaz aparece con una biografía discreta y una extensa bibliografía pasiva. Comprobamos como durante los 22 años de comunismo y represión apenas si pudo publicar unas páginas. Los que la conocimos sabemos que mantuvo una posición digna y anticautista.

Otra omisión imperdonable: Gastón Baquero, uno de los más grandes poetas cubanos de este siglo, exiliado en España.

Entre los colaboradores que hicieron posible este diccionario se encontraban Armando Alvarez Bravo, exiliado ya en Madrid. Sus artículos sobre los últimos días de Lezama son un testimonio demoleedor contra el régimen castrista. Otro colaborador: Salvador Bueno (bueno?), a quien nunca le han autorizado viajar a los países capitalistas. También se menciona a Rine Leal (¿leal?), quien deambulaba aterrorizado por las vigiladas calles de La Habana difunta. Si Rine Leal existe y es uno de los personajes de *Tres tristes tigres*, a lo mejor Cabrera Infante no es una ficción. En el prólogo a este diccionario de la infamia, el no menos infame José Antonio Portuondo destaca que "la tarea cultural debe responder al impulso y orientación de la Revolución" (SIC), es decir a las orientaciones de Fidel Castro y sus arrebatos.

Me pregunto qué nos traerá el segundo tomo. ¿Cómo aparecerá José Triana, Antón Arruafit, Virgilio Piñera, Heberto Padilla? ¿Pondrán —y cómo— a Lino Novás Calvo, a Carlos Montenegro, a Carlos Ripoll, a Carlos Alberto Montaner, a Eduardo Manet,

a Nivaria Tejera, a Severo Sarduy, Armando Valladares, Miguel Sales, Juan Arcocha, Hilda Perera? ¿O tendrán que borrar y distorsionar, como hacen en el primer tomo, a la verdadera literatura cubana y a sus autores, casi todos fuera de la Isla y por lo tanto de las infames páginas de este diccionario?

Decíamos al principio que el diccionario pecaba no sólo por omisiones, sino también por inclusiones. La más dolorosa es la de José Lezama Lima. En la página 492 aparecen su foto, muchos datos biográficos y una extensa bibliografía. El diccionario nos da una imagen totalmente falsa de este gigante del barroco. Se dice que viajó a México (1949) y a Jamaica (1950) pero se omite que aunque recibió innumerables invitaciones de las universidades más prestigiosas del mundo, el gobierno castrista NUNCA LO DEJO SALIR DE CUBA. Se omite que fue perseguido, censurado, espiado, interceptado su teléfono por la Seguridad del Estado, que padeció hambre, pero no tuvo ni siquiera las medicinas que su enfermedad reclamaba urgentemente, que apenas si pudo ver las ediciones de sus libros editados fuera de Cuba, que murió sin atención médica, y que la prensa cubana en su sección "¿Qué hay de nuevo?" le dedicó cuatro renglones a su desaparición física... Esa es la verdadera biografía de quien es considerado por muchos críticos el escritor barroco más importante del idioma después de Luis de Góngora y Argote y cuya novela, *Paradiso*, es considerada como la segunda en toda la literatura española.

Le recomiendo al lector honesto, a los intelectuales verdaderos, que investiguen por qué desde 1959 hasta 1976, casi no aparecen títulos de Lezama en Cuba, y su bibliografía pasiva es escasa.

Los que vimos al maestro de nuestra literatura viviendo en el acoso y la miseria "dentro de la quemazón" mientras que las mediocridades oficializadas disfrutaban de autos, viajes, residencias, no podemos perdonar esa infamia. La mayor miseria de este diccionario (tan pródigo de ellas) es el vampirismo que con el cadáver de Lezama el gobierno cubano intenta realizar, mostrándonos a un Lezama que nunca existió.

No podemos aceptar tal versión.

Los artículos de Armando Alvarez Bravo, Heberto Padilla y Reinaldo Arenas van abriendo las sendas que nos permitirán aproximarnos al Lezama real, el Lezama que le escribe a su hermana y le cuenta que se baña con un jarrito, que no recibe sus cartas, que "vive metido en el horno".

En el primer número de "Linden Lane Magazine", Heberto Padilla cuenta el día que un subteniente (a quien el Maestro llamaba irónicamente alférez) en visita policial le muestra (y sintoniza) una grabadora a Lezama —en presencia de Padilla— de la que surgió la voz del mismo Lezama haciendo comentarios "comprometedores" —comprometedores cuando se vive en una sociedad que ha implantado el terror hasta en los más mínimos detalles—. Entonces Lezama, sin mirar a la cara del "alférez", le dice: "Un día las conversaciones de sobremesa, y hasta el espasmo de los amantes, se convertirán en figura de delito político"... La profecía no tardó en hacerse tristemente cierta. En 1980 Cuba atravesó el momento más doloroso de su historia; los acontecimientos en la Embajada del Perú en La Habana, y el Mariel desataron toda la irritación y el odio de los alféreces; todo se convirtió en delito político. Tuvimos que ver hombres colgados de los puentes, niños apaleados en las calles de La Habana, mujeres y viejos mordidos por los perros azuzados por las tropas militares. Todo un pueblo, perseguido, insultado y golpeado, pero con *La Isla en Peso** dentro de su corazón lanzándose al mar.

¡No!, infame "Diccionario de la literatura cubana", Lezama Lima también se escapó por el Mariel, porque él lo dijo: "El hombre es un ser imprevisible". Y está aquí, junto a nosotros. ■

Washington, D.C. Febrero, 1983.

**La Isla en Peso*, título de un largo poema de Virgilio Piñera: una de sus obras más poderosas, que se publicará en el próximo número de *Mariel*.

ROBERTO VALERO (Matanzas, 1955) llegó a Estados Unidos por Mariel en 1980. Fue uno de los 10,800 cubanos asilados en la Embajada del Perú en La Habana. Es profesor y estudiante en la Universidad de Georgetown, en Washington.

El Central. Una aspiración suicida

Juan Abreu

A pesar de que Fray Servando (es decir, Reinaldo Arenas) al final de su novela *El Mundo Alucinante*, nos dice que la carrera de su vida, sus padecimientos y aventuras, concluyen en un retorno por el corral, por la arboleda de la infancia, esto no significa un triunfo como podría conjeturarse; por el contrario, es el descubrimiento que el autor hace, de que las cosas más puras y verdaderas, la infancia, la imaginación, no son más que otras formas de la humillación, la estafa, el sinsentido y la miseria de la vida, y por lo tanto, otras formas de la muerte. Este descubrimiento, que podría significar la negación de una de las fuentes en las que se nutre la obra de Arenas, paradójicamente, nos inaugura un nuevo cauce por el que fluye su obra posterior, el del horror. Ya no hay regreso hacia la única pureza posible, la pérdida, la inventada; sólo nos queda sentirnos, respirar, alimentarnos, engullir esta vida que nos traiciona y estafa y exponer su imagen tácitamente desmentida, cobardemente disfrazada y negada por un mundo que es como siempre ha sido, como único puede ser: espantoso. Horror, decíamos, que unido a una obstinación sin límites y a una oscura conciencia de que se está asumiendo la única postura posible, encuentra, en la negación de los valores tradicionales del hombre, en una aspiración suicida por su verdad, su fuente de inspiración y anhelo. De allí surge *El Central*, que forma parte natural de una trilogía (*Morir en Junio* y *con la Lengua Afuera* y *Mi Amante el Mar*, son los otros dos títulos que la componen) que constituye el más fiel espejo poético (verdadero) de la realidad cubana.

Concebido en un lenguaje que no se encasilla en ninguna de las formas establecidas (las "innovaciones" también ya están establecidas) para la poesía o para la prosa, *El Central* se despliega ante nuestros ojos como la única manera de concebir un poema para Arenas, porque a él, poeta verdadero al fin y al cabo, le basta con hablar. Su voz es su lenguaje y su manera de expresión artística. El no es un escritor (afortunadamente); esto nos llena de felicidad, y lo salva.

Por fin, la voz de un poeta, no la de un profesional de las palabras, que son cosas muy distintas, en el panorama bien escrito y monótono de la más reciente literatura hispanoamericana.

Todo horror, por suerte para nosotros, tiene su cronista, Soljenitsin es un ejemplo, al que el mundo como de costumbre no ha hecho ningún caso. Como dijera el mismo Soljenitsin, "cuanto más noble y honrado es un hombre, tanto más sus compatriotas se comportan con él como canallas"... Y ya sabemos que los hombres libres tienen una sola patria, el mundo. Pero, a pesar de las históricamente repetidas canalladas, comprobamos, con la lectura de este poema, que todavía, a pesar de los múltiples y renovados esfuerzos por convertir la literatura y el arte en general en la mercancía de los ambiciosos, o en las loas a los asesinos, a pesar de que cada día lo consiguen en mayor grado, a veces, cada vez más raras, un poeta se levanta aún para gritarles a los hocicos a los señores de ambos bandos, que la única fortuna, la única patria para ellos, son las hojas en blanco. El espanto y la dicha más antigua del hombre, la del acto de crear, prevaleciendo. Y el producto del trabajo de un hombre solo, un creador, en su enfrentamiento (en el caso del autor de *El Central*) con sus opresores, el producto nacido en uno de los sitios más honrosos de la Cuba de hoy, un campo de trabajo forzado, no podía ser más que de primera magnitud. Porque estamos seguros de que el sitio donde se ataca definitivamente al hombre en su misma esencia, es el único lugar posible para su más genuina expresión. Por eso, este poema es, entre otras cosas, una glorificación de lo único que le queda a los cubanos, el ciego deseo de continuar vivos. Y un canto a la adolescencia. Porque los poemas no son más que ansias de juventud. Y desde ningún lugar mejor que desde una cárcel se añora esa juventud, que es también, la libertad. Y son también una respuesta al resentimiento universal del esclavista, de los que nunca han estado vivos, de los que nunca han sido niños, de los que jamás han sido jóvenes, de la miseria en sus más disímiles manifestaciones, ante la belleza. Una respuesta al resentimiento y al odio profundo y programado (en el caso cubano) contra la adolescencia, y al profundo culto de los modernos sistemas esclavistas a la

figura del gran macho, atento, vigilante, pavoneándose blindado ante la manada sumisa, callada y hambrienta.

En este poema fundamental para la poesía cubana (y para la poesía), el dolor, la estafa y la esclavitud a que ha sido sometido todo un pueblo, confluyen, conminados por la noche, por el olor de las flores, por la caricia de la brisa; y en estos atributos innumbrables, invencibles, de la naturaleza, halla *El Central* su armonía, que se eleva y desciende como la corriente de un río, como el cuerpo de un oleaje, como el brotar de la hierba de la tierra entreabierta y húmeda. En la ausencia de los consuelos, en la negación de los dioses y de la esperanza, el ritmo (nuestro dios) de los árboles, del aire, del cielo, de los cuerpos torturados y humillados, es el sitio en el que encuentra el poeta el lugar preciso para su mensaje, su lamentación, y su canto. Cantar, revolcarse sobre la tierra misteriosa. Esos son los actos inmortales, insondables, que sustentan y dan profundidad y realidad rara a este poema. Porque los poemas no se hacen, nunca se han hecho con palabras, nunca se han hecho con ideas, conceptos o planteamientos sabihondos, se han alcanzado siempre con el dolor de un hombre, desde el mismo centro de su soledad y su desnudez, con su desolación y su estallido. Por sobre los tarados, los parásitos del arte y los profesores, que envilecen constante y sistemáticamente la misteriosa magia del horror asumido. Y naturalmente, también se han hecho con su inocencia y proverbial ingenuidad. Y con su rebeldía. La santa rebeldía del hombre, por sobre la cobardía de tantos, por sobre la indiferencia y la aquiescencia de tantos, salvándonos. Más allá de dios que nos abandona, que

siempre nos ha abandonado, se alza el desafío de la poesía, la provocación de la poesía, como la única solución que nos ha dejado el horror: cantarlo. Y no hay nada nuevo en esto. El que hace tantos siglos nos acosa, el que han intentado vanamente disfrazar de mil maneras, ése, que hemos sufrido siempre inalterablemente, es el mismo horror; no hay diferencias básicas entre el que conocieron los indios cubanos, los negros esclavos y el que padecen nuestros jóvenes que marchan bajo el sol implacable voceando consignas estúpidas. No es otro, no nos dejemos engañar, ése, no es más que el mismo horror. Inmortal y humano. El nuestro, y nos encargamos permanentemente de cultivarlo.

Dos cosas (entre otras) nos brinda este poema; la primera, una sorpresa, la de constatar que el autor se ha conservado fiel, que no se ha convertido en el lamentable producto de su formación, de su cultura (es decir, en otro) que se mantiene vivo en medio de los esquemas y el anquilosamiento que toda cultura presupone. La segunda, una oportunidad de agradecimiento; porque esta obra, además de responder a una realidad (la del autor) tiene el privilegio de ser algo absolutamente imprescindible. ¿Qué quedaría de la realidad cubana, distorsionada a diario, tergiversada a diario, sin éste poema, sin los otros que andan por ahí, que se escriben, que se escribirán? No quedaría nada. Así que además del mérito que emana de su excelencia artística, *El Central*, tiene asimismo el que le confiere su participación en la verdad, en el enriquecimiento de la realidad cubana (siniestramente empobrecida) y su contribución a la libertad de cada uno de nosotros. Porque en el acto de crear se asume una extraña soberanía que se pone al alcance de todos, y que reviste una importancia deslumbrante en un país esclavizado como Cuba.

Hay algo tremendamente doloroso en este poema que es una burla cruel y profunda de la naturaleza del hombre, de su sinsentido y al mismo tiempo una defensa incuestionable de su capacidad para la inocencia. Porque el acto de crear no es al fin y al cabo más que un acto de inocencia. Porque el arte jamás ha salvado a nadie, ni lo salvará. Y el autor lo sabe y lo promulga de la manera más clara. Sin embargo, no puede sustraerse a la atracción misteriosa de la hojas en blanco, no puede sustraerse a la llamada, que le da, aunque lo niegue, sentido a su existencia.

Hace poco, leíamos el artículo de un escritor, también cubano, recientemente exiliado, en el que afirmaba que... "no hay que exagerar la importancia de la literatura" (o algo así). Hay algo tan profundamente tonto en esta apreciación, si entendemos literatura como creación, que no vale la pena comentarlo. Pero nos sirve para destacar la trascendencia y el valor del poema de Reinaldo Arenas. En él, se salva o se pierde, falseado por la historia, la esencia verdadera, el latido y el furor de toda una época en la vida de millones de hombres, y en él exclusivamente, y en las voces de los creadores, vida, siglos de vida y muerte encuentran un sentido, una coherencia histórica y espiritual. Pues sólo en su arte el hombre se supera, se encuentra, y crece.

En obras como *El Central* se salvaguarda la historia (esa cosa horrible) y se deja constancia de la realidad en forma general, auténtica y profunda. Porque ya se sabe que en lo individual radica lo múltiple. Y el testimonio honesto del sufrimiento y la desolación de un hombre son el espejo en el que veremos, claramente, el alma de su época.

Ya podrán decir de ahora en adelante lo que quieran los tergiversadores de siempre, los asalariados de las palabras de siempre pretendiendo negar la realidad. Desde los campos de Cuba, en este excelente poema, el clamor de millones de niños esclavizados acallará sus chillidos lastimosos. Y esos jóvenes, u otros, que serán los mismos, algún día, han de ajustarles cuentas. ■

Miami
Octubre 1982

JUAN ABREU (La Habana, 1952) escritor y pintor. Ha terminado un libro de cuentos y actualmente trabaja en una novela. Como pintor ha expuesto en Miami y Nueva York.

Las hojas al caer

Nicolas Abreu

I

Hoy he trabajado como una bestia.
Y no se desde aquí, desde este cuarto si afuera llueve,
o si descansan en paz bajo la noche todas las estrellas.
En estos momentos en que obviamos hasta nuestro propio

gesto, estamos vivos.
Y nada bueno pienso puede enternecernos.
Desde hace miles de años busco la felicidad.
Y la felicidad es algo imperceptible.
Es mi confusión.
Es algo ajeno al conocimiento humano, algo apartado

de la vida.
Algo con lo que no podemos contar
Y sólo al recordar creemos reconocerla, pero la percibimos
como algo muerto, borroso.
Me acerco a la ventana.
Recuerdo esa sensibilidad con que otras veces he contemplado la tarde.

En esta voy vacío.
Necesito de la voz y del quejido, de ese poder con que amamos
y logramos continuar.
Estoy encerrado y la luz sigue su paso,
y alguna que otra nube se irá transformando hasta lo eterno.

Y ni en el silencio la paz logra hallar su forma.
Y me siento como soy, enloquecido.
Me lanzo al mundo, ruedo enfurecido, arrasando.
Festejando que aún estoy vivo.
Festejando que aún creo que estoy vivo.
Festejando todo lo que logré olvidar por un instante.
Festejando mi voz, la muerte y el fracaso,
la ausencia constante de todo lo que amamos.
¿Qué hay en mi voz enardecida?
¿Qué hay más allá de esta incapacidad, de este estúpido

enfrentamiento inquietante?
¿Qué hay más allá imbecil
acaso algo más imbecil?
Acaso un resplandor insospechable.
O acaso aquel árbol que un día vi crecer inútilmente.
Allí estás tu cargando con mi pena,
Allí estás tu que no has sabido llegar.
Estoy yo esperando.
Y nada podemos compartir.
Todo es precoz, todo es amor.
Amor es esta furia con que aún hoy resisto.

VII

De modo que hoy aún exito.
Algo malvado se arrastra por mi cuerpo,
fuera de mi solo el silencio y el murmullo
fuera de mi todo eso eterno de la vida que no me pertenece
fuera de mi toda esa locura del mundo feroz y eternizante
ese asco inmortal que el hombre arrastra.
Algo nos define
y nuestra salvación no está en nosotros.
Por eso huyo
huyo lejos de esta explosión inacabable y me hundo en un sueño
donde otros condenan, donde otros se ocupan de la vida.

Aquí me es hasta maravilloso sentir como me humillan
mientras la humanidad se pierde confundida.
La miseria humana, una enfermedad que se propaga constantemente
y que todos ignoran.

Dos caminos sólo para el hombre en el mundo: la miseria o lo eterno.
Y sólo fuera de nosotros llegaremos a ser,
nada tendrá ningún valor mientras podamos destruirlo,
necesito esa paz donde esté en todo y nada llegue hasta mí.

Huir, huir hasta la incomunicación total y dejar que los otros se deshagan pensando que es maravillosa esta existencia.
Huir de todo, hasta donde sintamos que nada puede seguirnos,
que la luz, el alarido y la voz se pulvericen, que nada poseamos,
entonces, tal vez, sepamos algo de nosotros.

NICOLAS ABREU (La Habana, 1954) llegó a Estados Unidos por Mariel en 1980. Reside en California. Estos poemas forman parte de su libro *Las hojas al caer*. Fue uno de los 10,800 cubanos asilados en la Embajada del Perú.

VIII

Nunca volverá ese mismo verdor sobre las hojas.
Es la vida que corre.
Es este espesor que me comprime.
Ese estremecerse de la noche.
Eso distante que nos mata y no alcanzamos.
Todo esto donde no hemos encontrado nada sobrehumano...

Y todos creen reconocer esa sonrisa.
Este es todo el poder de la vida.
Este rostro al que he sido sometido.
Es esta mezcla de egoísmo, acoso y barbarie.
Es este regir del entumecimiento, del reto,
y de una felicidad hecha a desgarrar.
Aunque la vida corra y nos arrastre, sabemos escoger.
Sabemos escapar de la asfixia total
ante el embrutecimiento que se extiende.
Y amamos o creemos amar.

Y si esto es amor siento asombro ante la felicidad
con que ese árbol se ensancha
justo frente a la ventana de mi cuarto.
Siento asombro al escapar y reconocer la ansiedad
de la naturaleza por propagarse, por huir de esa infección
indetenible que la va acorralando.

Hay un sufrimiento imperceptible
en todo lo que nos rodea por vivir en paz bajo la luz.
Y qué hago yo que quiero estallar formando parte aún
de los que destruyen.
Es acaso también eso el amor.
Por qué justifico esta vida sin saber siquiera si vivimos
Es la vida que corre y nosotros que nos vamos.
Lo distinguiré en mí mismo. No me veo en mí mismo.
Amar esta vida?

¿Por qué amarla?
Cuando nada puede demostrarnos algo.
Cuando en el silencio más abrumador sólo
conseguimos enloquecer.
Es entonces que sentimos algo de felicidad
y no la percibimos como un acto humano.
Es crueldad todo en nosotros. Y es una prueba este mundo

que creemos llevar hacia delante.
No estoy avergonzado.
Amo la vida porque no voy en ella.
Y se que en todo ese olor que riega a su paso
hay un verdor que lleva mi reflejo.
Y aunque nada sepamos y nada comprendamos
lo importante es creer.
Y aunque crea que es innecesaria la existencia, amo todo eso

que he hecho con mi cuerpo.
No hay razón de juzgar y condenar.
Somos incapaces y la vida no cuenta en su acto con nosotros.
Amo ese ritmo humano ya desorientado,
ese frescor de la caricia cuando somos consolados.
Amo ese venir y suceder.

Amo porque no se si más tarde ya no podrá.
Y afuera ese árbol hoy goza de la lluvia
mientras yo padezco este cansancio.
Es acaso la vida este cansancio que se va prolongando.
Y este que ya nunca podrá reconocerte, aún piensa en ti
ve tu piel suave pasar sobre su cuerpo y nada la perturba

y nada en la tierra puede destruirlo.
Acaba conmigo y si es preciso ódiame, yo se que nada ignoramos
y que si no hemos sabido establecernos es nuestra culpa.

Pero no te lleves esa imagen que un día supo ser.
No desates tu locura en ese cuerpo que sólo ha sido cariño
y dulzura.

Se que el terror imperará a pesar de mis esfuerzos.
Afuera la vida goza de la lluvia que en nada nos comprende,
y se que volverá y ya no estaremos.

La muerte es la única esperanza que nos queda.
Pero hoy lucha contra mí, acepta el reto de mis manos con las
que busco la manera de asfixiarte.
Te invito al egoísmo y a la desolación.
Cae, sobre mí como esas hojas que ya no saben que hacer.



ARTURO RODRIGUEZ, *Madhouse Study*, óleo sobre tela, 1981.

De mis recuerdos Alexandra Exter

Lydia Cabrera

Cuando el presente no nos gusta, y es cierto hablando objetivamente que no es muy brillante el que nos ha tocado en suerte, lo aconsejable es refugiarse en el pasado, recordar lo grato que se ha vivido. Así me encuentro con mucha frecuencia en La Habana de mi infancia y de mi adolescencia y en el París de mi juventud.

Allá en París me halló muy a menudo en el pintoresco pueblecito de Fontenay aux Roses, donde vivía Alexandra Exter, no lejos de Fernand Leger.

Alexandra Exter, exactamente Alexandra Alexandrovna Exter (née Grigorovich), no creo que muchos cubanos conozcan su obra, ni siquiera algunos que peinan canas, su relación con Amelia Peláez, porque Amelia era tan reservada que nunca habló de ella.

Esta gran artista rusa de la que dijo André Boll que era "de una gran fuerza de imaginación y armonía", una creadora de originalidad insuperable, fue también una educadora, una maestra en extremo generosa y una amiga ejemplar.

¿Cómo supe de la existencia de Alexandra Exter? ¿Cómo la conocí?

No lo recuerdo exactamente. Quizá mi interés por ella surgió de alguna lectura sobre el movimiento a que ella dió origen en el teatro ruso, de mi deseo de conocer de buena fuente el arte de vanguardia que inquietaba, atraía y entusiasmaba a la que había sido por corto tiempo discípula del realista Romañach.

Lo cierto es que un día, antes que en Fontenay, no sé en qué barrio, toqué a la puerta de su atelier.

Exter era una mujer gruesa, alta, imponente podemos decir, pero con una expresión de bondad y de una sencillez que nos hacía quererla de inmediato.

En aquella ocasión fui sola a verla. Exter estaba a punto de mudarse. La segunda vez, ya ella en Fontenay aux Roses, sería por el 1928, llevé conmigo para solicitar su dirección, a Amelia Peláez, que en el año anterior, durante mi breve estancia en La Habana y a petición mía, había sido becada por el Presidente Gerardo Machado.

En esa fecha comenzó una amistad muy estrecha entre Exter y yo. La pobre pretendía hacer de mí una pintora y le molestaban mis continuas infidelidades a la pintura hasta que colgué definitivamente la paleta, sin que la consolara la dedicación y tenacidad ejemplar de Amelia, que no dejaba de trabajar un solo día.

Durante mucho tiempo íbamos con frecuencia al atelier de Exter, que como recuerda Simón Lissim, rodeada habitualmente de amigos y discípulos, nunca interrumpía su labor.

George Exter (Georgick) su marido que la adoraba, antiguo actor moscovita, era bueno, acogedor, simpático y generoso, le hacía a todos agradable la estancia en su casa.

En la Embajada de Italia, instalada en el antiguo y bellissimo hotel del Príncipe Tayllerañ conoció a muchos rusos blancos realmente encantadores que me sorprendían porque al contrario de lo que se creía, eran progresistas.

Los Embajadores de Italia eran los Condes de Manzoni. La Condesa, Silvia Alfonso y Aldama, muy querida de mis padres, era nieta de Don Miguel Aldama y Alfonso, el patriota ejemplar que sacrificó su inmensa fortuna (25 millones de dólares) a la causa independentista. Los Condes habían representado a Italia en tiempos del Czar y conservaban sus amistades de San Petersburgo, las que habían podido huir del infierno bolchevique y refugiarse en París.

Más tarde en casa de Exter conocí algunos rusos rojos (del Soviet) que pasaban por París e iban a verla siempre acompañados de alguien que debía escuchar todas las conversaciones. Si este se distraía un instante el visitante murmuraba a su oído: "ne rentrez pas", o "C'est affreux chez nous". Era muy divertido oírles hablar a los soviéticos. Les encantaban los autos y las cámaras fotográficas. Les llamaban "oto" y "photo".

Alexandra Exter no hizo como otros rusos declaraciones públicas contra el Soviet y el Soviet que de otros se vengó, no la molestaba. Otros rusos que habían tenido la suerte de huir como ella, se morían de miedo cuando tenían que ir a su Em-



Lydia Cabrera. Foto de Marcia Morgado.

bajada, provista de puertas secretas de las que algunos no volvían a salir más. Recuerdo que muchos de estos casos desgraciados se comentaban en secreto. Quizá si yo no hubiera sabido lo que era el bienaventurado comunismo hubiera caído, como la mayoría de los cubanos, en la trampa fidelista. Fue tal la antipatía que me producían aquellas historias de crueldad y de barbarie, el terror de tantos infelices, que al enterarme que un tío del Czar estaba en París y que existía un grupo que intentaba luchar por la liberación de Rusia, quise trabajar con ellos. De lo que me disuadió espantada una amiga, Antonia Mercé, la Argentina, la genial bailarina española.

He recordado muchas veces durante la tragedia de Cuba, -que no me tomó de sorpresa- cuanto le oía contar a Alejandra y a Georgick. Con su acento ruso, en francés solían decirme: "L'Amérique Latine les interesse beaucoup". ¡Y esto en el 1933!

Muchos años después supe que los aparatos comunistas trabajaban organizadamente en mi desgraciada isla desde el 1928.

Pero volvamos a Alexandra Exter y a su arte. Contaba Alejandra veintiseis años en 1908 cuando fue a estudiar a París y permaneció seis en la "Ville Lumière".

Allí se formó con artistas como Braque, Picasso,

"Los que hemos querido y han muerto nos acompañan invisibles"

Marinetti y otros. Pero su verdadera vocación era el teatro y explorando las posibilidades de construir un escenario en tres dimensiones básicamente, descubre también, como escriben sus biógrafos y críticos, una nueva relación entre actores que ataviados con trajes abstractos han de moverse en armonía con las formas del escenario.

En Moscú, el 1914, se hablaba de la guerra como algo inevitable; corrían rumores cada vez más inquietantes y no obstante Alejandro Tairov y Alicia Kooner fundan el teatro Kamerny. Era el gran sueño de Tairov revivir el teatro del pasado para un público exclusivamente de intelectuales. Esto ocurre en la misma fecha en que Alexandra vuelve a su país y se encuentra con Tairov: el formalista y la vanguardista compartían el mismo anhelo y sus conceptos eran semejantes. Fue así que en el poco tiempo que procedió a la revolución, el movimiento moderno que representa el constructivismo será de enormes consecuencias. Con las palabras de Oenslager "el espacio era arquitectura basada en forma no en función". El 1916, en el Kamerny tiene lugar la colaboración de Tairov y Exter: "Famira Kifared" de Annesky, pieza en la que adoptaba la escenografía de Exter lo que en su concepto esta debía ser: "una mezcla de emociones, de palabras, de música y baile".

Las producciones revolucionarias en el arte teatral de Tairov y Alexandra Exter continuaron hasta el 1920, pero al Kremlin no le agradó el estreno de "Romeo y Julieta"... A fines de 1923, felizmente Alejandra abandona Rusia. Me contaba que llegó a Venecia sin un centavo, sólo con un abrigo de zibelina, pero se sintió la mujer más feliz del mundo. ¡Era libre! ¡Libre!

Ya no corría el peligro de que la llevaran a fusilar por equivocación como ya había estado tres veces a punto de suceder. Instalada en París Alexandra continuó pintando, investigando infatigablemente y enseñando.

L'Avant Garde en el campo teatral parisiense, con sus escenarios tradicionalistas no atraía al público, que paradójicamente se interesaba en la pintura abstracta.

Desde luego Rusia ha silenciado el nombre de la que fue una gran innovadora, una figura de primer orden de la escenografía teatral moderna.

Llegó el momento en que nos pareció oportuno que Amelia expusiese sus cuadros. Había caído el Presidente Machado y cesado su beca. La economía andaba muy mal, era poco el dinero que me llegaba de Cuba, pero recibí el producto de la venta del coche de mi madre fallecida en agosto de 1932. Las galerías cobraban caro, una suma superior a la que yo poseía. La Galería Zak tan bien situada, era propiedad de una señora gruesa, cincuentona -no era francesa- y se nos ocurrió a Alejandra y a mí elegirla por una supuesta generosidad de su parte. En hacerle la corte nos ayudó con su "spirit" mi amigo inolvidable Francis de Miomandre. La invitamos a tomar café. Tan bien la camelamos que rebajó notablemente el alquiler de su local aceptando la suma que yo había recibido a cuenta de mi herencia.

Alexandra, tan exigente en la composición, corrigió todas las faltas que halló en los cuadros de Amelia. Amelia era una gran colorista pero nunca tuvo el sentido de la composición.

Yo me ocupé de repartir las invitaciones, preferentemente al Cuerpo Diplomático y la verdad es que no quedó un solo norteamericano de la Embajada y del Consulado que no asistiera al "vernissage".

León Fargue nos honró con su presencia. Estaba muy acatarrado, y me hizo reír asegurándome que si pudiera embotellar y vender lo que tenía en la nariz y en el pecho hubiera sido rico el resto de su vida. Recordó la poesía que le inspiró una compatriota mía, muy amiga de mi familia a la que no pudo ofrecerle ni el "sou" de dote que ella le hubiera exigido "por principio"; que gran poeta era y que hombre simpático y humorista.

Fargue escribió una cuartilla sobre la "mediunidad" que reflejaban las telas de Amelia. También el crítico más leído entonces en París, Firens, publicó un artículo sobre ella en "Nouvelles Littéraires" y desde luego también Miomandre.



Foto de Marcia Morgado.

Precedida de una aureola triunfal Amelia regresó a Cuba. Yo permanecí en París hasta que la guerra, el miedo, me hizo volver... ¡ojalá me hubiese quedado! ¡Cómo había cambiado Cuba! Era otro país. La caída del Presidente Machado, el hombre que soñó convertirla en un país industrializado, económicamente libre, marca también en esta baja de valores morales.

"L'Amérique latine les interesse beaucoup!" Recordamos siempre la frase de Alexandra Exter.

De esta gran persona no tuve noticias durante la guerra. Cuando regresé a París, hallé una mujer triste y enferma que había perdido a su compañero, que había sufrido otra guerra y que no deseaba vivir. La risueña y acogedora casita de Fontenay aux Roses no existía. Había enterrado a Georgick en el cementerio de Fontenay en una tumba que ella había esculpido en mármol y en la que estaba segura que pronto le haría compañía. ¡Pobre Dutchka! Murió en 1949. Mi sobrino Carlos Ortiz Cabrera que nunca dejó de visitarla, me comunicó la triste noticia.

Los que hemos querido y han muerto nos acompañan invisibles. No nos permiten andar solos por la vida y nos consuelan cuando ésta nos juega alguna mala pasada.

De cuanto perdí en Cuba una de las cosas que más lamento son las cartas innumerables de Alexandra Exter en las que me hacía partícipe de todos sus pensamientos y emociones, me daba cuenta del movimiento artístico y literario, me enseñaba, y como en los días felices de mi vida en París, me aconsejaba. ■

LYDIA CABRERA (La Habana, Calzada de Galiano N° 79, Cuba 1900) poeta y escritora, autora de libros fundamentales para el conocimiento del folklore y la idiosincrasia del pueblo cubano. Entre sus obras más importantes están: *Cuentos Negros de Cuba*, *El Monte*, *Refranes de Negros Viejos*, *La Sociedad Secreta Abakuá*, *Itinerarios del Insomnio*. Trinidad de Cuba; próximamente publicará sus *Cuentos para Adultos*, *Niños* y *Retrasados mentales*.

EXPERIENCIAS

En esta sección recogemos crónicas, memorias o materiales autobiográficos que revelen hechos notables de la vida diaria cubana o de los cubanos en cualquier época, pero preferiblemente vivencias sufridas bajo la dominación de Fidel Castro o experiencias que esclarezcan la evolución de nuestra cultura. Los materiales no tendrán que ser forzadamente obras de escritores profesionales. Exortamos a nuestros lectores a escribirnos y a enviarnos sus testimonios. Nos reservamos el derecho a editar dichos materiales de acuerdo a la opinión de los editores de **MARIEL**.(1)

(1) Rogamos a las personas que se sientan movidas a colaborar en esta sección que acompañen sus textos con un sobre franqueado, su nombre y su dirección, para devolverles los originales en caso de que no sean utilizados por la revista.

Mariel en tres mentes

Reinaldo García Ramos

El fenómeno Mariel, como desclonó intempestiva de un gobernante absolutista, es algo que se resiste a entrar dentro de los patrones con los cuales piensan y analizan casi todas las personas acostumbradas a que los acontecimientos tengan consecuencias lógicas y orígenes determinados. Esto se puede apreciar con facilidad al examinar someramente el desconcierto de los pocos estadistas que en su momento se vieron obligados a enfrentarse al asunto: ninguna de las pocas cosas que se atrevieron a decir en público prueba que en algún momento de su pasado habían podido imaginar algo parecido. Los asesores del presidente Jimmy Carter fueron los primeros en ser víctimas de la incoherencia del éxodo y de la malignidad con que se había concebido. Después vinieron los reporteros, afanados en llamar la atención o entretener a sus lectores. Y finalmente, los especialistas más o menos automáticos, esos individuos que sobreviven en los medios universitarios, informativos e intelectuales en general al lado de figuras creadoras, pero que a diferencia de éstas no esclarecen ni enriquecen, sino que escriben infinito número de páginas sobre asuntos que desconocen e interpretan de modo inexacto, o —en muchos casos— del modo más tendencioso que se pueda concebir.

Desde que llegué a Estados Unidos he leído montones de estupideces sobre muchas cosas, pero hay que reconocer que el tema sobre el que mayores tonterías he leído es el de Mariel. Concretamente, el tema de cómo son esas "raras" personas que —junto conmigo— vinieron por el puente Mariel-Key West. Infinidad de textos se han impreso en todas partes que dan de los refugiados una visión superficial, simplista y casi siempre prejuiciada. Sin embargo, parece que con el tiempo el panorama va evolucionando, y que una vez extinguidos los deslumbrantes fuegos artificiales que la propaganda procastrista desplegó al principio, la realidad pura y simple, sin exageraciones ni endulzamientos, va poco a poco saliendo a la luz.

Para ejemplificar esto, examinaré brevemente tres artículos de distinto calibre e intención, aparecidos en publicaciones periódicas norteamericanas en el último año.

Por supuesto, para demostrar una mejoría hay que empezar por lo peor. Y lo peor es en este caso el material que encontramos en dos números de la revista **Areíto**, y concretamente el artículo que la señorita Marifeli Pérez-Stable se sintió en el deber de consagrar a los escritores y artistas llegados por Mariel. Me refiero a "El CILC y la generación de Mariel", publicado en el número 29 (1981) de **Areíto**. Ella se esfuerza en escribir generación entre comillas; yo por supuesto, no lo haré.

A reserva de que en algún momento futuro me adentre en un análisis detenido de la mentalidad que da lugar a **Areíto**, a la Brigada "Antonio Maceo" y a otros fenómenos colaterales, el hecho de que un miembro del Consejo de Dirección de esa revista se haya puesto a hablar sobre el tema Mariel me obliga a señalar desde ahora algunas limitaciones de su enfoque.

Primer: Identificar al CILC con Mariel es un craso error, que demuestra poca capacidad para los matices y mucha, en cambio, para las apreciaciones sumarias y burdamente condenatorias. La generación de Mariel no tiene nada que ver con el CILC orgánicamente, aunque nuestros intereses como artistas caigan por momentos dentro de la gama de demandas que el CILC abarca. El CILC es una agrupación de intelectuales cubanos en general, de todas las generaciones y de todas las ramas, que se han fijado como objetivo común la denuncia del castrismo en muchas de sus manifestaciones. Los escritores y artistas que integramos la generación Mariel tenemos entre nuestras obsesiones creativas la denuncia del castrismo, pero ésa no es la única obsesión, y además esa denuncia vendrá dada principalmente a través de nuestras obras de artistas, no de manera exclusiva a través de actividades socio-culturales o políticas.

Segundo: Se pretende que el presidente Ronald Reagan y sus ideas alimentan oscuramente el significado histórico de Mariel. Para empezar, Mariel fue posible precisamente porque Reagan no estaba en el poder. La señorita Pérez-Stable habla como si Reagan hubiese echado a perder con su política el "diálogo" de Fidel Castro con algunos exiliados cubanos. A nadie engaña ese sofisma: Mariel (y el

cese del "diálogo") fue una decisión tomada por el gobierno cubano para intentar poner remedio a su propia situación explosiva interior (¿no sabe la señorita que a fines del 79 ya aparecían carteles y proclamas anticastristas en las calles del Vedado?) Esa decisión de sacar del país a los elementos opositores o potencialmente conflictivos fue tomada en La Habana precisamente antes de que Reagan pudiera llegar al poder, pues se sabía que la "línea dura" del nuevo gobierno norteamericano no permitiría un desafío castrista tan desfachato como lo fue Mariel. El "diálogo" —otro fenómeno que habrá que examinar en el futuro inmediato— no se echó a perder porque el Perú y Mariel sucedieran, sino al revés: Perú y Mariel sucedieron porque el "diálogo" se le había echado a perder a Fidel Castro. Lo que el gobierno cubano quería al entrar a "dialogar" (presionar a Carter y obtener dólares, capitalizar la nostalgia) provocó en el interior de la isla una situación insostenible, cuando los viajes de los exiliados acabaron por minar los últimos basamentos morales en que podía sustentarse el régimen de privaciones al que es sometido el pueblo cubano.

Que yo sepa, ningún miembro de la generación de Mariel ha hecho ninguna declaración apoyando punto por punto las decisiones del gobierno de Reagan (una de las cuales se refiere a mantener pendiente nuestro estatus), y aunque así hubiese sido, se trataría de una toma de posición personal.

Tercero: La señorita Pérez-Stable dice que nosotros no tenemos existencia real ahora, ni "credibilidad", porque en Cuba nunca ha existido nada parecido a un **samizdat**, un movimiento de literatura clandestina. Aquí la señorita llega en verdad al colmo. Oculta que muchos de los jóvenes escritores que vinieron por Mariel fueron a la cárcel precisamente por intentar dar a conocer un simple manuscrito literario o sacarlo del país. Oculta que al sistema de vigilancia casera implantado por los Comités y la Seguridad del Estado, un sistema mucho más entrometido y vulgar que el soviético, le llama la atención no sólo cualquier cosa que pudiera parecerse remotamente a una red de impresión y distribución de literatura, sino sencillamente una máquina de escribir que suene con demasiada insistencia. Oculta que el papel y los escasos instrumentos de reproducción están controlados por los organismos oficiales. Oculta, por último, y esto es lo peor, que si bien no existe un **samizdat** como se lo enseñaron a ella en algún aula, sí existe una red de activistas fervientes y efectivos que sacan de las prisiones y campos de trabajo forzado lo que escriben los prisioneros políticos, los poetas encarcelados, y lo salvan, lo protegen de la policía, y a veces lo logran publicar en el extranjero. ¿Cuántos mimeógrafos y máquinas fotocopiadoras ha intentado llevarles la autora a los presos de Boniato, en lugar de pasarse por La Rampa en sus viajes? ¿Cuántos testimonios ha intentado recoger entre los adolescentes del servicio militar, carne de suicidio; entre los negros reprimidos en su religión y pobremente representados en los órganos del poder; entre los homosexuales discriminados y aterrizados, entre las mujeres sojuzgadas por un machismo vociferante y militar? Imagino que si la señorita Pérez-Stable hubiese visitado la Alemania de Hitler a fines de la década del 30 habría salido diciendo que nadie perseguía a los judíos, porque sencillamente ella no había visto a ningún judío.

Por último: Tanto la señorita en el artículo que analizo como el autor de un editorial anterior de **Areíto** al que ella remite* se empeñan en equilibrar silogismos para desvalorizar el hecho evidente de que los valores más perdurables del pensamiento y de la sensibilidad cubanos en estas dos décadas pasadas han tenido que salir huyendo de Fidel Castro. Dentro de Cuba existe hoy una renglón de actividades inevitable y vigilado que la burocracia designa con el apelativo de "cultura", pero que de ésta sólo tiene algunas apariencias externas, las más programables. La verdadera creación, la memoria, las intuiciones desgarradas, el sueño futuro, el sufrimiento por la palabra y el color, han salido huyendo. (Y no le voy a hacer la larga lista de los escritores y artistas exiliados porque me parece harlo demasiado conocido).

Pero por si esto fuera poco, las afirmaciones que hace el editorial sobre la "matriz" de "la cubanía" encierran una contradicción que se revierte contra el propio grupo de **Areíto** y que termina por revelar los basamentos únicos de sus actitudes contra



REINALDO GARCÍA RAMOS.

Mariel. Si, como ellos dicen, la "cubanía" no puede "radicar en otra matriz que no sea la Isla", ¿en que apoyarían sus intenciones de "legar la verdadera cubanía" a sus hijos? Ninguno de ellos, que yo sepa, ha decidido procrear en Cuba; sus hijos han nacido o nacerán en Estados Unidos. Hablan de legarles a esos niños un Martí "sin las monstruosas desviaciones", ¿cómo pretenden que podrían preservar a un genuino Martí, si para no perder "un modo de vida" permanecen fuera de la famosa "matriz" isleña? Y si ellos pueden supuestamente hacer vivir una cultura cubana fuera de la isla, ¿qué base tienen para darnos a nosotros la capacidad para conservar esa u otra cultura? Está claro: la cultura, es algo interior y cambiante, no tiene mucho que ver con la estática y externa geografía, y aún menos con la postración totalitaria; pero los pensadores de Areíto no están hablando en realidad de cultura, aunque utilicen esta palabra. Están hablando de política; están hablando de estrategia de poder; están hablando de esquemas partidistas. Lo que le piensan legar a sus hijos es un método de obediencia, no un mensaje para soñar y crear. En otras palabras, lo que quieren imponer a "esos cubanos que siguen naciendo fuera del territorio originario" es la disposición de someterse a Fidel Castro, porque —y he aquí la raíz de todo— para ellos Cuba no es una nación, sino un carisma: una voz autoritaria y definitiva que les llena su patético vacío necesitado de flagelación. Para ellos Cuba es Fidel Castro. Por eso nos reprochan nuestra "intransigencia": dicen que por ser intransigentes no hemos quedado "verdaderamente expatriados" (léase "ex-castrados", salidos de Castro); les molesta que tengamos otra Cuba que ellos no están capacitados para amar. Ellos no tienen otra Cuba sino una entidad arbitraria y temible llamada "Patria" con mayúscula, y que no es otra cosa que un código dictatorial. Y digámoslo de una vez: Si la patria es la obligación de servirle a Fidel Castro de pregonero, entonces yo no tengo patria ni quiero tenerla. Si el único modo de ser cubano es proclamar a Fidel Castro como una condición intrínseca y eterna de nuestra entidad, yo no nací ni viví durante 36 años en el mismo país en que la señorita Pérez-Stable quiere ir a pasar sus vacaciones ideológicas.

El segundo artículo que examinaré está en inglés, publicado en la revista *Cubatimes*, en el número de Spring 1982 (Vol. 3, N° 1). Se trata de "Those Who Left: Two Years Later", escrito por Karen Shaw Kerpen, graduada en ciencia políticas de la Universidad de Nueva York.

De nuevo, me sustraeré a la tentación de hablar de la revista en que se publica el artículo (de *Cubatimes* habría que decir una cuantas cosas, y alguien las dirá), para concentrarme en el texto sobre Mariel.

Al lector norteamericano, y sobre todo a la élite "enterada" de las universidades del noreste, en la que imagino que *Cubatimes* —revista de Nueva York— busca tener el grueso de sus lectores, no se le puede hablar en el tono apasionado y reticente que utilizaba el texto de Areíto. Hay que ser pausado, equilibrado, estadístico. Y aunque la finalidad última del artículo es dar una visión parcializada del desarrollo social que han tenido los "marielitos" después de su llegada a Estados Unidos, y en último término, por contexto, elogiar la realidad cubana actual en la isla (véase el resto de los artículos, ditiámbicos hacia el castrismo, que aparece en el último número aludido), el trabajo de Shaw Kerpen se ve forzado a reconocer ciertos matices apreciativos y ciertas monumentales evidencias.

Se presenta como el producto de una investigación o encuesta realizada entre los

trabajadores sociales que han colaborado con los programas para refugiados. Y de ahí que la aplastante realidad no pueda dejar de estar presente. A la vieja leyenda circulada por los medios masivos —una horda de desenfundados trogloditas asaltando las playas norteamericanas— se opone ya una visión más tranquila: "La mayoría de los refugiados salidos por Mariel son similares a los cubanos que habían entrado en Estados Unidos en los años anteriores" dice el texto introductorio. ** Y las estadísticas que se ofrecen a continuación son significativas: el 70 por ciento de los refugiados tenía menos de 36 años (15 años como máximo cuando Fidel Castro tomó el poder; o sea, no son representantes del ambiente burgués que pudo influirlos antes). Por otra parte, entre el 20 y el 40 por ciento no eran blancos (es decir, que habían preferido arriesgarse a venir adonde les habían dicho que existía una discriminación feroz, antes que permanecer asfixiándose en un sistema en el que la discriminación es para todas las razas y está basada en premiar sólo la sumisión). Seguidamente, la autora cita al sociólogo Robert Bach, según el cual "la mayoría de los refugiados que llegaron por Mariel no eran ni elementos marginales ni desviados, y resultaban más representativos de la totalidad de la población cubana que las anteriores oleadas de refugiados". Y eso no es todo. Bach concluye que "por eso, la mayoría de los refugiados han podido encajar en la sociedad norteamericana". Entre esto y las frases condenatorias y superficiales de Areíto hay, como se puede ver, una buena distancia.

Si embargo, después de establecer esos hechos, el artículo de Shaw Kerpen se pone a describir los problemas de los que no son la mayoría, a los que ella llama sencillamente "los otros", o "los marielitos". A través de las opiniones recogidas de trabajadores sociales que ella entrevistó, la autora dedica siete de las ocho columnas de que consta su trabajo a caracterizar a "los otros", es decir, la minoría de los refugiados. Y aunque en sus apreciaciones no deja de señalar aspectos penitentes o simplemente ciertos, resulta brutalmente injusto que al lector se le obligue a leer más sobre la minoría que sobre la mayoría de los refugiados. Por supuesto, desde un punto de vista periodístico o sencillamente comercial, los casos de decenas de miles de cubanos llegados por Mariel que actualmente están trabajando, pagando impuestos, aprendiendo inglés y prestandoles servicios a la sociedad norteamericana son menos fértiles en deslumbramientos que el de unos pocos miles que se han visto forzados a tomar el camino de la delincuencia o de la marginalidad.

El artículo entra luego en detalles sobre el hecho de que los "marielitos", los malos, son "impatientes, fácilmente frustables, temperamentales y ocasionalmente agresivos". Es posible que sea cierto: las razones para esa inestabilidad y esa "desconfianza" en las instituciones no hay que buscarlas en Estados Unidos, sino en la Cuba de Fidel Castro, en la que esos seres "temperamentales" han sufrido injusticias y persecuciones durante más de 20 años. Shaw Kerpen no alude, en cambio, al espíritu de sacrificio, a la acoetividad, al esfuerzo emprendedor o al sentido del humor para enfrentar las privaciones, que han demostrado tener las decenas de miles de cubanos de Mariel que están decididos a sobrevivir lícitamente en una sociedad exigente y competitiva, para la cual muchos de ellos no estaban al principio preparados. Se podría haber dicho que la miseria y la escasez sufridas en Cuba (bajo un régimen que dedica un tercio o más del producto nacional bruto a la estructura militar, a la seguridad, la represión, y a la subversión en el extranjero) los han ayudado a poder resistir con lo que

un norteamericano, e incluso un norteamericano de las otras minorías, consideraría insuficiente para una vida elemental. Habría sido deseable que Shaw Kerpen hubiese empleado sus métodos universitarios para investigar no sólo una parte —la menor— de un grupo humano, sino su totalidad.

La tercera etapa en esta evolución de la imagen pública que va teniendo Mariel es, hasta ahora, el artículo "The Crime Wave Castro Sent to America: From Cuba With Hate", de Peter Michelmore, publicado en el número de diciembre de 1982 de la revista *Reader's Digest*. El texto, con ciertas indeseables mutilaciones, a veces de secciones completas, fue traducido y reproducido en la edición en español de esa publicación, *Selecciones del Reader's Digest*, en su número de febrero de 1983.

De entrada, el título y los primeros párrafos del trabajo de Michelmore podrían hacer pensar que estamos ante un engendro más del prejuicio y la parcialidad contra los refugiados de Mariel. Pero no es así. Resulta una lástima que algunos de los fragmentos más reveladores del inglés hayan sido suprimidos por los responsables de la edición en español (que según tengo entendido residen en México), porque el artículo de Michelmore está algo lejos de ser el resultado de una visión apresurada.

Es cierto que en el texto se narran episodios sangrientos que ilustran quizás con cierta morbosidad en grado alarmante de criminalidad a que han podido llegar algunos de mis compatriotas en estas tierras, pero el autor no se limita a eso. En su análisis, observa muchos aspectos de primera mano que los otros acercamientos, por parcialidad preconcibida o exceso de sofisticación, no habían ni siquiera sugerido. Al examinar, por ejemplo, los antecedentes delictivos de los que aquí han caído en situaciones ilegales, Michelmore le recuerda al lector que muchos de los que Castro sacó de prisión para montarlos en los barcos "eran hombres y mujeres que habían sido encarcelados por delitos tales como robarse un par de zapatos; y otros más, víctimas inocentes de un sistema judicial donde jamás se supone que el acusado pueda ser inocente". *** A lo cual agrega "muchos habían permanecido encarcelados durante tan largo y torturante tiempo, que estaban mentalmente perturbados o quebrantados".

Michelmore, que para recopilar información para su artículo obtuvo la colaboración de los departamentos de policías de varios estados norteamericanos, se deja llevar a veces por la tentación de emitir enjuiciamientos genéricos; pero su principal interés no es ese, sino desentrañar la mecánica mediante la cual miles de refugiados, que anteriormente se habían visto acosados por un aparato estatal paranoico y condenatorio en su país, aquí se han visto incapacitados para adoptar una actitud constructiva hacia ellos mismos y hacia la sociedad norteamericana.

En esa búsqueda, Michelmore ya no emplea los abecedarios de doctrina política que Areíto esgrime, o la fría visión, sólo medianamente científica, de la sociología de izquierda norteamericana (como lo hace Shaw Kerpen), sino que escarba mejor en los componentes emocionales, irracionales y sencillamente prácticos que determinan que un ser humano se convierta en criminal. No sé si, como asegura él, hay 25,000 delincuentes entre los llegados por Mariel; tiendo a creer que el porcentaje es menor, y las cifras sugeridas por el Servicio de Inmigración y Naturalización fluctúan entre un tres y un cinco por ciento de la cantidad total de refugiados. Pero no puedo dejar de aceptar el hecho flagrante de que, lamentablemente, a esos pobres cubanos les ha tocado demostrar en la peor forma la monstruosidad del castrismo: ellos son la máxima

prueba de que Castro no crea hombres nuevos, sino arrincona a las individualidades y las obliga a morir bajo un maremágnum de esquemas degenerativos.

Lo importante es que Michelmore detecta muchos de los elementos que han sido explotados por Castro para crear esa espiral degenerativa: elementos, por ejemplo, como la santería, que en su riqueza espiritual podrían ser componentes salvadores de una conciencia, en virtud de las estructuras corruptoras de la Cuba actual se convierten en signos de acceso a un inframundo obligado, en el que la fe religiosa se confunde con los antecedentes penales y el machismo, con el carácter represivo de la cultura patriarcal hispánica, y con la reducción del ser humano a sus apetitos elementales, como consecuencia de la pobreza material. Michelmore no profundiza; pero toca esos elementos, esos puntos neurálgicos donde reside gran parte de la verdad. Y eso, en un extranjero que trata de describir a los criminales de Mariel, ya es algo.

Hay un momento en que un acusado le dice a uno de los policías: "Me pueden golpear, me pueden torturar, me pueden quemar, hacerme lo que ustedes quieran. Ya me hicieron todo eso en Cuba. No voy a hablar" (página 232 del texto en inglés). Ese solo diálogo basta para que quede abierta la más certera vía de comprensión. Estos hombres están de vuelta de todos los caminos, y como acosados que fueron, los gérmenes de su resurgimiento están tapiados bajo años y años de vida vegetativa en un espacio cerrado, dominado por un gobernante que no quería que resurgieran excepto para someterse, incondicionalmente a él.

Michelmore dice, precisamente en uno de los fragmentos suprimidos en la versión en español (página 234 del inglés): "Veinte años en una sociedad comunista no los habían preparado para la libre empresa y la lucha personal". Es cierto. Pero habría que agregar que lo esencial no es que estuvieran preparados para la "libre empresa" en el sentido lato y capitalista de la expresión. Lo esencial es que veinte años de castrismo les han quitado a estos hombres la facultad de existir positivamente, la facultad de considerarse a sí mismos como algo en progreso, dentro de una sociedad que les permitiría dialogar o intercambiar golpes con el adversario, en lugar de establecer con él una relación de superioridad excluyente o de dominación destructiva.

Por último, en uno de sus pasajes finales —suprimidos también en la versión en español— el artículo de Michelmore alude a un banco de datos interestatal, computadorizado, que unificaría los antecedentes criminales de aquellos refugiados que hayan cometido delitos en Estados Unidos. Esto se acerca, en un plano totalmente objetivo, al mayor grado de exactitud a que se podrá aspirar (ya que las estadísticas oficiales son tan contradictorias) en lo referente al porcentaje de inadaptados que vinieron por Mariel. Yo personalmente considero que ese esfuerzo de las autoridades norteamericanas es plausible: si entre los refugiados la criminalidad existe (y por desgracia es así), lo mejor es que se sepa cuanto antes quiénes son los que han cedido ante el delito, incluso para poder programar adecuadamente presuntos planes de reeducación o de ayuda en cualquier orden. Y cuando se llegue a esa apreciación absolutamente verídica de cuántos maleantes logró producir Castro y montar en los botes, se podrá saber por fin quiénes son los miles y miles de otros refugiados que no son delincuentes ni lo serán nunca.

Para eso entonces, imagino que lo artículos publicados en la prensa de Estados Unidos se verán forzados a dar finalmente una visión compleja, totalizadora y no prejuiciada del grupo inmenso de seres humanos disímiles que lograron venir por Mariel. ■

Nueva York, marzo de 1983

* Aparecido en el Número 27, (1981), página 4, de *Areíto*.

** Todas las traducciones son mías.

*** Cito el texto en inglés traduciéndolo directamente, y no utilizando la versión que aparece en la edición en español de la revista.

REINALDO GARCÍA RAMOS (Cienfuegos 1944) reside en Nueva York donde trabaja como redactor de noticias. Prepara un libro de poemas.

Aguas

Delfín Prats

No la alegría propiamente,
Sino el placer de contemplar las aguas que circulan,

Que libremente se derraman y fluyen
Mucho más valiosas que esa edad y esa
belleza que constituyen tu único tesoro.
Incalculablemente más valiosas:

cifra
moneda
energía
divisa
sombra
oscuridad

Las aguas escapando hacia Leonero,
escapando hacia el mar
(el vientre de un grueso funcionario que vive
a expensas del arroz como la Sogata)
Aereada y cristalina como tu belleza el agua
cae y corre a lo largo de las calles de la
ciudad donde anduvimos juntos
y donde todavía a menudo creo verte
como una sombra transcurrir bajo los
portales.

Una estación
en que las aguas fluían
a mi alrededor,

desesperantes
(como en el diluvio)
La seca crepitaba al norte
y tu edad hubiera podido hacer reventar
manantiales (pura tontería)

Sin embargo
los soldados estaban al borde del canal
o dentro del canal
las piernas y las caderas y el pubis en el agua
y pescaban
con una pita sola
(sin vara)
Prodigioso para los extranjeros repetir el
milagro.

Pero las aguas corrían más veloces esta vez,
corrían hacia el mar arrastrando el anzuelo,
corrían hacia Leonero entre espigas y los
huevos de las yaguazas
y las altas garzas blancas y el sol sobre
nuestras cabezas
(cinco o seis hombres al fin ociosos casi al
atardecer)

Mirabas a esos soldados entrar al
"Bretones",
llegaban junto a la caja, pedían malta,
croquetas,
extendían el billete y recibían el vuelto,
una décima, una centésima parte de aquellas
jornadas

(oro ganado sin usura)
despojados de toda sospecha a través de tus
ojos,
de toda mirada rencorosa
y hasta la grasieta barriga y la oscura
trayectoria del hombre del Toyota
cobraron cierto matiz de prestigio a través
de tus ojos.

En esos días luminosos
una vez al mes podíamos encontrarnos
"Tremos en las vacaciones

y yo te mostraré los lugares de pesca,
las compuertas cerradas y las aguas bajas,
las biacacas de a dos libras,
las truchas largas como machetes
que sólo pican con quimbolo
o una lagartija atada
o algo que baile"

Tu hermosa cabeza contra las espigas
en la época de su maduración.

Y así más tarde vendrán en nubes los patos
salvajes

sus huevos recogidos por los pescadores
arrastrados por los drenajes
a través de tus ojos la pavorosa lejanía
en la intemperie

cobra el sentido estricto de las cifras
manejadas por un económico eficiente.
La lejanía cuadra justa, precisa, sin erratas:
grandes lascas de tejido adiposo en el vientre
del hombre del Toyota,
a través de las granjas y las cambiantes
jefaturas

¿qué puede importarme el destino de estas
aguas?

Llegan a parecérsete,
como extensiones navegables.
Lejos.

Lejos.
Lejos.

El tiempo te llevará lejos,
no sólo la distancia sino el lento fluir y
deshacerse de los días como aguas
o mejor como gotas

gotas
cayendo en la apretada noche de una ciudad
después del apagón.

Yo caminé a lo largo de la costa y las casas
de podrida techumbre
entre el mar y la tierra
el viento empujaba fragmentos de yaguas y
maderas despedazadas
manglares adentro
ancianos pescadores y jóvenes pescadores
habían extendido sobre una vara
y expuesto al sol sus pescados salados.
Bebían café en resplandecientes vasijas de
lata.

Caminé largamente entre el mar y la tierra
y allí terminaba el mundo conocido,
la propia isla, prodigiosa a los efectos de tu
edad.

Allí terminaba la mirada rencorosa,
no en virtud del amor propiamente,
sino porque olvidaba el destino del agua
y de mi propio cuerpo
desasido del valor real de las cosas.

1974

DELFIN PRATS (Holguín, 1946) premio David de poesía 1969 por su libro *Lenguaje de mudos* que nunca fue publicado. Actualmente reside silenciado en Cuba.

Comunicado

El dictador Fidel Castro confirmó su visita oficial a Suecia, invitado por el primer ministro de ese país, señor Olaf Palme. Castro pretende también visitar Francia y España. La presencia en esos países democráticos de un dictador que lleva ya 24 años en el poder, sin haber celebrado nunca elecciones, debe ser motivo de repudio para todo hombre honesto que allí se encuentre.

Queremos pues recordarle a los pueblos libres y a los señores ministros y presidentes de esos pueblos, cual es la verdadera situación del pueblo cubano bajo el castrismo.

1— Fidel Castro, junto con Strossner, es el dictador que más tiempo lleva en el poder en toda la América Latina. El mismo es el presidente de la república, el presidente del Consejo de Ministros, el Primer Ministro, el Presidente del Consejo de Estados, el Comandante en Jefe de la Revolución, el Presidente de la Asamblea Nacional, y el Primer Secretario del Partido Comunista de Cuba...

2— Aproximadamente el 15% de la población cubana (más de un millón) se encuentra en el exilio, entre ellos la inmensa mayoría son obreros, profesionales y la mayor parte de los intelectuales cubanos. En 1980, con la apertura, por sólo cinco meses, del puerto del Mariel en La Habana, salieron de Cuba, en frágiles embarcaciones, 125 mil personas. Las autoridades cubanas tuvieron que cerrar inmediatamente las fronteras ante la fuga de la inmensa mayoría de la población, fuga que a muchos les costó (y les cuesta) la vida.

3— Las prisiones en Cuba se encuentran repletas y las mismas se han multiplicado. En La Habana el gobierno de Fidel Castro ha construido una inmensa ciudad-prisión llamada El Combinado del Este, prisión con espacio para más de cincuenta mil presos. Cualquier manifestación, tanto pública como privada, contra el régimen es castigada con rigurosa pena carcelaria. El régimen castrista ha fusilado a miles de personas entre ellos niños de quince años como Angel López Rabi y escritores como Nelson Rodríguez, estudiantes universitarios como Alfredo Carrión Obeso, Raudel Rodríguez, Eduardo Delgado, Diosdado Aquit, entre muchos más; profesionales y obreros como Emilio Reloba, Avilio González, Roberto López Chavez entre otros miles; familias casi completas como los tres hermanos García Marín; religiosos protestantes como Gerardo González Alvarez; católicos como Ismael Madruga... En las cárceles castristas se encuentran intelectuales como Jorge Valls, Angel Cuadra, Julián Portales, Ernesto Díaz Rodríguez, por sólo nombrar a algunos, con penas que oscilan de 15 a 30 años, allí están combatientes internacionalistas que lucharon también contra la tiranía de Batista, como Eloy Gutiérrez Menoyo y miles de hombres como Roberto Perdomo Díaz, Onofre Pérez, Roberto Marín Pérez, Pedro Mazorra, todos incommunicados y pudiéndose en vida tan sólo por el delito de querer vivir en un país libre.

4— El sistema represivo en Cuba es uno de los más perfectos, siniestros y delirantes que ha padecido la humanidad. Basta señalar leyes como la de "Predelinencia" y la de "Peligrosidad", que condenan a la persona antes de cometer el delito; la "Ley contra la vagancia", que obliga a todo cubano a trabajar obligatoriamente para el sistema; la "Ley del diversionismo ideológico" que condena a la persona por el hecho de divergir ideológicamente de la política o la filosofía oficiales.

5— La censura en Cuba es hoy más rigurosa que como lo fue durante el colonialismo español en el siglo pasado. La única prensa que circula en Cuba es la autorizada por el Partido Comunista; los únicos libros, los publicados por las editoriales estatales. Si en Cuba existiese alguna libertad, ¿por qué entonces Fidel Castro se opone resueltamente y por todos los medios —incluyendo al chantaje— a que se instale en el exilio la emisora Radio Martí? ¿Por qué no puede el pueblo cubano oír y leer lo que todos los pueblos libres?

6— Cuba es el único país de América Latina que ha creado campos de concentración para los homosexuales, para los intelectuales disidentes, para los hombres con ideas religiosas y hasta para los funcionarios que desobedecen a Fidel Castro. Allí el trabajo forzado se ha oficializado. Esos campos de concentración, entre otros muchos, diseminados por toda la Isla, se llaman: San Ramón, Morón, UMAP, Quivicán, Kilo-7, Melena 2, Taco Taco, Isla de Pinos, Guanajay, y están diseminados por todo el territorio. Entre las mazmorras más tristemente célebres se encuentran La Cabaña, San Severino, Boniato, La Cárcel de Pinar del Río y las cárceles exclusivas para mujeres que ostentan cínicamente los nombres de "Nuevo Amanecer" y "América Libre".

7— El gobierno de Fidel Castro mantiene a la población cubana en una situación de hambre, a tal punto que las estadísticas demuestran que la cuota que recibía un esclavo cubano en el siglo XVIII era el triple que la que recibe un obrero cubano actualmente. Esto es a lo que tiene derecho el pueblo cubano —previo pago y presentación de la libreta de racionamiento:

Pan: 115 gramos diarios por persona.
Vegetales: 1,5 kilogramos al mes por persona.
Frijoles: 230 gramos al mes por persona.
Leche: Un litro diario y sólo para los niños menores de 6 años.
Azúcar: 1,5 kilogramos por persona al mes.
Arroz: 2,5 kilogramos por persona al mes.
Carne: 1,5 kilogramos por persona cada 36 días (la carne de ave, cerdo, embutidos, salchichas, butifarras, etc. están comprendidos dentro de este renglón, es decir si se compra pollo o embutido ese mes no se comerá carne)
Aceite: 690 gramos por persona al mes.
Sal: 230 gramos por persona al mes.
Café: 150 gramos por persona al mes.
Puré de tomate: una lata pequeña (230 gramos) al mes.
Jabón de baño: uno por persona al mes.
Jabón de lavar: uno por persona al mes.
Pasta dental: un tubo por núcleo familiar cada tres meses.
Cuchillas de afeitar: tres cada 45 días.

Para la obtención de la ropa toda la población tiene también una **libreta de racionamiento** con la cual sólo se puede comprar anualmente: una camisa de trabajo, un pantalón de trabajo, una camisa de vestir, un pantalón de vestir, un par de zapatos. Insólitamente la ropa interior, los calcetines, los pañuelos están contemplados dentro del mismo cupón, así aquel que comprase un pañuelo perderá el derecho a comprar calcetines o calcetines.

(Invitamos a las organizaciones humanitarias del mundo, a la FAO, a la ONU, a la UNESCO para que certifiquen —libretas de racionamiento en mano— estas cifras).

8— Cuba castrista mantiene, sin embargo, una casta militar privilegiada que cuenta con mercados especiales donde pueden comprar todos los productos de los que carece el pueblo, usufructa las mejores viviendas, las mejores playas —que son sólo para oficiales del ejército, como la llamada "Patricio Lumumba" entre otras—, los mejores hoteles y restaurantes, el mejor transporte y hasta los mejores hospitales y lugares de recreación. En tanto el pueblo tiene que "donar" obligatoriamente 500 gramos de sangre por persona para ser hospitalizado. Por otra parte, a ese pueblo no se le imparte una educación pedagógica, sino un adoctrinamiento político; hasta las cartillas de alfabetización comienzan con el nombre de Fidel Castro.

9— En Cuba existe la Ley del Servicio Militar Obligatorio a partir de los 16 años y a quien la infringe es encarcelado. El servicio militar dura tres años, pero el entrenamiento se prolonga hasta los 55 años de edad —y es también obligatorio—. **Todo cubano es virtual y obligatoriamente un soldado** y como tal puede ser enviado, sin excusas ni pretextos, a cualquier campaña colonial que la Unión Soviética, a través de Fidel Castro, sostenga en África, América Latina o Asia.

10— Fidel Castro es el más fiel de los satélites de la Unión Soviética, la que sostiene (aunque precariamente) a todo el país. El precio que Castro paga por esa ayuda económica y militar es la subversión armada en América Latina, Asia y África, el espionaje y la infiltración política en todo el mundo y la entrega del territorio cubano a los soviéticos para que instalen allí sus bases militares y sus cohetes atómicos. La KGB es quien dirige la Seguridad del Estado Cubana y el mismo periódico **Granma** es una copia retrasada del **Pravda**.

11— En Cuba se practica la tortura en todas sus escalas, psicológica, mental y física. También se han ingresado a intelectuales disidentes en hospitales de dementes —como fue el caso del profesor Juan Peña, residente ahora en España—. Las celdas de la Seguridad del Estado en Villa Marista tienen instalaciones de vapor a las que se somete al detenido muchas veces hasta que pierde el conocimiento y a veces la vida.

12— El gobierno de Fidel Castro se ha visto seriamente comprometido —y encausado— por el tráfico de drogas a escala internacional. El jefe de la Marina Mercante de Cuba, comandante Aldo Santamaría, es prófugo de un tribunal Federal de los Estados Unidos por el delito de tráfico de drogas, pero varios agentes de Castro fueron apresados, y condenados ante pruebas irrefutables.

13— En conclusión, Castro no ha socializado las riquezas sino la miseria. Nunca el pueblo de Cuba ha estado más esclavizado ni más pobre, bajo ningún otro sistema Cuba contó con el número de exiliados con que cuenta hoy ni con el número de fusilados ni prisioneros políticos con que cuenta actualmente. Nunca antes Cuba había dependido tanto de una potencia extranjera como depende actualmente de la Unión Soviética.

Estamos contra el colonialismo y por la verdadera liberación de los pueblos, estamos por la libertad y el desarrollo de la humanidad, por eso estamos contra Fidel Castro y contra cualquier tipo de dictadura, venga de donde venga. No podemos admitir la ideología de muchos intelectuales que defienden "sus pobres" pero tienen sus esclavos. Desafiamos a los defensores y apañadores del castrismo a que nos rebatan un sólo punto de los que aquí enumeramos: Los desafiamos a vivir en Cuba, pero con las mismas restricciones, leyes y humillaciones que padece allí nuestro pueblo. Basta ya de hipocresía bien remunerada. No se puede ser antifascista y amparar los campos de concentración, la represión y el crimen. Confiamos en que los gobiernos que han invitado a Fidel Castro no quieran para sus pueblos lo que Castro ha multiplicado en el suyo. Esperamos que serenamente se medite sobre los puntos aquí desarrollados y se llegue a conclusiones honestas y objetivas.

Exhortamos al exilio cubano y a todos los exilios, a los intelectuales y pueblos del mundo entero a que firmen y difundan este documento —muy especialmente allí donde el dictador desplegará, con su visita, el poderoso aparato propagandístico orquestado por la KGB, por los agentes infiltrados y pagados, por la prensa y los intelectuales prostituidos, por los gobiernos demagógicos y por los politiqueros y arribistas de toda laya.

Comité de editores de la Revista Mariel

(1) UMAP: Campos de concentración conocidos con el nombre de Unidades Militares de Ayuda a la Producción.

Urgencias

"Los Artistas"

A Uds. que tienen hojas timbradas en las que, impresos, están sus nombres (¡qué horror, en letras góticas!) y sus títulos nobiliarios de ESCULTOR, PINTOR, ESCRITOR, o lo que sean, y no se percatan del ridículo. A Uds. que pasan años estudiando comedidos y serviles para obtener la habilidad necesaria para entronarse socialmente (o simplemente vivir bien, vendiéndose) y justificar sus pequeños, pequeñísimos orgullos; y más tarde agarrar un trozo de madera (que generalmente le falta al artista verdadero) y hacer un monigote, eso sí, pulido, o ensamblar cuatro pedazos de hierro relucientes a golpes de máquina, o configurar un traste desastroso y ridículo (véase El Circo de Calder) que les permitan deslizar su mediocridad por lo lujosos salones repletos de barrigones; ansiosos de que alguien les pase la mano, vacíos y babeándose porque alguien les considere importantes (o lo que es peor, creyéndose importantes). Y así, dueños ya de la mímica, y de la pose establecidas, la ceja levantada agudamente, la barbita cuidada, la manita doblada, la moñita, la mirada presuntamente penetrante, organizar exposiciones sin que les importe la tela, lo creado, sino la galería, sí, LA GALERÍA, ¡el nombre el nombre! que organizó el jaleo, lucró con el trabajo ajeno, y de paso los estálo. U ofrecen recitales, sin que interese lo dicho, lo alcanzado, sino quién va, ¿quién va a estar allí, quién?, ¿es de categoría? Y en estos sitios se reunen, se pasan la mano unos a los otros y se lanzan sonrisitas y se hacen muequitas aunque a veces se pidan la cabeza, pero eso sí, magníficamente ataviados. Y la noche entera (si no hay bebida nadie acude) de lo único que se habla es del "ARTE". De que: "El abandono de la figuración puede proceder, así, tanto del anhelo de sustantivar el motivo estructural como el de penetrar en una zona distinta de la realidad fenoménica. Esta zona, sin llegar al abismo de la indiferenciación, podría estar más próxima al gran fondo del que emergen formas particulares de nuestra realidad corporea".

Y ya van y escriben el artículito, el ensayito, el poemita, el librito o pintan el cuadro o arman el taretquito y hacen gala de la más perfecta hipocresía para que los admitan; trafican, en fin, con su alma (¿saben de lo que les hablo?) y triunfan, y acaparan naturalmente las becas (el que no tiene amigos está liquidado), y ya, ¿contemplémoslos arrobados!, ya se sitúan en los puestos claves (algunos trabajan para el enemigo) ya son profesores y ya se dedican a envenenar el alma de los alumnos con su resentimiento, con su frustración, y ya erradicar diligentes la sensibilidad, la calidad humana, que pudiera existir en los muchachos. Y como ya controlan (también) las universidades, invitan a Miguel Barnet, que toda su vida no ha hecho más que copiar (mal) a Lydia Cabrera; y al original, a Lydia, bien gracias, jamás la invitan. ¡Ah! Ustedes. Pobrecitos. Y hay que reconocerlos, y no te puedes reír de ellos (yo confieso que no puedo aguantarme) cuando los ves como momias en las momificadas páginas de la crónica social, ¡(qué picúo, Dios mío!) y hay que soportar que enarboles sus mortíferos títulos y asientir y sonreír y decir, el ESCULTOR FULANO, en vez de decir EL PULEPIEDRAS o EL PULEPALOS, el PINTOR, en vez de decir EL EMBARRATELAS, el ESCRITOR, en vez de decir EL PARASITO DEL ARTE de siempre, EL PROFESOR FULANO en vez de decir EL ENCAPUCHADO, EL ENVENENADOR de siempre.

Y ya se titulan gente importante. IMPORTANTISIMA. ¿Y quién les dice algo con el dinero que tienen? Y ya te cogen por el cuello, ya te cercan desde las relucientes páginas de las revistas de arte (ayudados por la tropa de críticos bien pagados que de paso te hacen una insinuación a cambio de un artículo favorable), y te pasean frente a sus mamarrachos y tienes que asentir porque si no todos te miran como a un bicho raro. Y además estás perdido, ¿por qué quién te expone?, hay que seguir la línea de moda, el estilo de moda, la onda, ¿por qué si no quién te publica? PERO... el jueguito no funciona siempre. Hay quien no hace negocios de este tipo, porque se les parecen demasiado a otras formas de extorsión muy conocidas. Porque el arte es URGENCIA, y a ella nos atenderemos sin traicionarla, ni por fama (¿a quién le interesa esa comida de idiotas?) ni por dinero, (tenemos una escuela que nos permite sobrevivir en pleno desierto), ni por cosa alguna. Así pues, urgentemente, decía, a Ustedes señores "artistas", están dirigidas estas palabras. ■ JA.

*Tapies, por J.E. Cirlot, página 34.

Dudoso homenaje

Al fines de 1982 tuve la desagradable experiencia de reencontrarme con los señores de la Seguridad del Estado Castrista, a raíz de una serie de conferencias auspiciadas por el "Centro de Estudios Cubanos en Nueva York", dirigido por la señora Sandra Levison, miembro del Partido Comunista. Estas... "conferencias" tenían el propósito, aparente, de homenajear a Lourdes Casals...

¿Qué tipo de homenaje, qué homenaje, se puede hacer sobre Lourdes Casals? ¿Dónde está la obra de esta supuesta escritora? El periódico **Granma**, que no escatima elogios a sus siervos, lo único que pudo decir de Lourdes es que fue "la fundadora de la revista **Areíto**, la forjadora de la Brigada Antonio Maceo y que HABÍA MUERTO EN CUBA"... Al parecer son tan pocos los cubanos que desean ya morir en la Isla de Fidel Castro que quien lo hace merece hasta un homnaje.

Con motivos de estos homenajes, dieron conferencias los señores Miguel Barnet, Reynaldo González, Roberto Fernández-Retamar, Nancy Morejón, Edmundo Desnoes y (próximamente) Norberto Fuentes.

Asistí a la conferencia de Miguel Barnet por una razón personal: durante un tiempo, en Cuba, nos unió una íntima amistad. Miguel habló de las religiones africanas y tuvo que reconocer la existencia de Lydia Cabrera —de no haberlo hecho, no hubiese podido reconocer su propia existencia, ya que, él se alimenta (y viaja) gracias a la obra de Lydia Cabrera. De todos modos, la Universidad de Nueva York parece que prefiere las copias en lugar de los originales, aún cuando estos estén más cercanos... ¿Ironía? ¿Estupidez? ¿O algo peor por parte de la Universidad de Nueva York?

Antes de la conferencia, Miguel Barnet me insinuó que no le hiciese preguntas conflictivas. —"No me hagas preguntas malas"— No pude menos que sonreírme. Una terrible barrera nos separaba. Yo era ya un hombre libre, y Miguel, acosado por Sandra Levison, de la cual él mismo en Cuba se cuidaba a la vez que se veía obligado a recibirla, apenas si podía abrir la boca. Ahora yo mismo comprobaba lo que Miguel me había confesado en Cuba no hace tantos años: "Cuidate de Sandra Levison es capitana de la Seguridad del Estado"... Comprendí que de aquella amistad nuestra ya sólo quedaba un cadáver. Un hombre lleno de miedo vigilado por la policía secreta, aterrorizado hasta el punto de casi no poder saludar a un amigo; en tanto que yo era libre y podía decir y hacer lo que quisiera, él tendría que redactar un informe sobre todos sus pasos en el extranjero.

A la segunda conferencia que asistí fue a la de Edmundo Desnoes, connotado y torpe funcionario de la Seguridad del Estado Cubana en Nueva York. El señor Desnoes cínicamente hablaba de las miserias de los pueblos latinoamericanos, de la represión en El Salvador, pero de Cuba ni una palabra. En Cuba para Edmundo Desnoes y para los jefes de la policía secreta, no hay libreta de racionamiento, ni hay policías que atropellen y asesinen. No puede haberlos para ellos. Pues la policía, son ellos mismos... Pero mientras el señor Desnoes hablaba del hambre en Centro América, nosotros repartimos folletos donde se hablaba con cifras estadísticas del hambre en Cuba e incluso de quien era el propio Desnoes: Esto molestó a la "capitana" Levison quien llamó a las autoridades para que nos expulsaran de la Universidad. Se nos trató de expulsar de un centro libre en los Estados Unidos, fuimos tratados con violencia por los mismos policías cubanos que "escotaban a Desnoes". Hubo golpes. Se oyó, por ejemplo, a Sandra Levison decir en español palabras obscenas del más bajo repertorio cubano. Un agente de la Seguridad del Estado cubana me tomó por el brazo e intentó sacarme del aula. Alguien lo interpelló. Sonó un silbato. Inmediatamente la policía se hizo presente. Era la confusión. Desnoes huyó por una pequeña puerta.

Así terminó el homenaje a Lourdes Casals. Resta preguntarle al exilio cubano: ¿tendremos que soportar los esbirros también aquí en el exilio, donde estamos por huir de ellos? Y a la persona responsable en la universidad de Nueva York que autorizó a "Una Capitana de la Seguridad del Estado Cubana" a que utilizase las aulas universitarias para la propaganda y la subversión: ¿No sabe usted que casi todos los intelectuales cubanos están fuera de Cuba? ¿No sabe usted que existe allá una dictadura que lleva ya 24 años en el

poder? ¿Por qué no invitó nunca a Virgilio Piñera, a Lezama Lima o a los tantos escritores y artistas cubanos en exodo? ¿No cree que es inmoral hacerle un homenaje a Lourdes Casals, que no tiene obra alguna, cuando aquí está una Lydia Cabrera, un Labrador Ruiz, un Lino Novás Calvo, un Eugenio Florit que son los padres de la literatura cubana, por solo mencionar a los mayores? La imbecilidad no cabe en los predios universitarios. En cuanto a la malignidad, ya es hora de ajustarle cuenta. ■

RENE CIFUENTES

RENE CIFUENTES. (Camagüey, 1953) narrador, algunos de sus cuentos han sido publicados en varias revistas latinoamericanas. En 1972 fue condenado a tres años de prisión por intentar abandonar el país. Desde 1980 reside en Nueva York.

¡Alerta exilio!

Uno de los más connotados agentes (policía secreta y delator) del gobierno de Fidel Castro y de la Seguridad del Estado acaba de ser situado en Europa. Su nombre: ROGER RAUL SALAS PASCUAL, natural de Holguín, Oriente, residente en la calle Monserrate 401 apto. 303, La Habana Vieja. En su larga carrera como delator a sueldo de la Seguridad del Estado de Cuba, Salas Pascual denunció y traicionó a sus "amigos" más cercanos, entre ellos el escritor Daniel Fernández (cinco años de cárcel), el dramaturgo René Ariza (ocho años de prisión), el poeta Delfín Prats (dos años en un campo de trabajo forzado), al novelista Reinaldo Arenas (un año de cárcel y ostracismo permanente), al escritor Reinaldo García Ramos (ostracismo permanente). El policía secreto Salas Pascual se encuentra en Italia (Milán) vinculado a dos altos "ex-funcionarios" del gobierno cubano, Víctorio y Wanda Garatti. Dicho policía secreto se establecerá en España y seguramente piensa infiltrarse en Estados Unidos y toda Europa. Afortunadamente hoy las personas encarceladas gracias al "buen oficio" del señor Salas estamos en un mundo libre donde podemos dar testimonio de sus actividades. Queremos, pues, elevar esta denuncia a todos los intelectuales del mundo, ya que Salas opera específicamente dentro de los círculos intelectuales. Este alerta debería ser también tomado en cuenta por los servicios de inmigración de todos los países democráticos. ■

LOS EDITORES

En esta sección damos cabida a los comentarios, críticas, ironías o cóleras que los acontecimientos más recientes y heterodoxos despierten en nuestros editores. Aquí está lo que no podemos dejar de decir, de la manera que nos dé la gana de decirlo.

Este número ha sido ilustrado por:

MARIA ELENA BADIAS (La Habana, 1959) deja a Cuba en 1969 y se establece en Virginia. Actualmente cursa el cuarto año de literatura española en la Universidad de Georgetown.

JUAN BOZA (Camagüey, Cuba) llegó por Mariel en 1980. Ha expuesto en Estados Unidos, Europa y Japón.

JORGE CAMACHO (La Habana, 1934) uno de los pintores más importantes de su generación. Reside en Francia desde 1960. Ha expuesto en las más importantes galerías de Europa y América.

ALBERTO LASTRETO (Buenos Aires, Argentina, 1952) cursó estudios de arquitectura y pintura en Uruguay. Abandonó Argentina en 1975, cuando un grupo parapolicial uruguayo intenta secuestrarlo en Buenos Aires. Reside en La Habana hasta 1980, donde huye por Mariel. Vive en Nueva York.

ARTURO RODRIGUEZ (Las Villas, 1955) uno de los jóvenes valores de la pintura cubana en el exilio. Ha expuesto en España y Estados Unidos. Recibió la Beca Cintas 1982-1983.

GILBERTO RUIZ (La Habana, 1950) estudió en las escuelas de Diseño y San Alejandro. Llegó a Estados Unidos por Mariel en 1980. Ha expuesto varias veces en Miami y Nueva York. Recibió la Beca Cintas en 1982-1983.

W A R I T

Falleció Lino Novás Calvo

El destacado escritor cubano Lino Novás Calvo falleció en silencio y casi olvidado recientemente en New York. Lino Novás nació en Galicia en 1905, pero desde los 6 años vivió en Cuba, país que abandonó al triunfo del castrismo. Toda su literatura se refiere a la isla. Traductor de Faulkner, Lawrence, Hemingway y otros. Entre sus obras narrativas se destacan: *La luna nona*, *Cayo Canás* y *En los traspacios*. Es también autor de una excelente novela, *Pedro Blanco el negrero*, sobre la trata de negros en las Antillas. Precursor del realismo mágico y del lenguaje coloquial, entre sus relatos se encuentran verdaderas obras maestras como: *La noche de Ramón Yendía*, *Long Island* y *Trinquenne ahí a ese hombre*. Muchos de sus cuentos aparecen en el volumen *Maneras de contar*, publicado en 1970.

Lino Novás Calvo es junto a Enrique Labrador Ruiz, Lydia Cabrera y Carlos Montenegro, uno de los escritores más importantes de esa generación; tomó el camino del exilio para poder seguir siendo un ser humano y un escritor. Es realmente lamentable y trágico que tanto él como los otros citados, no hayan tenido en el exilio y por el exilio, el reconocimiento, difusión y homenaje que se merecen.

Dos Revistas

La revista **MARIEL**, saluda con alegría la aparición de otras dos publicaciones periódicas de jóvenes escritores cubanos recién llegados al exilio: **TERMINO**, que aparece en Cincinnati, Ohio, y **UNVEILING CUBA**, que es editada en Nueva York. Deseamos muchos éxitos a estas dos publicaciones. Para los lectores interesados en establecer contacto con estas revistas, ofrecemos a continuación las direcciones de ambas: **TERMINO**, P.O. Box 8905, Cincinnati, OH 45208; **UNVEILING CUBA**, P.O. Box 170, Rockefeller Center Station, New York, NY 10185

Boleta de Suscripción

Si deseo convertirme en suscriptor de la revista **Mariel**.
Adjunto la cantidad de US\$ _____ en cheque (), en giro postal ().
Por favor, no enviar efectivo.

NOMBRE: _____
DIRECCION: _____
CIUDAD: _____
ESTADO: _____ ZIP CODE: _____

Boleta de Suscripción de Honor

Si, deseo convertirme en SUScriptor DE HONOR de la revista **Mariel**.
Adjunto mi contribución de US\$ _____ en cheque (), giro postal (). Esta solicitud sólo será válida si se envía un mínimo de US\$50.00. Por favor, no enviar efectivo.

NOMBRE: _____
(Por favor, escriba claramente en letra de molde, pues su nombre aparecerá impreso en la lista de suscriptores de honor de cada número durante un año)
DIRECCION: _____
CIUDAD: _____
ESTADO: _____ ZIP CODE: _____